

MEJOR MONUMENTO
PRIMERA UNIVERSIDAD DE AMÉRICA
ARAGÓN 1998

En Tierra Ajena



Elsa de Solorzano

EN TIERRA AJENA

narrativa

Elsa Solórzano

EN TIERRA AJENA

narrativa

Universidad Autónoma de Nuevo León



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE NUEVO LEÓN
Secretaría de Extensión y Cultura

Jesús Ancer Rodríguez
Rector

Rogelio G. Garza Rivera
Secretario General

Rogelio Villarreal Elizondo
Secretario de Extensión y Cultura

Celso José Garza Acuña
Director de Publicaciones

Biblioteca Universitaria Raúl Rangel Frías
Alfonso Reyes 4000 norte, Planta principal
Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64440
Teléfono: (5281) 8329 4111 / Fax: (5281) 8329 4095
e-mail: publicaciones@uanl.mx
Página web: www.uanl.mx/publicaciones

ISBN: 978-607-433-885-0
Primera edición, 2012
© Universidad Autónoma de Nuevo León
© Elsa Solórzano

Impreso en Monterrey, México
Printed in Monterrey, Mexico

En tierra ajena

Para Chiapas... paraíso de magia y ensueño.

Para Monterrey, Nuevo León, mi amada tierra.

Y para ti Isabel... porque hiciste realidad mi sueño.

Nota de la Autora

Todos los personajes de esta historia y su relación con acontecimientos reales son completamente imaginarios, la coincidencia con nombres, apellidos o circunstancias será mera casualidad.

Introducción

—*CUÉNTAME ¿CÓMO ES QUE TEJES TU BLUSA?*

—*Lo tejo como me enseñó mi mamá.*

—*Lo voy acomodando los hilos con los colores.*

—*Voy contando y siguiendo el dibujo.*

—*¿CÓMO HACES EL DIBUJO?*

—*No lo hago yo, ya está el hilo como se debe poner, como lo es la historia de mi comunidad y de mi familia, se tiene que tejer hasta que termine y quede bien.*

—*ENTONCES YA ESTÁ COMO VA A SER TU DIBUJO, ¿NO LO PUEDES CAMBIAR?*

—*Sí lo puedo cambiar, pero ¿para qué? Así como está es bonito.*

ME QUEDÉ PENSANDO QUE ELLA TENÍA RAZÓN, ¿PARA QUÉ CAMBIAR LA TRAMA DE LOS HILOS QUE TEJÍAN LA HISTORIA DE MI VIDA? SI ASÍ COMO ESTÁ ES BONITA...ENTONCES YO TAMBIÉN ME PUSE A TEJER.

1 JUN

*Cíñete a mí, noche del seno desnudo;
Cíñete a mí, inoche ardiente y nutricia!
Noche de vientos del Sur,
Noche de grandes y pocos luceros,
Tú, que en la paz cabeceas, loca, desnuda noche de estío.
Voluptuosa sonrías, ¡oh, tierra de fresco aliento!
Tierra de árboles adormilados y líquidos,
Tierra ya sin luz del ocaso,
Tierra de montes con cumbre de niebla,
Tierra donde derrama cristales el plenilunio azulado,
Tierra con manchas de luz y de sombra en las aguas del río,
Tierra de límpido gris y de nubes
Que para mí son más vivas y claras,
Tierra de abrazo anchuroso, tierra ataviada con flor de manzano
Sonríe ya, que tu amante se acerca.*

Walt Whitman

● Mi Jovel! Estábamos destinados a conocernos el uno a la otra, lo supe desde siempre, cuando lo vi por primera vez, mientras nuestro auto descendía por San Felipe.

Sus tejas rojas húmedas y negruzcas por la lluvia, el humo saliendo por las chimeneas, el dulce aroma del café con pan. Eran las seis de la tarde, y todo el pueblo

parecía despertarse de una aletargada siesta, las campanas de las iglesias llamaban a misa y a mí me pareció que había hecho un viaje en el tiempo para llegar a mi cita con ese sitio mágico, con la colonial ciudad que con sus cuatrocientos cincuenta años me daba la bienvenida.

Yo sabía que algún día conocería Jovel, lo presentí desde siempre, mucho antes que su mundo se entretejiere con mi vida, mucho antes que el destino me hiciera encontrar a quien me traería hasta aquí. A él lo conocí por casualidad en el verano de 1982, el mismo año que cayó la ceniza por la erupción del volcán Chichonal y su madre le pidió que ya buscara mujer, porque se iba a acabar el mundo y él estaba solo.

Me casé con él porque lo había estado esperando toda mi vida, desde que lo conocí supe quién era, tal vez porque lo tenía en mi mente desde siempre, desde niña soñé con alguien así, porque al igual que a mí a él le gustaban mucho las palabras, a él decirlas, a mi escribirlas, pero cuando estábamos juntos ya no eran necesarias, nos bastaba mirarnos para entrar en nuestros pensamientos, y nuestras manos se transmitían el latido de nuestros corazones.

No dudé en aceptar el anillo de compromiso que puso en mi mano, diciéndome que era el fruto de su trabajo, que se lo entregaba a la mujer que amaría para toda la vida, y así lo hizo.

Recuerdo que mis amigas y toda la gente que me conocía me dijeron que si estaba loca para irme a vivir a ese fin de mundo. Pero yo no las escuchaba, sólo oía a mi corazón decirme que ese sería mi paraíso, caminaba como en sueños, viéndome al lado del hombre que amaba, luciendo mi sortija de compromiso.

Tuve que dejar atrás mi mundo, mi vida, mis amigos, porque decidí irme al sur y vivir mi historia de amor. Nunca pensé en volver atrás, jamás me arrepentí de lo

que hice, quemé mis naves, aprendí otro idioma y me puse un nuevo nombre, no me importó dejar de ser la otra yo.

Me vine a vivir a su tierra, a un mundo mágico de leyendas y embrujos, de conjuros y rezos, de luces y sombras. Un lugar hermoso que se vive con todos los sentidos: se ve en sus amaneceres y sus ocasos, en el interminable verde de su selva y el azul de sus ríos y lagos; se escucha en el rumor del agua que corre, en el canto de los quetzales, los gritos de los monos, de las guacamayas y la música nocturna de los grillos.

A su tierra se le palpa, se le siente en el frío de la montaña, en la brisa de sus playas y el rocío de la hierba que brilla con los primeros rayos del sol. Su tierra sabe a café y a chocolate, a mango y a guaya, una fruta que yo no conocía. Y huele a orquídeas y a gardenias, a azucenas y a flamboyanes.

Era para mí una tierra ajena, donde los objetos cobraban vida, y los cerros tenían dueño, los árboles poseían ángeles y a la tierra se le pedía permiso para sembrarla. Tuve que aprender a amar de otra manera, despojarme poco a poco de una identidad que comenzó a estorbarme, porque era como un vestido que no me quedaba, yo era la ignorante y llegué creyendo que sabía mucho, pero lo que sabía no me servía para nada.

Mis pies aprendieron a caminar sobre la juncia húmeda entre los árboles del bosque de Rancho Nuevo, y subieron por los senderos empedrados del Huitepec. Anduvieron por la playa de Puerto Arista y se mojaron en el agua fría del Lago Montebello, descendieron en la Sima de las Cotorras y disfrutaron la hojarasca húmeda en Las Nubes.

Mis otros aprendizajes fueron menos sencillos, fui descubriendo poco a poco cómo combinar los sabores de los frutos de mi nueva tierra, cómo preparar los hongos y la cueza, cómo hacer pitales y agua de carambola, me puse a inventar nuevos guisos con las plantas y frutos que fui

conociendo. Me convertí en curandera de mal de ojo y de susto, barriendo con huevo de gallina negra y ramos de ruda, romero y albahaca. A mis hijos los curé de empacho dándoles purgante con miel de rosa de castilla y sobándolos con manteca de cerdo revuelta con sal, bicarbonato y semilla de cilantro, y les di su cucharadita de aceite de oliva virgen para que se les limpiara el estómago.

El olor del incienso estaba por todas partes, en los ritos de los indígenas, en los rezos de los santos, en las misas de las iglesias. El milenario copal que quemaban los mayas a sus dioses, se le daba ahora a otro Dios, al nuestro, supe que las velas tenían un lenguaje, que cada color era para pedir algo y que había conjuros para la vida y para la muerte. Escuché, como en una torre de Babel, muchos idiomas, voces que llegaban de todas partes, gemidos, sollozos, rezos plañideros que traspasaban las paredes de las iglesias y resonaban como ecos entre los cerros.

Muchas veces me pregunté ¿a qué vine a esta tierra?, si fue designio karmático que mi reencarnación en esta vida fuera aquí; pronto descubrí que sí, que todo tenía un orden y una razón, que este lugar era un sitio de luz, una suerte de agujero cósmico, una puerta al tiempo y al espacio que se abrían con las piedras mágicas: el jade y el ámbar, se iluminaban con la luz de las velas que le alumbraban el camino a las almas de ida y de vuelta.

En mi nueva tierra no existía la muerte, sólo se pasaba de una vida a otra, y el segundo día del onceavo mes las almas tenían permiso de volver por el camino de juncia, velas y pétalos de flores para poder estar de nuevo con aquellos a quienes amaron.

El rombo perfecto del canamayté es la puerta de entrada a la vida y la muerte, lo descubrí en los huipiles de las mujeres, ellas me enseñaron como podían contar su historia con el tejido de sus hilos. Ese rombo es sagrado, es el mismo que tiene la serpiente de cascabel, se repite en las decoraciones de los templos y en la pintura de las ollas.

Poco a poco todas estas cosas las fui aprendiendo, las fui guardando en mi corazón, se fueron convirtiendo en mi sabiduría y fueron pintando mis cabellos de blanco. Mis manos hilaron el tejido de mi vida como lo quise hacer, yo elegí los colores y el dibujo, y así me gustó hacerlo.

2 CHEB

*La aguja del instantero
Recorrerá su cuadrante
Todo cabrá en un instante*

José Gorostiza

Mirabas por la ventana del salón 1 del edificio A de la facultad Filosofía y Letras mientras Treviño Páez dictaba una de sus aburridas cátedras sobre Corrientes Filosóficas, el inevitable curso que todos los estudiantes de Letras Españolas deberían llevar en quinto semestre. Ya habías leído a todos los autores que marcaba el programa, y a otros que te había recomendado el Doctor Zozaya y sus amigos: *Les enfant terribles*, un grupo de alumnos del colegio de Filosofía que eran más inteligentes que muchos maestros.

—Señorita Zambrano, ¿está con nosotros o tal vez la preocupa algo más importante? —Te volviste clavando una filosa mirada a la irónica cara regordeta de Treviño Páez.

—No profesor, sólo... pensaba...

—¡Ah... pensaba! —sonrió burlón el maestro—. Me alegra que mi cátedra aliente su pensamiento.

El grupo despertó de su letargo y empezó a poner atención ante el diálogo, sabían cómo te las gastabas y que vendría enseguida una divertida discusión en la que Treviño Páez llevaría la peor parte.

—No es precisamente su cátedra la que motiva mi pensamiento, sino la forma en la cual podemos captar la realidad.

—¡Ah... qué bien! ¿Podrá explicarnos la interpretación sobre la dialéctica del pensamiento que hace Kant? —preguntó Treviño Páez sintiéndose superior a aquella muchachita de profundos ojos color miel y actitud distante.

—Kant afirma que el conocimiento es la síntesis de un componente externo al sujeto (un elemento particular) con un interno (categorías básicas innatas tales como espacio, tiempo, causalidad, etc.) que se produce en una relación dialéctica. Al igual que Aristóteles considera que la mente está estructurada antes de percibir el mundo exterior, y que cada sujeto le da un significado al objeto al integrarlo a su contexto o estructura.

Treviño Páez palideció de furia, quiso humillarte pero no lo logró.

—¿Puedo hacerle una pregunta, maestro?

—Si señorita, dígame. —Sabía que harías algo para ponerlo en evidencia y se sintió nervioso.

— ¿Podría decirme qué es el amor?

El grupo lanzó una sonora carcajada ante la reacción del maestro, que con una sonrisa hipócrita trató de sobreponerse a la trampa en la que había caído.

—Todos los filósofos tratan ese tema, por lo tanto tendremos todo el curso para hablar de ello desde todas las corrientes filosóficas, por lo cual comprenderá usted que no puedo darle una única respuesta.

—¿Es decir, que el amor tiene muchas respuestas profesor? —preguntaste irónica.

—Más que muchas respuestas, muchos enfoques. Nos vemos la próxima clase.

Treviño Páez se retiró molesto del salón mientras tus compañeros celebraban haber contribuido a que el maestro saliera de clase 20 minutos antes de finalizar la hora y sin dejar tarea.

¡Qué odiosa eras, Alba Zambrano! te dices a ti misma mientras ves el mismo jardín que contemplaras aquella tarde lejana, pero ahora desde tu cubículo de investigadora titular del Colegio de Letras. Checas tu correo electrónico y revisas la agenda; mensajes diversos, trabajos de tus alumnos, tus ojos brillaron al encontrar noticias de tu amiga, la doctora Orendain.

—Beatriz está en México, ¡qué alegría!

Le escribes rápidamente preguntándole dónde y cuándo se verán, porque Beatriz se pasa la vida entre la ciudad de México y París, donde vive su hija y a donde va cada vez que sus actividades se lo permiten, de hecho fuiste con ella el invierno pasado.

Terminas de revisar tareas, corriges, subes a plataforma los resultados, ya son las nueve y media, tienes que

irte, casi se quedó vacía la facultad, te pasaste cuatro horas trabajando sin darte cuenta. Quedaste de verte con Beatriz en el DF mañana, te cae muy bien el feriado del primero de mayo con puente hasta el cinco; llegando a casa harás la maleta, la reservación la hizo Mayis, tu secretaria, desde hace dos horas.

Te despides de todos los que te encuentras en el camino al estacionamiento, incluido Alfonso Reyes, que desde su pedestal te dice que estás muy lejos de parecerle a él, más allá de su amor por las letras, porque tus logros aún son pocos. Veinte años recorriendo el mismo camino, las mismas rosas rojas, el mismo aroma de cada verano, parece que el tiempo no pasa, sólo se detiene a verte pasar.

Mientras manejas hacia tu casa enciendes el radio, recuerdas la noche del 8 de diciembre de 1980, cuando mataron a John Lennon, lo escuchaste en las noticias, y oíste el programa especial con su música al día siguiente; ahora tocan tu canción favorita de Lennon: *Woman, please let me explain...*

No le gustaba la música en inglés, te dices pensando en voz alta. Llegas a tu casa, correspondencia comercial, ya nadie escribe en estos tiempos del internet. Tomas el control y programas el ambiente de tu departamento, vale la pena lo que pagas por vivir en un edificio inteligente por esa comodidad.

Vas a la recámara y te preparas para bañarte. El baño de tina te relaja, escuchas el disco de los tres tenores y mientras oyes a Plácido Domingo interpretar “ríe payaso...” las lágrimas están corriendo por tus mejillas porque no gobiernas sobre ellas, sientes que queman y un nudo en la garganta te hace sentir estrangulada, asesinada en la tina de baño, vencida por el fantasma de la nostalgia que te arrastra hasta ese día que quisieras borrar de tu calendario, el día que dijiste no, en que lo viste partir llevando con él el anillo de compromiso que no le quisiste recibir.

Esa noche te gana la nostalgia, es un maldito fantasma que no puedes barrer con la escoba, cuando piensas que ya se fue, te lo encuentras debajo de la cama o detrás del sillón; has querido tirar mil veces su escondite, porque sabes dónde está, conoces su guarida, está agazapado en esa caja de madera que guardas en tu closet con esas cartas... No... No, hoy no, no quieres sucumbir hoy.

Mañana verás a Beatriz y te va a preguntar, por supuesto que lo va a hacer... siempre lo hace. Va a plantearte tantas hipótesis como respuestas tengas para decirle que tomaste la decisión correcta.

Si me hubiera querido me hubiera esperado, te dices a ti misma mientras te sirves un Baileys con hielo abrigada en la bata de baño Christian Dior que compraste el año pasado en París. “Si amas algo déjalo libre, si vuelve es tuyo, si no regresa, nunca lo fue”, muy cursi, pero muy cierto, te dices, y bebes el resto de la copa de crema irlandesa.

Él no fue mío ni para mí, te dices, ¿qué teníamos en común? Nada... Te sientas frente al tocador para seguir el puntual ritual de belleza que te permite verte tan bien, te sueltas el pelo de la toalla húmeda y comienzas a secarlo.

Te has convertido en lo que no querías Alba, te dice el espejo.

Te equivocas, soy lo que quería ser, no soy la prolongación de nadie, tengo un nombre propio, Dra. Alba Zambrano Quiroga, no soy la señora de... ni lo necesito.

El espejo insiste: aunque hubo un tiempo en que tal vez... pudiste y quisiste... No me arrepiento.

Era muy caro el precio para ti y decidiste no comprarte esa vida, pagaste por la que tienes, tu condominio en Chipinque, un Audi, viajes, conferencias y tu libertad. No necesitas marido, sobrinos o el típico gato que tienen todas las solteras.

Mi vida está llena, no necesito nada más.

Sí, continúa el espejo, apareces un domingo cada mes en la revista matutina de la televisión local, tienes una columna en el suplemento cultural del principal periódico de Monterrey que también se publica en la capital del país.

Lo sé, aún no es suficiente.

Tienes todo por lo que pagaste Alba; ¿dónde estarías ahora?, metida en una casa, siendo la esposa de alguien, criando hijos que te sacarían de quicio al principio porque no te dejarían dormir, a los que tendrías que enseñar a hablar, comer y caminar y que luego en su adolescencia te dirían que te odian por haber sido su madre.

No me interesa lo que me digas, para tener 45 años me veo excelente, más joven que mis amigas que se casaron y vienen a llorar en mi hombro por la infidelidad de sus maridos o porque sus hijas quinceañeras no saben lo que quieren hacer con su vida.

Le das la espalda al espejo, te pones la pijama y te recuestas, tomas el libro del buró, no, no vas a leer ahora y menos en francés, apagas la luz y tratas de dormir. Insomnio, maldito insomnio, automáticamente abres el cajón del buró y tomas la píldora para dormir, sabes de antemano que aunque te duermas los malditos fantasmas se quedarán velando tu sueño y tal vez hasta se aparezcan en él.

Pero no, no lo sueñas a él, de hecho ya hasta olvidaste su rostro, su voz. El sueño que tienes es muy extraño, estás en una fiesta, y de pronto resulta que la festejada eres tú, cumples quince años y te ves rodeada de gente que te abraza, te felicita, te dicen que vas a bailar un vals y tú no sabes de qué te están hablando, sales huyendo y te ves en una calle desierta, ha desaparecido el salón, los invitados, todo, lo único que encuentras es un enorme estacionamiento donde tu coche se encuentra solitario bajo un arbotante con una luz amarillenta, sientes miedo y frío, te acercas, no reparas en que no traes la llave

hasta que abres la portezuela, pero al sentarte frente al volante el auto arranca y tomas hacia la carretera donde de pronto comienzas a volar. No sabes a dónde vas, sólo escuchas que desde lejos alguien grita tu nombre: ¡Alba!

Te despiertas sobresaltada con el sonido de la alarma de tu teléfono celular, ya amaneció, te quedas acostada mirando el techo de la recámara. ¿Qué significa ese sueño? Cuando regreses de México le llamarás a tu psicoanalista y le hablarás de esto, por lo pronto te espera un agitado día y lo mejor será que comiences por levantarte, tienes que estar en el aeropuerto a las nueve y media.

Documentas tu maleta y te vas a la sala de abordar, has estado tantas veces en el aeropuerto de Monterrey, te lo sabes de memoria, con todo y las remodelaciones que ha tenido; tú lo tienes grabado como era aquella noche. Le dijiste que no podías precipitarte, que te era imposible renunciar a tu beca, que te esperara, que se verían en diciembre y entonces hablarían de casarse.

Los hombres nunca sacrifican nada, nunca renuncian a nada, sólo las mujeres estamos obligadas a hacerlo. Recorres el enorme pasillo que lleva al restaurant y te sientas a tomar un café.

Te levantas cuando anuncian tu vuelo pero te detienes a comprarle dulces a Beatriz, sabes que le encantan, tus ojos descubren de pronto el último número de la revista Letras Mexicanas, la hojeas y ahí está tu artículo: "Literatura femenina: verdad o mentira". Sonríes burlona, el artículo debería decir, Alba Zambrano: verdad o mentira.

3 OXEB

La primavera es una muchacha mal criada y loca, que mareca con sus perfumes, aturde con sus ruidos y molesta los ojos con el brillo deslumbrador de sus colores.

Manuel José Othón

Margarita Rovelo Mandujano fue la reina de la Feria de la Primavera de Jovel en 1953. Lucía radiante el día de su coronación, una soleada mañana de abril; escuchó, de uno de los inspirados poetas de su pueblo, una oda en su honor, y recorrió las calles principales en un precioso carro alegórico cuyo tema era una fantasía del mar. Para la ornamentación de todos los carros del desfile fueron traídos artesanos guatemaltecos que prepararon verdaderas obras de arte.

Al tradicional baile de coronación, que se celebraba el domingo de Pascua por la noche, acudió el Gobernador del Estado con su esposa, y lo más distinguido de la sociedad joveleña. Las damas de honor de Margarita fueron sus mejores amigas: Iris Pastrana Rovelo, su prima y Gladys Suasnávar, originaria de Antigua, Guatemala, que era ahijada de la mamá de Margarita y que había estudiado con ella en el Colegio de la Inmaculada.

Un año después Margarita se comprometió con Carlos Gustavo Villafuerte Larráinzar; su boda sería el acontecimiento del año, el ajuar había sido comprado por su mamá en Europa, el menaje de la casa y la vajilla de botón de rosa, los trajo la mamá de Gladys de Guatemala, las sábanas se bordaron con las iniciales de los novios y se tejieron carpetas en hilaza de algodón para los muebles de cada una de las tres salas de su futuro hogar.

La casa era regalo de los padres de Carlos, una vieja construcción colonial que fue remodelada por su tío arquitecto y en cuyo patio central se celebraría el banquete de bodas. Tenía dieciocho habitaciones, incluyendo las de los sirvientes en el sitio (traspatio).

Los arreglos a la cocina fueron supervisados personalmente por las tías Asunción y Lolita, que eran expertas cocineras y habían preparado a Margarita durante todo un año en el arte culinario. Había seis recámaras, tres salas; la de visita, la de estar y el recibidor, donde se colocó un hermoso juego de muebles austriaco que había sido de la abuela de Carlos. En otra habitación estaba un enorme comedor de doce sillas elaborado en cedro por carpinteros de Comitán, dos muebles con vitrina, uno para la cristalería y otro para las vajillas, manteles y cuchillería, cuatro baños colocados estratégicamente entre las recámaras, el comedor y la cocina, que permitían a la casa tener una gran comodidad.

Margarita caminó del brazo de su padre por la alfombra verde de aromática juncia desde su casa hasta la catedral para casarse en misa de doce. Se veía hermosa en el traje de novia de raso que acentuaba su figura, y la enorme cauda era llevada por los pequeños hijos de sus hermanos mayores.

Todo el pueblo se detuvo a ver el majestuoso cortejo de padrinos, damas, y familiares que acompañaban a la novia hasta las puertas de la iglesia, donde el Obispo esperaba para iniciar la ceremonia. La primera madrina

cumplió con su tarea de colocar a todos los padrinos en el orden en el cual deberían entrar, al final la novia, del brazo de su padre.

Como una concesión especial a la familia, las puertas se cerraron para impedir el paso de una chusma de curiosos que querían ver si era cierto que Margarita no usaba para su boda el mismo vestido con el que fue coronada reina dos años antes. La policía tuvo que intervenir para dispersar a la gran cantidad de personas que se amontonaban en las puertas de la catedral, y sólo permitir el acceso con invitación en mano a quienes sí eran amistades de la familia.

El Ave María fue interpretada por un tenor que era primo segundo de Margarita y estudiaba en la ciudad de México, acompañado por un cuarteto de violines de la Universidad Veracruzana, que ejecutaron con maestría la marcha nupcial de Mendelssohn.

Las fotografías fueron tomadas en el interior de la catedral; todos los invitados se trasladaron a la casa donde se realizaría el banquete de bodas, mientras los novios eran retratados por el señor Kovalsky en su estudio.

El patio central, los corredores, comedor y habitaciones principales de la casa fueron habilitados con mesas de manteles largos y sillas que prestaron todas las amistades de la familia. Los centros de mesa eran de flores naturales y la vajilla y cristalería así como el servicio de meseros fueron encargados a una casa especializada en banquetes de la capital.

Margarita y sus amigas elaboraron personalmente los recuerdos: unos pequeños saquitos de sachet bordados con florecitas de rococó. La primera madrina trajo de Puebla unas palomitas de cerámica que entregó selectivamente a los más allegados a la familia. La fiesta fue amenizada por la Marimba del maestro Vleeshower y se prolongó hasta entrada la madrugada. Treinta sirvientas trabajaron para elaborar la sopa de pan, el arroz de fiesta

y el lomo relleno con salsa de cacahuete que degustaron los invitados.

El postre fue un delicioso dulce de ante (almendras, piña, coco y camote) que prepararon las tías solteras de Margarita y cuya receta secreta fue el regalo de bodas que le dieron a su sobrina, junto con muchos enseres de cocina que habían pasado de generación en generación. El pastel de bodas lo elaboraron también las tías Asunción y Dolores, que ruborizadas recibían felicitaciones por lo exquisito que cocinaban.

Los novios partieron de luna de miel a Europa, mientras en el pueblo se seguía comentando la que fue la boda del año. La madre de Margarita comenzó a organizar a la servidumbre que necesitaría su hija para atender su enorme casa. Se pasó varias tardes entrevistando indias que le llevaban de Tenejapa, de San Felipe, de Chenalhó, pero la que no le parecía muy muda, era muy inútil en el quehacer o muy desobediente, y no era cosa de poner a su hija a batallar con una india de malos modos.

Estaba empezando a desesperarse cuando Alina, su sirvienta de más confianza, le trajo a una mujer morena de ojos negros y profundos y mirada sumisa.

¿Y ésta quién es? ¿Desde cuándo está conmigo?

La señora Roveló a veces no conocía a todas sus sirvientas, Alina las contrataba según sus necesidades, para la cocina, planchar, lavar, o para ayudar en ocasiones especiales, como el rezo del Señor de Esquipulas, o las posadas en Navidad.

Se llama María Juquila, es de Oaxaca señora, está aquí desde el día que se casó la niña Margarita, y trabaja bien, sabe hacer el quehacer, la he puesto a hacer de todo y no es molona como las otras indias.

Pues no se diga más, ésta se va con mi hija.

Sólo que hay un problema señora...

Ay Alina, no me digás, ahora que encontramos una a modo, ¿qué problema tiene?

Tiene una criatura.

¡Ay no! Alina por Dios, desde cuándo me traés mujeres con tiernos a trabajar aquí?, ya sabés que no me gusta, los muchachitos son muy perjudiciosos. Hacé favor de que se vaya, y decís que ya lleva aquí un mes, iválgame el Justo Juez!

Señora, por favor, balbuceó María Juquila, no me corra usted, me voy a morir de hambre con mi niña; mire si no da nada de lata, se porta re bien, por favor madrecita, compadézcase de mí.

La señora Rovelo se volvió hacia su sirvienta de confianza, Margarita regresaría en unos cuantos días y ella no le tenía todavía a su sirvienta.

¿Qué hacemos Alina?

Yo creo que esta muchacha lo hará bien señora, pero tendremos que mandarle una cargadora para que pueda hacer su quehacer sin pendiente.

Esa puede ser una buena solución, ya pensaste en alguien, me supongo.

Sí, hay una indiezuela de 8 años que le ha tomado mucho afecto a Juquila porque cuando llegó lloraba mucho y Juquila la consolaba, se llama Manuela y es la que le carga a su hijita a veces.

Muy bien, que preparen sus cosas y se vayan las dos, tenemos que ir a arreglar todo a la casa de Margarita. Bueno mujer, de vos depende que sigás teniendo tu trabajo, te voy a pagar lo que se te daba aquí. Otra cosa, mi hija es la niña de mis ojos, cuidadito y te vayás a poner malcriada con ella o a robarle algo porque te juro que te meto en la cárcel aparte de que te voy a dar una tunda que no vas a olvidar en tu vida. ¿Me entendés?

No se preocupe usted madrecita, le juro que se lo voy a cuidar bien a su niña.

Esperate, ¿todavía das de mamar?

La niña tiene cuatro meses, intervino Alina.

Seguile dando y cuidate bien, no sea que Margarita ya venga embarazada y necesitemos que amamantes. Alina, por lo pronto que tome mucha leche y que no se enfríe la espalda ni los pies, ¿no está enferma, verdad?

No señora, es muy sana, y la criatura está creciendo muy bien, ¿quiere que se la enseñe?

No, no, con lo que vos digás está bien Alina.

Juquila recogió sus pocas pertenencias y las de Soledad, su hija; Manuelita se puso feliz de irse con ella, era una indígena tseltal que quedó huérfana y su tío la trajo a Jovel para que se pusiera a trabajar. En Juquila encontró el cariño que no había recibido desde que nació, porque su madre murió al darla a luz y su padre acababa de morir de una congestión alcohólica. En cuanto se instalaron en la casa de Margarita, se pusieron a trabajar en la limpieza y el arreglo de todos los cuartos. A la niña la cargaban a ratos Juquila y a ratos Manuelita amarrándosela con su chal en la espalda.

Cuatro días después regresaron los recién casados, Margarita se veía radiante de felicidad. Juquila tenía la casa reluciente y Margarita quedó muy complacida.

Te agradezco mucho lo que hiciste Juquila, espero que me ayudes a llevar bien mi casa

Su madre intervino jalándola del brazo.

No le estés dando confianzas a esta india, recuerda que vos sos la señora de la casa y así te debes de comportar, no sabés los trabajos que pasé para conseguírtela, así que la aprovechás bien.

Volviéndose hacia la india oaxaqueña le gritó:

¡Vete a tu quehacer Juquila!

Alina se acercó a Margarita y la tomó de las manos mientras la contemplaba.

A ver mi niña, que yo te mire, sos toda una mujer, mmm, a ver esos ojitos están muy tristes.

¿Qué te está diciendo tu nana mi hijita?

Ay señora, tenía usted razón, Margarita está embarazada. Mírele nomás esos ojitos.

¿De veras mi hijita?

Ay mamá, respondió Margarita ruborizada, todavía no estoy segura, pero ya me atrasé 10 días.

¡Bendito sea Dios y la Virgen de la Merced! Le vas a poner Mercedes, como se llamaba tu abuela.

Margarita suspiró profundamente, ocho meses después estaba dando a luz a Mercedes de María, su hija mayor, y tal y como lo anticipó su madre, no tuvo suficiente leche, así que María Juquila se convirtió en su nodriza.

4 CHANEB

*La ciudad huele igual.
Puebla de sombras el herido horizonte
Por los tejados donde los gatos
Beben agua lunar
Van rebotando campanadas solemnes:*

Efraín Bartolomé.
(Oro de Siglos)

Caminé por las calles empedradas de Jovel descubriendo sus maravillas y sus secretos, conociendo sus leyendas y su historia. Mi esposo me dijo que paseara y conociera la ciudad y que nos veríamos a las dos de la tarde que regresara de Ocosingo.

*Tú venís de lejos,
Jovel te trajo ¿verdad?
No lo sabés quien es Jovel,
Jovel es aquí, es esta casa grande
Cercada de montañas*

Me senté en el parque y contemplé la Catedral, llamó mi atención que estuviera orientada hacia el poniente y

no diera al frente a la plaza; su arquitectura me encantó, la preciosa filigrana de madera de sus retablos y del púlpito, me dejó asombrada. Yo conocía la leyenda del patrón de la ciudad, San Cristóbal, porque la leí de niña, y la recordaba vagamente. Era un hombre muy alto y grande que buscaba servir al amo más poderoso, primero sirvió a un hombre muy rico, pero un día se dio cuenta de que había otro amo más poderoso al que el rico temía, y decidió servirlo a él; ese nuevo amo era el diablo, pero también un día Cristóbal descubrió que el diablo temía a otro ser más poderoso y entonces lo abandonó para buscar a ese amo que era Dios. Pero por más que lo buscaba no lo encontraba, hasta que alguien le dijo que si hacía algo por los demás serviría a Dios, y le sugirió que, dado su gran tamaño y su fuerza, ayudara a la gente a cruzar un río muy caudaloso, y así lo hizo, hasta que un día un niño pequeño le pidió cruzarlo y cuando iban a medio río sintió que ese niño pesaba como si llevara todo el mundo encima y él le preguntó que quién era.

El niño le contestó: “Yo soy ese a quien sirves y lo que has sentido es el peso de todos los pecados de los hombres que yo llevo conmigo, desde hoy serás Santo y quedarás a mi servicio”.

Mi marido me llevó a comer a un lugar muy agradable en una de las calles cercanas al parque; probé por primera vez la sopa de pan que yo creía que era capirotada con verduras. Poco a poco fui investigando acerca de las costumbres de mi nueva tierra; mi primera sorpresa fue cuando busqué una tortillería y no la encontré: no había. Luego tuve que aprender a perseguir al camión del gas porque desconocía que en Chiapas no había gas natural, con todo y ser uno de los estados productores de petróleo en el país.

*Como tu mamlal paga por ti
Él tiene derecho sobre ti*

*Él puede pegarte si te portas mal
Pero si tú le pegas
Entonces te castigan a ti
Debes obedecer a tu mamlal para que no te pegue
Para que sea bueno contigo*

Mi reloj biológico también sufrió algunos cambios; la vida en Jovel era tranquila y apacible, y no vertiginosa como en Monterrey. Los niños entraban a la escuela a las nueve y salían a las dos; después de comer todo el mundo dormía siesta y la actividad en la ciudad continuaba de cuatro a ocho, a las nueve de la noche prácticamente no había nadie en la calle, ni siquiera un lugar donde ir a cenar.

*La mujer se tiene que levantar primero.
Tiene que prender la leña para tortear.
Y tiene que batir el pozol o tener café.
Para que cuando su mamlal se levante.
Él pueda comer algo y luego irse a trabajar*

Mis paseos matutinos me llevaron hasta la Iglesia de Santo Domingo, en el atrio había un gran tianguis donde las indígenas ofrecían sus trabajos y yo observaba maravillada el colorido de sus bordados y escuchaba sus lenguas nativas con profundo interés.

*Luego se tiene que ir con su mamlal
Para traerlo la leña
¿Porque si no con qué cocina?
¿O con qué hace su olla?*

Aquel mundo tan ajeno al mío, que muchos miraban con desprecio, o que al compararlo con la dinámica de las grandes ciudades lo consideraban atrasado e ignorante, a mí me parecía mágico y bello. Allí conocí la forma en la

cual las indígenas elaboran sus tejidos, al ver mi interés una de ellas me ofreció primero su mercancía, como no le compré me miró con recelo. Pero le ofrecí comprarle algo si me platicaba acerca de lo que hacía y ella aceptó; me acercó una pequeña sillita de madera y me senté a su lado, afortunadamente para mí, hablaba español, y comenzó a contarme como son las mujeres del maíz. Le platiqué que en mi tierra también había muchas montañas, pero que quedaba lejos, muy lejos, tan lejos que me dolía esa distancia.

*Que no se ponga triste tu corazón
Si el amor te trajo a Jovel
Nichimuk avo'on (Va a florecer tu corazón)
Vas a estar contenta*

Las mujeres de los altos de Chiapas son muy inteligentes y trabajadoras, tanto las indígenas como las ladinas. Tienen una fuerza interior que las hace enfrentar las adversidades y salir adelante; las indígenas soportan golpes, maridos desobligados, partos mal atendidos, hijos que se les mueren, ser entregadas en matrimonio sin su consentimiento, quedarse solas si el marido las deja por otras.

De las penas de las mujeres ladinas me fui enterando poco a poco, cuando empecé a conocer mejor a las joveneñas. El tiempo que viví en Chiapas me enseñó que más allá del racismo o el aparente desprecio entre las caxlanas y las indígenas, existe un lazo muy fuerte que las une, porque se necesitan las unas a las otras, porque se han acompañado siempre y porque son como hilos de un mismo tejido, sus colores se complementan.

*Si tu hilo es fuerte no se rompe
Aunque lo jalés fuerte no se rompe
Porque está bien hecho
Cuando no sirve se revienta
y tenés que volver a empezar*

La primera semana en Jovel me pasó de todo: me perdí y no encontraba mi casa; me sorprendió un aguacero en la calle y el agua estaba tan helada que me resfrié; me quedé sin gas y no pude cocinar; extrañé tanto mi mundo que me puse a llorar todo un día.

Él estaba muy preocupado, no sabía qué hacer, sus largas ausencias para atender el negocio y el rancho me deprimían mucho, y yo prefería no acompañarlo porque me sentía muy mal del estómago por mi embarazo y además los caminos estaban terribles.

*A veces no te querés levantar
Te duele tu cuerpo
Pero pues lo tenés que hacer, ni modos
Aunque ya lo vayas a tener tu hijo
De todos modos hay que trabajar
Sííí, es muy duro, muy duro ser mujer*

Una tarde llegó muy sonriente y me dijo que me tenía una sorpresa, que estábamos invitados a cenar con unas personas que eran muy amables y que seguramente el tener amigas me ayudaría a sentirme mejor. Pasé más de una hora en decidir qué ponerme, mi ropa no me quedaba bien porque había empezado a engordar y las personas a las que visitaríamos eran muy importantes en la ciudad.

Me decidí por un traje sastre gris con una blusa de seda rosa; me maquillé discretamente y usé mi collar favorito: unas perlas cultivadas que fueron de mi abuela. Resultó ser una buena elección, mi esposo celebró mi apariencia y me llevó orgulloso a presentar con mis nuevas amistades.

La casa era un verdadero palacio, casi media manzana en el barrio de la Merced; cruzamos el enorme portón rústico y luego una segunda puerta de madera calada que él me explicó era la puerta interior que se mantenía cerrada mientras la de la calle estaba abierta durante el

día. El patio era enorme, con una fuente en el centro llena de macetas y flores; tres corredores alrededor y una barda blanca al fondo le daban el aspecto característico de las construcciones coloniales, con sus pilares de madera, enormes vigas y techos de teja.

Cuando era niña venía con mi me' a Jovel

Nos trataban mal

—Indias mugrosas —nos decían

No podíamos entrar en una casa, no, que va a ser

Quedábamos en el zaguán, así se llama ¿verdad?

El que está antes de la otra puerta

Sólo ahí podíamos esperar

Nos pasaron a un pequeño recibidor cuyos muebles me dejaron impresionada; eran de bejuco con orillas de madera laqueada en negro, según supe después, fueron traídos de Europa y pertenecieron a la abuela de la señora de la casa. En las esquinas de la habitación había unas mesas altas con hermosas carpetas tejidas y figuras de porcelana, los gobelinos y cortinas eran elegantísimos, y el techo lucía un precioso candil francés.

Los dueños de la casa no tardaron mucho en aparecer, eran un matrimonio mayor, y la señora se acercó afectuosamente a mí y me dio un beso diciéndole a mi esposo que se alegraba mucho de conocerme, que era muy linda y que desde ese momento podía considerarla mi amiga.

Pasamos a una enorme sala más elegante aún que el recibidor; lo que más me agradó fue el fuego de la chimenea que le daba un ambiente cálido a la habitación. Nos ofrecieron algo de beber pero mi esposo me disculpó diciéndoles que al parecer estaba embarazada, por lo cual recibí, otro abrazo y otro beso; ellos brindaron por mí, sólo tomé un poco de mistela, que es un especie de licor que sale de las frutas que ponen a curtir por varios meses. La señora me dijo que ella misma lo preparaba,

que el secreto era tener buena fruta y buen trago, que a ella siempre le conseguían sus sirvientas lo mejor del mercado porque las mandaba temprano y ya sabían dónde comprar.

*Ahora ya lo tengo mi puesto
Pero antes no era así
Mi me' venía a Jovel con su verdura
O su fruta pa vender
Pero había unas mujeres
Malas ellas, malo su corazón
Les quitaban sus cosas y les daban poca paga
Y a veces les pegaban
Y mi me' y otras mujeres
Regresaban llorando a la comunidad*

La señora era encantadora; fue muy atenta y se interesó mucho en saber, qué era lo que me gustaba hacer, le dije que leer y pasear por la ciudad, como si no oyera mi respuesta me invitó a su casa el jueves para presentarme a sus amigas y que me integrara a su grupo de tejido.

La cena estuvo exquisita; la señora me explicó con detalle la forma en la cual se preparaba el pavo prensado, me contó como elaboraban la masa, secaban, cortaban y preparaban la sopa de tallarín. Con modestia aceptaba mis elogios a sus deliciosos platillos, y se ofreció para enseñarme a cocinar lo que yo quisiera aprender. La vajilla de porcelana china, me contó, se la obsequiaron en su boda, su juego de copas de cristal cortado lo compró en Europa durante su luna de miel, y de la cuchillería de plata no se hizo ningún comentario.

La señora me contó que tenía muchas ganas de conocerme cuando supo que yo era de Monterrey, porque sus hijos habían estudiado allá, pero se habían casado y no vivían en Jovel. Su hija mayor residía en Ocosingo y la más pequeña estudiaba en México. A pesar del lujo con

el que vivían y de su elevada posición económica, tanto él como ella, eran muy sencillos.

Nos despedimos luego de haber pasado una velada espléndida; mi esposo tenía una gran inquietud por saber cómo me había sentido y si pensaba que a través de esa señora podría comenzar a integrarme a la vida social de Jovel. Le contesté que sí, que ella me había simpatizado mucho y que el jueves regresaría a su casa para la reunión de tejido, que deseaba de todo corazón convertirme en amiga de Margarita Roveló de Villafuerte.

5 JO'EB

*La humanidad se extiende ante mí
como una vasta hipótesis que ya no me interesa comprobar*

Simone de Beauvoir (*La mujer rota*)

Encuentras a Beatriz esperándote en el aeropuerto de la Ciudad de México, lo primero que haces, luego de saludarla, es mostrarle tu artículo en la revista. Ella sonrío y te felicita, te dice que te tiene una sorpresa pero no te dirá nada hasta que lleguen a su casa de Coyoacán.

A Beatriz la conociste desde que te fuiste a España a hacer tu doctorado, ella te apoyó muchísimo, te consiguió alojamiento gratuito, te presentó a gente importante de todos los círculos académicos. Desde un principio se cayeron bien, y se convirtió en tu hada madrina. Despertó tu admiración desde la primera vez que la escuchaste hablar sobre la condición de género y la participación social de las mujeres en América Latina.

Beatriz tenía un doctorado en Sociología en la Sorbona de París, y era la coordinadora del Instituto de Investigaciones del Colegio de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Te contó que cuando

le dieron su beca a Francia, y a su marido, el Dr. Álvarez Luján se la negaron, él se cobró la afrenta de una forma muy cruel.

Cuando yo llevaba nueve meses del programa de doctorado llegó a verme a París, yo estaba muy contenta, pensé que era porque me extrañaba y quería estar conmigo... el infeliz me llevaba los papeles del divorcio, me dijo que estaba enamorado de otra, y quería rehacer su vida. Imagínate... una de sus alumnas, una muchachita... joven... claro. Lo deje con menos de nada, que era lo que tenía antes de casarse conmigo, y le firmé el divorcio.

Sufrió mucho Alba, lloré y me sentí humillada, devaluada... pero lo superé, seguí mis estudios... y jajaja, tuve varios amantes.

Aprendiste mucho de Beatriz, sobre todo, su capacidad para sobreponerse a la adversidad, su entusiasmo, su alegría de vivir. Era tu mejor amiga, y la única que podía hablarte de tu vida personal.

Te encanta el Distrito Federal, es una ciudad que lo tiene todo, al menos todo lo que te gusta: librerías, cafés, tiendas, la universidad... y él... una ciudad tan llena de él que te parece surgir por todas partes. Recuerdas su habilidad para moverse en el metro, o en el camión, siempre sabía cómo llegar a cualquier lugar al que tú quisieras ir.

Él te amaba, de otra manera no te explicas que soportara acompañarte a presentaciones de libros, a museos, a obras de teatro o conciertos que sabías muy bien no le gustaban. ¿Por qué entonces las cosas tuvieron que ser así?

Mientras el auto de Beatriz se enfila hacia el sur de la ciudad, empiezas a revisar tu agenda, levantas los ojos cuando pasan por Miguel Ángel de Quevedo, el café de la librería Gandhi, y recuerdas...

—Un centavo a que adivino en qué estás pensando —dice Beatriz.

—Ya no existen desde que le agregaron tres ceros al peso.

—De todas maneras te lo apuesto... piensas en él, ¿verdad?

—No, mientes. Ya no, ya lo olvidé.

—No creo que sólo se trate de eso, Alba.

—¿Qué se trate de qué?

—De que lo olvides.

—¿Ah no? ¿Y de qué se trata, según tú?

—Se trata de que te perdones.

—¿Cómo?

—Sí, como lo oyes, se trata de que te perdones a ti misma por la decisión que tomaste, sigues preguntándote todos los días que habría pasado si te hubieras casado con él.

—El “hubiera” no existe, no en mi vocabulario, y si no te molesta prefiero cambiar de tema.

—Connmigo es con la única persona que puedes hablar de esto, así que no te cierres, siempre que nos encontramos noto la misma tristeza en ti Alba, la misma nostalgia.

—Ya por favor, nunca me he caracterizado por ser una persona que se la pase riendo, ni tristeza, ni nostalgia, soy yo, nada más.

—Alba, no te has perdonado, yo lo sé.

—Beatriz no empecemos con el juego de las hipótesis, hemos llegado a la conclusión de que no tiene caso, eso quedó atrás y ya no me importa.

—Pues vas a tener la oportunidad de demostrarlo.

—¿Qué? Vamos a ver si ya derrotaste a tus fantasmas, querida amiga.

—No comprendo.

Beatriz te extendió un sobre que abriste y cuyo contenido leíste rápidamente mientras tu rostro palidecía y tu boca temblaba.

—¿Qué significa esto?

—Es una invitación.

—Ya lo sé, lo que quiero que me digas es si esto es cosa tuya.

—Por supuesto que no, ¿no te has dado cuenta de quién eres? Eres la investigadora más famosa en el tema de la literatura femenina como mito, así que ya puedes guardar tu espada porque no es conmigo con quien tienes que pelear.

—Pues no aceptaré.

—Como quieras.

—No tengo por qué hacerlo.

—¿Ni aunque te lo pida el director de CONACULTA?

—Ni aunque me lo ordenara el Presidente

—Cuánto miedo tienes.

—¡Ya basta!

—¿Por qué no quieres ir? ¿Porque tienes miedo de encontrarlo?

—No digas tonterías.

—¿Entonces?

—Sabes bien que él no frecuenta esos espacios, además ya pasaron muchos años.

—Sí, pero en un lugar pequeño todo el mundo se conoce, y tú eres una celebridad, sé de buena fuente que te va recibir hasta el Gobernador.

—No quiero ir, ya te lo dije, voy a redactar mi agradecimiento y mi negativa.

—Como quieras.

—Si he sabido antes que se trataba de esto, te juro que no vengo a verte.

—Ya te dije que yo no tengo nada que ver, también, si yo hubiera sabido que te pondrías así, les habría dicho que te la enviaran por correo.

—Hubiera sido preferible.

—La doctora Orendain era una mujer muy inteligente, te conocía desde hacía muchos años y sabía bien que tu actitud era producto de tu miedo.

—No pensé que ibas a reaccionar así.

—Entonces, ¿por qué...?

—Alba, eres una mujer madura e inteligente, no me explico tu actitud.

—Me dices que quieres verme y luego sales con que me invitan a dictar una conferencia en un lugar al que nunca quise ir, donde probablemente vive la única persona en el mundo a la que no quiero volver a ver.

—Escúchate: estás partiendo de una serie de ideas absurdas, si esto, si el otro. Quizá ni vive allí, ni se entere que vas y si así fuera tal vez tampoco le importe... pero tú, tú si tendrías la oportunidad de saber si realmente ya exorcizaste tus demonios o si siguen dentro de ti.

—No es tan sencillo, Beatriz.

—La vida siempre da revanchas... es tu frase Alba.

—Tengo que pensarlo, bueno, ¿sólo me invitaste para eso?

—Por supuesto que no, nos vamos a Valle de Bravo y la pasaremos muy bien, olvida el trabajo y la invitación, falta mucho para agosto.

La casa de Beatriz en Coyoacán es preciosa, como casi todas las de ese rumbo está rodeada por una altísima barda de piedra negra formada por la lava que el Xitle arrojó hace cientos de años. El amplio jardín es cuidado con esmero por gente a la que no conoces, porque nunca los has visto cuando llegas de visita, te gusta pensar que son duendecillos y hadas los que arreglan ese pequeño

paraíso. Los sauces, las jacarandas, las araucarias y los fresnos rodean la casa y crean una segunda frontera contra el ruido exterior.

Te instalas en la habitación continua a la de tu anfitriona, no quieres pensar en la invitación, no quieres ponerte ahora a imaginar que te vas a ir a ese pueblo lejano de Chiapas cuyo nombre conociste el mismo día que lo conociste a él, luego fuiste a un mapa de la república mexicana para descubrir que se encontraba a mil doscientos kilómetros de distancia de la ciudad de México, a casi el doble de tu ciudad natal. No, definitivamente no irías a ese fin de mundo, lo que tu escribías y publicabas lo dirías en otro lugar, tal vez la capital del estado, si acaso, pero en ese pueblo no, ahí inunca!

6 WAKEB

*La Virgen me dijo anoche que hoy me consolaría.
¿Qué es lo que tengo?...
¿Esa Señora celestial anda alrededor de mí?
No la veo, pero la siento;*

Benito Pérez Galdós. (*Marianela*)

La Virgen de Juquila es venerada en un pueblito de Oaxaca al que hay que llegar remontando la sierra; muchos peregrinos van a verla convencidos de que es muy milagrosa, por eso Fidencio Rodríguez y su mujer Nicolasa Pérez viajaron desde Pochutla para pedirle que les concediera tener hijos, porque luego de cuatro años de casados ella no se embarazaba, por más que las matronas zapotecas la curaron, le calentaron el vientre con aceite de coco y la hicieron tomar jalea real en ayunas. Pero la Virgen oyó sus ruegos, y Nicolasa parió sus hijos uno tras otro hasta completar seis, volvió a visitar a la Virgen para pedirle una niña, y ella se lo concedió, por lo que su única hija mujer se llamó María Juquila.

Para su desgracia, la niña sólo pudo disfrutar a su madre ocho años, porque una gripa mal cuidada se le convirtió en pulmonía y nadie pudo hacer nada para

salvarla. Juquila se quedó sola con su padre, porque sus dos hermanos mayores se casaron y se fueron a Salina Cruz de petroleros, y los otros cuatro se animaron a irse de indocumentados a Estados Unidos. Su tía Remigia, que vivía en Juchitán se hizo cargo de ella, más por tenerla de sirvienta, que por cariño, pero la mandó a la escuela, y así llegó a sus dieciséis años convirtiéndose en una hermosa muchacha.

Los domingos por la tarde le daban permiso de pasear con sus primas en la plaza y fue ahí donde conoció a Juan Esteban Manrique Toledo, un joven soldado recién llegado a la guarnición militar de Juchitán. Pero las aves de mal agüero ya habían revoloteado por el cielo que Juquila y Juan Esteban contemplaban juntos, ajenos a su destino; ni los tíos de ella querían que se casara, ni los padres de él tenían planeado para su hijo un matrimonio prematuro, cuando podía irse a la capital y seguir una carrera militar.

Pero antes de los veinte años la pasión vence a la razón y ellos se entregaron a su amor; a diferencia de su madre, María Juquila no tuvo problemas para embarazarse y Juan Esteban tuvo que casarse con ella para que no lo metieran en la cárcel, pues la muchacha era menor de edad. Entre las condiciones que sus padres le pusieron al joven soldado para que se casara, estaba la de seguir estudiando en México, mientras su mujer se quedaba con ellos para que diera a luz a su hijo.

El día que Juan Esteban tomó el tren para la capital del país María Juquila tuvo el presentimiento de que se separarían para siempre; en la mañana se le había quebrado la copa donde brindaron ella y su marido el día de su matrimonio, fue al estar limpiando la vitrina de su suegra, quien no dudó en darle la primera de muchas bofetadas que recibiría mientras vivió con ella.

Sus tíos no volvieron a hablarle, y su padre en Pochutla se casó de nuevo, así que no le quedó más que aguantar la

vida que sus suegros le impusieron, de servir y obedecer. El único consuelo que tenía era el hijo que crecía dentro de su vientre y el ir a rezar el rosario todas las tardes a las seis.

Las cartas que Juan le mandaba nunca llegaban a sus manos, y aunque hubiera querido escribirle no tenía la dirección ni sabía cómo dar con él. Poco a poco una idea comenzó a bullirle en la cabeza, y fue poniendo mucho cuidado en las conversaciones de sus suegros sobre los lugares de los que les hablaba su hijo y las referencias que hacía. Todo lo anotaba en una libretita que guardaba con cuidado detrás de su imagen de la Virgen.

Una noche mientras se quitaba los huaraches que ceñían sus pies hinchados por el embarazo, una terrible punzada en su vientre la dejó casi sin aliento, su hijo estaba por nacer. Le gritó a su suegra y abrió la puerta del cuarto con las pocas fuerzas que el intenso dolor le permitía utilizar.

La mujer llegó y le dijo secamente que se acostara en el camastro, que le había llegado la hora y que dejara de gritar, que no era cosa del otro mundo parir un hijo. El suegro salió a llamar a la partera y en cosa de media hora María Juquila estaba sintiendo como se desgarraban sus entrañas para dar a luz a su hija.

Cuando lo supo el suegro, sólo dijo entre dientes que ni para tener hijos servía, que por lo menos hubiera tenido un varón. María Juquila lloró mucho, se sintió terriblemente sola y triste, pero el pedazo de su carne que estaba en sus brazos le daba valor para lo que tenía que hacer.

Se dejó dócilmente cuidar la cuarentena como se lo impuso su suegra; le dieron su purgante para limpiarle el estómago y le calentaron los pechos con hojas de higuera para que tuviera suficiente leche. Ninguno de sus suegros le preguntó cómo se llamaría la niña, ni se acercaron para tomarla en brazos o hacerle alguna muestra de cariño. En

cuanto pudo salió a la calle fue a la iglesia para bautizarla, pero cuando el sacerdote le dijo que necesitaba registrarla, se fue y preguntó en la presidencia y al día siguiente con su acta de matrimonio apuntó a su hija como Juana Soledad Manrique Rodríguez, pero no la bautizó.

Guardó con cuidado sus papeles importantes dentro del cuadrito de la virgen, cuando su suegra entraba a registrarle sus cosas no encontraba nada, no sabía que debajo de la loseta del piso que quedaba en una de las patas de la cama había ido guardando un poco de dinero y la medalla de la virgen de Juquila que sus padres le regalaron cuando era niña.

Cada vez que iba al mercado y se tardaba su suegra le pegaba y le decía que se tardaba por tonta, por andar abriendo la boca por ahí o chismeando como verdulera. Lo que la señora no sabía era que María Juquila se dedicaba a preguntar todo lo que le interesaba, los horarios del tren, lo que valía el boleto, les preguntaba a los viajeros que llegaban de la capital cuánto habían gastado y así iba anotando en su libretita todo lo que creía importante.

Cuando sintió que ya tenía la información y el dinero suficiente se preparó para ir al mercado; su suegra la vio salir con la bolsa de siempre y con su hija amarrada a su espalda con el rebozo. No sabía que ya tenía el envoltorio con su ropa escondido en un bote cerca de la casa, lo metió en la bolsa del mercado y se fue a la estación con el dinero del gasto, su medalla, y lo poco que había ahorrado en los meses que llevaba viviendo con sus suegros.

Se subió al tren y se encomendó a la virgen cuyo nombre llevaba para llegar con bien a México; tuvo el cuidado de preguntar en la estación a un policía cómo llegar al campo militar y le pidió que le ayudara a subir a un coche que la llevara. Sus ojos asombrados veían para un lado y para otro la enorme ciudad, sus edificios, sus avenidas, la gran cantidad de coches.

Por fin llegó a donde suponía encontraría a su marido; nunca se imaginó que pasaría casi ocho horas parada en la banqueta, buscando una sombra para su hija y pasando hambre antes de poder verlo.

Cuando por fin se encontró con Juan Esteban corrió a abrazarlo pero se topó con una actitud fría que la desconcertó. Lo que María Juquila no había calculado en sus apuntes era que el telégrafo era más rápido que el tren, y sus suegros ya lo habían puesto al tanto de su huida, agregando que era una ingrata y una ladrona.

Ni las lágrimas de María Juquila, ni el conocer a Soledad conmovieron a Juan Esteban, él creyó todo lo que sus padres le dijeron; la única respuesta que ella recibió de su marido fue que él la había dejado en su casa, que ahí lo tenía todo y que se regresara inmediatamente.

El mismo la llevó de nuevo a la estación y la puso en el tren, diciéndole que por esta vez la perdonaba, pero que si se le ocurría escapar de nuevo le daría una paliza. María Juquila no le dijo nada, le pidió que besara a su hija y él lo hizo. Cuando le preguntó que cómo se llamaba la niña le dijo que igual que ella, porque no quiso decirle que le puso su nombre.

Juan abrazó a las dos, sin saber que con la orden que le dio a Juquila selló el destino de los tres. Mientras el tren se alejaba de la estación Buenavista Juquila decidió que ya no iba a llorar, tenía que pensar lo que iba a hacer; de lo único que estaba segura era de que no regresaría a Juchitán.

Con el dinero que Juan le había dado podría quedarse en Oaxaca y buscar trabajo de sirvienta, pero pronto descartó la idea, para sus suegros sería más fácil encontrarla en cuanto más cerca estuviera. La casualidad hizo que escuchara a las mujeres que viajaban a su lado hablar de Cintalapa, y de Tuxtla Gutiérrez, cuando ella les preguntó que donde quedaba eso le dijeron, que en Chiapas.

Ese nombre siguió dando vueltas en su cabeza, decidió que se iría a Chiapas; se bajó del tren y se subió a un autobús que la llevó hasta Tapanatepec, de ahí siguió hasta Tuxtla Gutiérrez pero se quedó dormida en el camión y cuando despertó se encontró en Jovel.

Se bajó del autobús temblando por el frío, abrigó a su hijita lo mejor que pudo y se puso a caminar buscando trabajo sin encontrarlo. Entró a la Catedral y se sentó en una banca a llorar, mientras Soledad gritaba pidiendo su alimento.

Una mujer se le acercó y le preguntó que por qué no le daba de comer a la niña, ella se la prendió al pecho y le dijo que estaba buscando trabajo, que no tenía dinero para comer, ni donde vivir, y por eso estaba allí pidiéndole a Dios que la ayudara.

La mujer la escudriñó de pies a cabeza, esa no era una india como las que ella conocía; le preguntó que de donde era, Juquila le dijo que de Oaxaca, que estaba sola porque se le murió su marido.

La mujer le dijo que la acompañara, que ella le daría trabajo, que si era honrada y lo hacía bien, tendría techo y comida para ella y su hija. Cuando Juquila llegó a la casa de la que sería su patrona, se quedó con la boca abierta.

Primero le dieron de comer, luego la llevaron a su cuarto y le dijeron que se bañara; Juquila nunca había sentido un agua más helada que esa. Poco a poco fue integrándose a los quehaceres de la casa y su eficiencia le ganó la simpatía de la mujer que la contrató, que no era la dueña de la casa, sino su ama de llaves.

Cuando conoció a su patrona temió que la despidiera al saber que tenía una niña, pero no fue así; la mandó a trabajar con su hija, y su nueva patrona fue muy buena con ella. María Juquila se olvidó de su pasado y se dedicó a su hija, a su trabajo, y luego a criar a los cuatro hijos de su patrona, a la mayor todavía pudo amamantarla, por lo que era su consentida.

A su hija Soledad la bautizó su patrona, pero ella por respeto nunca le dijo comadre, aunque la niña si le decía madrina, y fue al colegio de monjas donde iba la hija mayor de su patrona, como su cuidadora.

Los hilos del destino de María Juquila se fueron tejiendo muy lejos de Juan Esteban, sin embargo, muchos años después volverían a cruzarse, y sería precisamente su hija el nudo que los ataría nuevamente.

7 WUKEB

*Y el cuerpo
que quisiera nacer en el abrazo,
que precisa medir su tamaño en la lucha
y desatar sus nudos
en un hijo, en la muerte compartida.*

*Pero solo... Golpeo una pared,
me estrello ante una puerta que no cede,
me escondo en el rincón
donde teje sus redes la locura.*

Rosario Castellanos

El siguiente jueves fui a casa de doña Margarita Roveló para estar en su reunión de tejido; llegué temprano, y me ofrecí a ayudarle en arreglar lo que hiciera falta, pero ya todo estaba listo para recibir a las diez personas que formaban su grupo. Fueron llegando poco a poco, y a las seis ya estábamos instaladas todas en su sala, cada quien con su labor de tejido, excepto yo, que no sabía tejer ni me gustaba. Doña Margarita me proporcionó hilaza y gancho, pero a pesar de que puse todo mi empeño en tratar de hacer la puntada de

muestra, apenas y logré avanzar unas cuantas vueltas.

Esa tarde la conversación giró en torno a mí, me preguntaron todo: que cómo conocí a mi marido, que por qué me vine para acá, si pensaba tener hijos, que si iba a trabajar, y sus comentarios: cómo no va a trabajar si es una mujer preparada, ¡ay! toda una licenciada en letras, que bonito, y que escribe, ¿por qué no da clases en la Normal? Ahí está tu hija, comadre Lila, que la recomiende, ay mejor no, ¿qué va a pensar el ingeniero? Que ya le estamos sonsacando a su esposa.

Yo les sonreía, agradecida de su preocupación por mí, porque con la misma diligencia con que tejían sus labores, querían tejer mi vida. Pronto me recomendaron partera y ginecólogo para cuando naciera mi bebé, me ofrecieron que me iban a ir buscando alguna indiezuela para cargadora, porque las indias grandes en cuanto veían criatura en la casa se ponían trompudas.

Pasamos a la mesa y me ofrecí para hacer la oración de acción de gracias antes de merendar; quedaron fascinadas porque ellas no lo acostumbraban. Terminando la merienda se fueron retirando poco a poco, la anfitriona del siguiente jueves me suplicó que por favor no fuera a faltar a su casa y yo le dije que encantada iría.

Doña Margarita me dijo que mi esposo ya había llegado por mí, pero que estaba en la otra salita platicando con su marido, que no me dijo nada porque quería que todas se fueran para preguntarme cómo me había sentido, le dije que muy contenta, que todas sus amigas me habían caído muy bien; ella se alegró mucho, pero le confesé que lo único que lamentaba era que no me gustaba el tejido, y que no creía que fuera a aprender.

Nos despedimos del matrimonio Villafuerte y nos fuimos a casa; mi marido sonrió al verme tan contenta, le platicué todo lo que conversamos y él se rio divertido cuando le dije que me mortificaba mucho el menú para

doce personas que tendría que preparar cuando me tocara el jueves.

Semana a semana me sentía más integrada al grupo de doña Margarita; tuvieron la paciencia de enseñarme a tejer, y yo con la ilusión de mi primer hijo hice el esfuerzo por aprender. Comencé por los zapatitos, luego tejí la colcha, la gorra y por último la chambra que era lo más complicado; lo hice todo en beige, porque no sabía si sería niña o niño. Sin embargo, yo me sentía extraña, me parecía raro el que no subiera de peso, al principio se lo atribuí a mis vómitos mañaneros que me dejaban el resto del día sin ganas de comer, pasé semanas alimentándome de medio vaso de leche helada por la mañana y sopa de fideo con limón al mediodía, por la noche, cuando la náusea disminuía, me comía un pan tostado con mantequilla y otro vaso de leche.

No sabía que lo que ocupaba mi matriz no era mi hijo, sino un óvulo fecundado fuera de tiempo. La naturaleza, sabia en controles de calidad, detectó que ahí no había vida, y me desperté una mañana con un dolor intenso en el vientre y la humedad caliente de la sangre entre mis piernas. Grité aterrorizada ante la desesperación de mi esposo, que lo único que acertó a hacer, fue a llamar a doña Margarita que llegó enseguida con su partera de confianza; al hacerme el tacto me confirmó que el cuello de la matriz estaba abierto, era un aborto espontáneo.

Me llevaron al hospital y sólo sentí como se llenaba de agua con sangre el recipiente que pusieron debajo de la silla de expulsión; el dolor infinito de perder a mi bebé cedió su lugar al miedo de desangrarme, de morirme ahí mismo, escuché la palabra legrado y tuve la sensación de que estaba abriendo un diccionario equivocado en mi biblioteca, yo sólo sabía de palabras de poesía, esa palabra significaba tallar, raspar mi matriz, limpiar todas las huellas de la que fue mi ilusión.

El ardor de la anestesia subió por mi brazo mientras los doctores me platicaban de algo que de pronto ya no comprendí; caí en un profundo sueño en el que me vi en una carreta llena de paja, sentía el rítmico movimiento de los caballos que jalaban, aunque no puede ver el rostro del cochero; cuando abrí los ojos estaba en la camilla que me conducía a mi cuarto.

Mi esposo estuvo conmigo todo el tiempo, me consolaba con las mismas palabras que se consolaba a sí mismo. No lloré frente a él, porque sabía que sufriría más aún con mi dolor. Me dijo que si quería que me cuidara alguien, le dije que no, que prefería estar sola, un rato para dormir, pero mentí, no lo hice. Cuando se fue, dejé que brotara todo mi llanto ahogado, primero le reproché a Dios, pero luego recordé al patriarca Abraham.

Ahí estaba yo entregando al fruto de mi amor a la voluntad divina, ese era el momento de probar mi fe; de pronto sentí lo que era vivir en una tierra ajena, tan lejos, sólo atada a un gran amor. Decidí que sería fuerte, no lloraría ante él, en el fondo de mi corazón, sabía que tarde o temprano sería madre, y que ese momento triste quedaría atrás.

Doña Margarita le ofreció a mi esposo cuidar mi convalecencia en su casa, lo cual él aceptó agradecido, pues tenía que regresar al rancho. Yo sabía que tenía miedo, aunque no me lo decía, en el fondo, su temor era que yo quisiera regresar a Monterrey y no volviera. Pero nunca fui una mujer que se doblara ante las adversidades, pasé mi cuarentena dejando dócilmente que me atendieran.

Me dieron un purgante para limpiarme el estómago, tomé sólo caldo de gallina de rancho para que me hiciera efecto, luego me lo cortaron con agua de limón. Después me dieron una sobada con unguento de alcanfor para calentarme la matriz, comenzando desde los dedos de los pies, me pusieron una venda y una faja y no me dejaron bañarme en tres días.

María Juquila me preparó el baño al cuarto día, llenó la tina con agua serenada tibia, a la que puso ramas de romero, ruda y albahaca. Estuve un gran rato en el agua, cerré los ojos y de pronto sentí el olor a copal dentro del baño, cuando los abrí vi a María Juquila con un incensario de barro haciendo un ritual que no comprendí, se acercó a mí y me pasó el sahumerio encima, rezando “porque mi espíritu se fortaleciera”.

Dejé de ir a los jueves, porque sólo con ver las labores para el bebé que estaba haciendo me torturaba; me distraje tomando algunos libros de la biblioteca de don Carlos que me parecieron interesantes, especialmente los del cronista de la ciudad, que relataban acerca de las rebeliones indígenas. Ahí leí cómo se hablaba de la rebelión chamula, de cómo los indios llegaron a Jovel y entraron a las casas a saquear y asesinar a los ladinos, mientras el gobierno de Tuxtla no hacía nada, los muy salvajes hasta crucificaron un muchacho en plena semana santa para tener su propio Cristo.

Comprendí entonces el porqué del desprecio que les tenían a los indios los joveleños, era el disfraz para su miedo. Por eso no les gustaba Rosario Castellanos, ni ningún otro autor que hablara mal de ellos, todos los antropólogos, o sociólogos que simpatizaran con la causa de los indígenas, era mal vistos. Cuando Charito la hija de doña Lila Pineda se casó con un doctor en Antropología que era alto funcionario del INI, y empezó a hacer comentarios a favor de los indios, sus amigas le hicieron una broma tan tremenda que nunca volvió a hablar de ellos con el discurso de su marido.

El día de su jueves llegaron todas vestidas como indias, con huaraches y morrales donde llevaban tamales, dobladas de frijol, carne salada y tostadas. Para los mantelitos de mesa sacaron papel periódico y en vasos de veladora se sirvieron un poco de *posh* de una botella. Me lo contaron muriéndose de risa, burlándose unas de

las otras de cómo se veían vestidas de indias. La lección que le dieron a Charito de Mireles fue para recordarle cuál era su lugar como señora joveleña, y nunca la olvidó, aunque no se retiró de los jueves, tuvo buen cuidado de no volver a decir nada a favor de los indios.

Doña Margarita me ayudó mucho con sus consejos y su cariño, me pidió que estuviera presente en su jueves, pero que no hiciera nada, sólo platicar. Acepté porque tenía que seguir adelante, y sus amigas me ayudaron mucho. Fue por casualidad el que esa tarde tomara un libro de poesía y una de ellas me pidiera que leyera, les leí el poema veinte de Neruda y les encantó. A partir de ahí mi trabajo en los jueves consistió en leerles mientras ellas tejían o cosían.

Les leí *Cumbres Borrascosas*, de Emily Bronté, *María*, de Jorge Isaacs, *Clemencia*, de Altamirano, *Marianela* de Pérez Galdós, y todas las novelas románticas de la biblioteca de don Carlos. En la sobremesa platicábamos de esas historias y todas estaban muy contentas de conocer el mundo maravilloso de la literatura, especialmente la escrita por mujeres.

Cuando mi esposo regresó me dio la sorpresa de que ya no viviríamos en la misma casa, me llevó al lugar donde había construido la que sería nuestra y me encantó; estaba cerca del Huitepec, tenía una sala comedor, una cocina y una enorme recámara con baño integrado. Me dijo que sólo edificaron lo más necesario porque quería que fuéramos haciendo poco a poco todo lo que quisiéramos. Lo abracé y lo besé, los muebles ya estaban ahí, así que esa misma tarde hicimos el amor en nuestra cama de cedro con la chimenea encendida.

Dos semanas después estaba instalada en mi nueva casa, doña Margarita me había conseguido a una muchacha para que me ayudara y ese jueves las recibí lo mejor que pude. Me sorprendieron llevando algo cada

una por el estreno de la casa, y me dijeron que teníamos que hacer un “remojo” con marimba y trago.

Antes de despedirnos, una de ellas se animó a decirme algo que desde que me conocieron querían hacerme saber; para mi asombro, me contaron que mi nombre les resultaba muy raro, y muy difícil de decir en diminutivo, por lo que no se sentían cómodas cuando querían hablarme con cariño.

Doña Margarita, que sabía resolver todo con una gran sensatez, les dijo que no había ningún problema, que me dijeran Nena, como lo hacía mi esposo, y que así nadie batallarían con decirme mi nombre en diminutivo. Desde entonces fui conocida como Nena, más que como Nydia de Castellanos.

8 WAXAKEB

*Te dejo frente al mar
Descifrándote a solas
Con mi pregunta a ciegas
Con mi respuesta rota*

Mario Benedetti

Siempre pensante que la soledad era terreno fértil para la intelectualidad; quién diablos iba a poder escribir entre pañales sucios, mamilas o chiquillos llorando y dando gritos. Seguro que por eso se suicidaron Alfonsina Storni, Silvia Plath y Virginia Woolf. Ah Rosario, Rosario, tu modelo de escritora, de mujer inteligente, con qué sabiduría escribió en *Mujer que sabe latín...* que todas las mujeres buscamos ser lo que no somos, tener lo que no tenemos, somos una gran derrota en la lucha por la vida... ¿será así? O es que estás poniendo en tu discurso una interpretación pesimista de ese libro.

Se te ocurre de pronto un diálogo con ella, ¿por qué no? ¿Qué tal una entrevista, sí, eso estaría bien, bueno, tú como reportera, así como en *Álbum de familia*, llegas y le preguntas todo lo que quieres saber; ¿por dónde empiezas? Pero, si es para la televisión, no le preguntes

sobre su estilo o aspectos muy complejos de la literatura, porque el gran público no lo va a entender, además, en la tele los minutos son muy valiosos, y la importancia de la nota va a depender de muchas cosas. Por ejemplo, hay casos donde conviene una declaración de expertos, como cuando los doctores en ciencias jurídicas hablan de lo que es el estado de derecho, entonces la nota va en las principales.

Tal vez necesitarías de un gran escándalo para que la opinión de Rosario pudiera ser tomada en cuenta. Quizá una mujer candidata a la presidencia S-O-L-T-E-R-A, sí, ahí la opinión pública diría: ¿y por qué no se casó?

Hipótesis 1: Por fea.

Hipótesis 2: Porque ya se acostó con la mitad de todos los hombres del país.

Hipótesis 3: Por estudiosa y matadita desde niña, una intelectual con sueños de grandeza que se mete en terrenos masculinos, como la política.

Hipótesis 4: Por lesbiana.....

Entonces si podría entrar tu nota, se le entrevistaría a la Doctora en Letras y conocida feminista, para que diera su punto de vista, y vendría el comentario irónico de Rosario, ¿qué diría? Ella nunca haría una apología de la soltería como el estado ideal de una mujer que quiere consagrarse en cuerpo y alma a la primera magistratura del país, sino algo así como: “el estado civil de una mujer es puramente circunstancial”, ante lo cual la mayoría del público pondría cara de “¿qué quiso decir?” y ella se quedaría tan tranquila sin explicar su respuesta.

O, qué tal si la que quisiera ser presidenta fuera la primera dama, la esposa del presidente en turno; ya se vería clara la andanada de críticas a sus aspiraciones, y ella, ante la encrucijada de Eva de Perón, preguntándole a su marido: ¿y tú te la vas a jugar por mi?, recreando a Benedetti, con mi pregunta a ciegas, con mi respuesta rota, su respuesta posible rota en mil pedazos, la real:

“no puedo”, le contestaría su marido, “aunque te debo mucho, es imposible”.

Cómo te gusta pensar en tonterías Alba, pero es justamente la falta de solemnidad la que ha hecho que tus cursos en la universidad sean de los más concurridos, tienes fama de buena maestra, aunque nunca te lo propusiste, lo tuyo nunca fue dar clases, pero todo comenzó casualmente, el doctor Zozaya te pidió que fueras adjunta en uno de sus cursos cuando estabas terminando la carrera, luego lo supliste en algunas de sus ausencias cuando iba a dictar alguna conferencia, y él te apoyó cuando hubo la oportunidad de entrar como catedrática de asignatura al Colegio de Letras.

De eso ya hacía tiempo, veinte años para ser exactos; el doctor Fernando Zozaya te quería mucho, siempre fuiste su alumna consentida, tú te sentías como su hija, aunque algunos mal pensados creían que estaba enamorado de ti; sólo él y tú sabían que no era así, porque tú estabas enamorada de tu carrera y porque él era homosexual, nunca te lo dijo, pero lo intuías, por eso no te sorprendiste cuando la Dra. Beatriz Orendain te lo contó. Pero lo estimabas y lo admirabas mucho, le dedicaste tu tesis de grado, y él te ayudó a conseguir la beca para tu doctorado en España.

¡Cuántas cosas pasan en dos décadas! Recibiste el reconocimiento a tu trayectoria en la Facultad, y te ganaste la oposición para el tiempo completo cuando el Dr. Zozaya se jubiló, nunca supiste que fue la condición que le puso al Consejo Universitario para retirarse, pensaste ingenuamente que tus credenciales académicas te habían abierto las puertas en un lugar donde son más poderosas las influencias políticas, que tu premio Gabino Barrera por ser la mejor estudiante de tu generación.

A tus alumnos les encantaba que les hablaras de feminismo, de política, de la historia de las primeras damas, invitaste a Sara Sefchovich a dictar una conferencia sobre

ese tema cuando publicó su libro. Tus alumnas te decían que querían ser como tú y las prevenías siempre: el caballo del amor y el del conocimiento corren en la misma carrera, sólo puedes apostarle a uno.

Pero, aún con el apoyo del doctor Zozaya, no te fue fácil trabajar en la Facultad, sufriste varias decepciones, cuando tú tenías los méritos para promoverte con más horas, ascendían otros, hombres generalmente, familiares o amigos del director. Cuando le dieron la coordinación del Colegio de Letras al inútil de Agustín Moreira, a pesar de que era a ti a quien le correspondía, pediste tu año sabático y te fuiste a París con Beatriz Orendain, a los seis meses te llamaron para suplicarte que por favor regresaras, que te darían el puesto a ti, que interrumpieras tu sabático porque el Lic. Moreira había renunciado a la Universidad, al regresar te enteraste que estuvo metido en un tremendo lío por acoso sexual, y que tuvo que pagar muchísimo dinero para no ir a la cárcel.

Beatriz te sugirió que continuaras con tu sabático y los mandarás a paseo, pero decidiste que era tu oportunidad y regresaste, el doctor Zozaya te dijo que era la ocasión de entrar por la puerta grande y así lo hiciste. Te convertiste en la coordinadora más joven del Colegio de Letras, y estuviste ahí durante muchos años, el período del director que te mandó llamar y los dos de su sucesor. Renunciaste para trabajar en el diseño de la Maestría en Género y Literatura, que se convirtió en tu hijo, según te dijeron el doctor Zozaya y la doctora Beatriz Orendain.

Fue Beatriz quien más te ayudó con tu proyecto, te puso en contacto con investigadoras de todo el mundo que trabajaban el tema de la literatura femenina, además de especialistas y antropólogos con quienes construiste la línea de género dentro del currículo.

El Doctor Zozaya realizó el trabajo de cabildeo con todos sus contactos para que el Consejo de la Facultad aprobara el programa de la Maestría, y te dijo, en tono

de broma, que él era el padrino de tu hijo, cuando te entregó el oficio de registro ante profesiones, como si fuera su acta de nacimiento.

Para impartir los cursos de la primera generación contaste con profesores invitados de las mejores universidades: Esther Balbuena de la UNAM, Ernesto Fernández Bedolla, de la Universidad de Santa Fe de Bogotá, Colombia, Montserrat Martínez, de la Complutense de Madrid, Roberto Belarmino Llorente, de la Universidad de Granada, Balbina Peregrini, de la Universidad del Río de la Plata.

Cuando lograste que por fin arrancara la Maestría, sentiste que para eso habías nacido, desde ese momento toda tu razón de vivir se centró en ese programa. Te ocupaste de las entrevistas a los aspirantes a ingresar, de comprar la bibliografía para todos los cursos, de armar encuentros y simposios como actividades de apoyo extracurricular.

Pronto la maestría ganó prestigio académico y te encontraste luchando por registrarla en el padrón de excelencia de CONACYT; tus compañeros de la Facultad y el propio director te advirtieron que tomaras las cosas con calma, que tu salud iba a resentir el ritmo vertiginoso con el cual estabas llevando tu vida y esa lucha desenfrenada por lograr todo lo que te proponías.

Conseguiste que la maestría fuera el primer posgrado de excelencia de la facultad de Filosofía y Letras, con lo cual llegaron muchos recursos, pero también exigencias. La selección de alumnos y catedráticos se volvió más estricta y tuviste que estar muy pendiente, recibías solicitudes de muchas partes, tanto de México como del extranjero.

No hiciste caso de las advertencias, y tu salud lo sintió; caíste en cama con agotamiento físico y mental. Afortunadamente tenías todo tan bien organizado que la

maestría siguió funcionando sin problemas, no así tu cuerpo, que te dio la primera señal de que no estabas bien.

Te hiciste un chequeo general y en cuanto te dijeron los médicos que estabas mejor, te reintegraste al trabajo. Hubo un estudio que no recogiste porque no tuviste tiempo, cuando te lo enviaron del laboratorio tu secretaria lo puso en tu escritorio y te preguntó si te hacía la cita con el especialista pero le dijiste que te lo recordara a la semana siguiente, y ella lo hizo, pero le mentiste diciendo que ya habías ido a verlo.

No pensaste que fuera importante, marcaste tus prioridades y te dedicaste a trabajar, a hacer lo que más te gustaba, seguiste con el mismo ritmo de actividades, nunca imaginaste lo que esa decisión te iba a costar.

9 BALUNEB

*Ya yo no quiero otro amor,
Pues a mi Dios me he entregado,
Y mi Amado para mí
Y yo soy para mi Amado.*

Teresa de Ávila

Juana Soledad Manrique Rodríguez profesó como Sor María de la Purificación en la fiesta de María Auxiliadora el 25 de mayo; su madre y su madrina Margarita con sus dos hijas estuvieron presentes. Su madrina corrió con todos los gastos de la dote, y movió sus influencias para que el Obispado no pusiera ninguna objeción para que la joven novicia de procedencia indígena se convirtiera en esposa del Señor.

María Juquila sostuvo siempre que el padre de su hija había muerto, y ni siquiera en secreto de confesión reveló nunca la verdad; ella estaba feliz de que su hija hubiera optado por la vida religiosa, pues desde niña le había inculcado el amor a Jesús y a su madre, María Santísima, desde antes de nacer, cuando iba diario a rezar el rosario en Juchitán.

Cuando Soledad entró al Colegio Regina fue la primera en aprenderse el rosario, y era quien lo contestaba cuando las niñas oraban en la capilla. Pronto se ganó el aprecio de las monjas que veían en ella a una futura religiosa, y la ponían como ejemplo de buena cristiana, aunque desconocían las burlas y humillaciones que recibía de las niñas ricas por ser hija de una sirvienta.

Pero la protección de su madrina Margarita era una gran sombra que la cubría de todo desaire; apenas terminó la secundaria se dedicó a trabajar en la Parroquia del Sagrario como secretaria, además daba catecismo y pertenecía a la Junta de Señoritas encargadas de la fiesta del 24 de septiembre en la Merced.

Entre los oficios comunes de Jovel estaba el de rezadora de novenas, y pronto Soledad fue solicitada para ello por su buen timbre de voz; primero la buscaron las amigas de su madrina, tuvo que organizarse para poder cumplir con los múltiples compromisos que se le presentaban, sobre todo en diciembre con las nacidas del Niño Dios, en enero, con las sentadas y la fiesta del Cristo de Esquipulas el día quince. Se acompañaba con otra de sus compañeras del colegio que tenía buena voz para los cantos y alabados con que se aderezaban cada uno de los misterios del Santo Rosario.

Por la mente de Soledad no pasaba la idea de tener novio, o casarse, y aunque se le presentaron algunas oportunidades ella las desdeñó porque desde niña estaba segura que no habría hombre en el mundo capaz de colmar ese deseo tan intenso de amar y entregarse a sus semejantes. No fue una sorpresa cuando a los veintiún años manifestó su deseo de ingresar a la Orden de las hermanas Misioneras Clarisas e inició su noviciado.

Sor María de la Purificación fue celebrada con un desayuno en casa de su madrina al que asistieron todas sus hermanas, la Madre superiora, y hasta el Señor Obispo; no era la costumbre que a una religiosa se le hicieran

este tipo de agasajos, pero cuando Margarita Rovelo de Villafuerte pedía un favor nadie se lo negaba.

Fue precisamente ese día cuando el señor Obispo anunció que pronto se retiraría pues llegaría su sustituto de otra diócesis; nadie imaginó que la historia de Jovel cambiaría para siempre con esa noticia. No se sabía nada del sucesor, sólo que venía de Puebla, que había nacido en Guerrero, y que era muy joven.

María Juquila sabía hacerle caso a sus presentimientos desde que se le quebró la copa el día en que se separó de su marido; pensaba que las cosas le hablaban, y reforzó esa idea con la creencia de los indígenas de los altos de Chiapas de que todo tiene vida y tiene dueño.

Por lo pronto el espíritu de su rosario de ámbar le avisó que se aproximaba una desgracia, en su cabeza se puso a elucubrar por donde vendría la nube negra; y es que ya tenía experiencia en saber sobre las cosas que pasarían en el futuro.

Adivinó que algo malo le pasaría a don Carlos el día que un condenado gato que apareció, de saber dónde, deshizo una camisa suya colgada en el tendedero; esa noche lo trajeron malherido del rancho, lo había tirado un caballo, y se pasó tres meses en recuperación, uno en el hospital y dos en casa, con dos costillas y una pierna rotas.

A los cuatro hijos de doña Margarita les dio varicela al mismo tiempo, un día después de que al estar jugando le quebraron las patas a sus camas y las dejaron inservibles, al grado de que se tuvieron que comprar camas nuevas para su convalecencia, que tardó quince días, donde los curaron dándoles cosas frescas para la fiebre: agua de achiote con azúcar para que brotaran bien las ronchas, limonada con crémor tártaro y agua de chilacayote para el calor del estómago. Les pusieron manteca de venado para que no se les marcaran las cicatrices y agua sedativa (con amoniaco) para la comezón.

Nunca le quiso contar a su patrona de sus premoniciones, pero fue ella la que encontró a la mamá de doña Margarita muerta en su cama una mañana que fue a verla segura de que algo le había pasado, pues una noche antes una veladora estalló y se derramó sobre el chal y su devocionario que quedaron en la silla frente al altar. También se quedó callada cuando a doña Nydia de Castellanos se le quebró la jarra de porcelana con el café al desprendérsele la oreja, sin motivo aparente, el jueves antes de su aborto.

Su preocupación aumentó al día siguiente, pues luego de llevar su rosario a que se lo arreglara el joyero, se rompió de nuevo al estarlo rezando. Las sirvientas de la casa sabían que algo le pasaba a María Juquila cuando la veían tan callada y pensativa. Ya no se confesaba porque el Padre la regañaría y le diría que era cosa de indios idólatras el creer que las cosas tenían dueño y que avisaban de las desgracias.

La llegada del nuevo obispo fue celebrada en grande en Jovel, todas las campanas repicaron cuando hizo su entrada por la calle principal acompañado por miles de fieles, algunos de los cuales lo fueron a recibir hasta Tuxtla. Luego de la misa y el besamanos en la Catedral el señor obispo fue a comer a la casa de doña Margarita, donde le esperaba una fastuosa recepción.

María Juquila se había esmerado en preparar el mole que le salía como a nadie, y el arroz de fiesta, blanco como la nieve, con verduras y pasitas. Cuando escuchó un grito en el patio salió corriendo de la cocina y vio con horror como una de las sirvientas había derramado el plato de mole encima de la ropa del señor obispo, corrió por trapos y se acercó a limpiar lo que la niña indígena, que lloraba apenada, había manchado.

Doña Margarita disimulaba su contrariedad, mientras el señor obispo sonreía indulgente a la muchachita y le ponía la mano en su cabecita. María Juquila limpió rápido

y con diligencia la mancha, notó que el Cristo del sacerdote quedó manchado de rojo, como si fuera sangre, y a pesar de que lo limpió bien, no pudo evitar santiguarse ante la inminencia de la desgracia que vendría, en un gesto que todos tomaron como reverencia, pero que sólo ella sabía lo que significaba.

Pasaron las semanas y el incidente se olvidó; el señor obispo fue recibido en las casas de las familias acomodadas de Jovel, se sucedieron invitaciones a comer, a tomar el chocolate por la tarde, y pronto vinieron también las peticiones de misas especiales para bautizos, comuniones, bodas de plata, y otras celebraciones que normalmente eran en las capillas privadas de las residencias o en el Colegio de las Madres, nunca en misas comunitarias junto con los indios.

Sor María de la Purificación se integró a la intensa vida de trabajo y oración de su Orden atendiendo a los niños pobres, especialmente a los indígenas. Puso todo su empeño en aprender a hablar tselstal y tsotsil y lo logró en pocos meses, por lo que pronto una idea en su cabeza comenzó a darle vueltas.

Al igual que su madre, calculaba bien las cosas, pensaba cada paso que tenía que dar, y esperaba el momento oportuno para hacerlo. Para una religiosa la vida misionera representa lo mismo que los hijos para un matrimonio; María de la Purificación solicitó ser enviada a misiones y le asignaron el pueblo de Tenejapa, de indígenas tseltales.

Recorrió todas las comunidades para censar a toda la gente que estuviera sin bautizar o sin casarse por la iglesia; pronto se dio cuenta que la razón por la que no recibían los sagrados sacramentos no era la falta de fe, sino de dinero para pagarle a la Iglesia. Sus ojos fueron descubriendo la magnitud de la pobreza y las injusticias en la medida en que visitaba las comunidades.

Organizó un dispensario al lado de la parroquia del Señor de los Desagravios, y le puso San Alonso, el patrono

de los Tenejapanecos, para que la gente fuera con confianza a las consultas médicas, y a las vacunas. Por la tarde daba catecismo en la galera junto al dispensario que le construyeron los indígenas que estaban muy agradecidos con la madrecita María, de piel morena, como la suya, que parecía no cansarse nunca.

Sor María de la Purificación se topó con la realidad más rápido de lo que había pensado; su vocación misionera fue frenada de pronto por un incidente cuyas consecuencias no midió. En uno de sus recorridos vio como los hombres de un señor importante de Jovel se llevaban a la fuerza a unas muchachitas para el servicio de la casa y ella intervino para defenderlas, los hombres dudaron entre golpearla a ella también pero les impuso respeto su hábito y se fueron corriendo a darle queja al señor. Ella no sabía que la forma más común que tenían las señoras joveleñas de conseguir servicio era comprar niñas indígenas, que comenzaban de cargadoras de criaturas, luego pasaban a sirvientas, y si se ofrecía, también eran utilizadas para que los varones de la casa saciaran la urgencia de su despertar sexual.

La castigaron tres días en la casa conventual, le impusieron silencio absoluto y un ayuno de sólo agua y rezos. Ni su madre ni su madrina Margarita se enteraron, lo cual ella agradeció a la madre superiora, pues le habría dado mucha pena ponerlas en vergüenza. Durante esas setenta y dos horas la sangre zapoteca que corría por sus venas se rebelaba, pero sus votos de obediencia y humildad frenaban su indignación ante semejante injusticia.

Las enseñanzas que aprendió desde niña: que todos somos hijos de Dios, que los malos se van al infierno, que primero pasará un rico por el ojo de una aguja que entrar en el reino de los cielos, fueron cuestionadas ante una verdad que aparecía ante sus ojos grande como el sol. No, no somos iguales, no lo fue ella en el colegio, porque soportó todo lo que la humillaron pensando como una

futura santa, repitiendo las palabras de nuestro Señor: “perdónales porque no saben lo que hacen”.

La peor parte de su castigo no fueron los tres días de encierro, sino que la quitaron de las misiones, lo cual le dolió mucho más; estuvo un mes en la tienda de las madres, vendiendo rosarios y estampitas, y luego la regresaron de secretaria a la Parroquia, cuyo movimiento conocía muy bien; pero cuando la encargada de la curia se retiró para irse a vivir en otra ciudad, ella fue la elegida para ser la secretaria del señor obispo.

Le fue de mucha utilidad el saber hablar tseltal y tsotsil, le sirvió de intérprete al señor obispo y pronto se hizo imprescindible su compañía en todos los viajes pastorales de Su Ilustrísima, antes de que él mismo se preocupara por aprender todas las lenguas indígenas que se hablaban en su diócesis.

A Sor María de la Purificación le llamaba la atención la mirada del señor obispo cuando estaba con los indios, tal vez porque veía en ella lo mismo que había en la suya cuando conoció la pobreza y la injusticia. Lo que ni ella ni el resto de la gente sabían, era que por las venas de su ilustrísima corría sangre náhuatl, y que al igual que le pasó a ella en Tenejapa, un grito de rebeldía comenzaba a gestarse desde lo profundo de sus raíces indígenas.

10 LAJUNEB

Todo dejé atrás.

No oí lamentos, ni recomendaciones

porque en todo el Universo de mi ceguera

sólo vos brillabas

recortado sol en la oscuridad.

Gioconda Belli

Palmira Palencia era menudita y delgada, tenía unos ojos hermosos y la nariz respingada; era muy esbelta, a pesar de sus tres hijos. Se casó muy jovencita con su tercer novio porque la embarazó. Ella era dependiente en una tienda de pinturas en Villahermosa, y él, vendedor a comisión; no hubo fiesta, sólo una sencilla boda civil y una comida familiar en casa de sus padres. Cuando él la llevó a su casa, un pequeño cuarto con una cocinita y un baño, la tiró en la cama y le dijo:

—Ahora si vas a conocer el respeto —y comenzó a pegarle.

—¿Pero, por qué me pegas? ¿Qué te hice?

—¡Para cuando me hagas! ¿Crees que no me di cuenta de cómo me ve tu familia? Como el don nadie que se lleva a su hijita a sufrir penas.

Ella lloró amargamente, su primer impulso fue salir corriendo y volver al hogar paterno, como el hijo pródigo. Sabía que la recibirían si les contaba todo, que comprenderían su error, que no la dejarían con un hombre que la golpeaba sin motivo. Se levantó y se dirigió hacia la puerta, pero él la atajó y tomándola del brazo la amenazó:

—¿A dónde crees que vas? Si estás pensando escapar estás muy equivocada. ¿Crees que vas a regresar a tu casa para decirles a tus padres y tus hermanos “mi marido es muy malo, ya no quiero estar con él”? ¡Pues te equivocaste chiquita! ¡Tú me arruinaste la vida y ahora te amueles! ¡Te quedarás aquí, encerrada, si es preciso, hasta que entiendas quién manda y a quién vas a obedecer!

La tomó del cabello y la estrujó con violencia

—¿Quién manda aquí? ¡Contesta! ¿Quién?

—Tú... —balbuceó sollozando.

—¿Quién? ¡No te escucho!

—Tú... tú mi amor.

—¿Quién?

Le jalaba más los cabellos y acercaba su cara mientras ella sentía el ardor de sus lágrimas recorriendo su rostro y mezclándose con la sangre que brotaba de su nariz y de su boca hinchada por las bofetadas recibidas.

—Tú... tú Gabriel...

—Muy bien muñequita, creo que ya te quedó bien claro... Ahora vamos a lo que sigue... Mañana tengo que viajar a Mérida y necesito que prepares mi ropa. ¡Anda, muévete!

Palmira se secó las lágrimas con la falda de su vestido y se dirigió al pequeño ropero que estaba frente a la cama, buscó su maleta con la vista y la encontró frente a sus ojos, encima del ropero. Tímidamente le suplicó.

—¿Serías tan amable de bajarme tu maleta? Es que no la alcanzo...

—Inútil... si ya sabía yo que no servías para nada... ¡Toma!

Arrojó sobre la cama una anticuada maleta de cuero cubierta por una capa de polvo que la hizo toser.

—Ah... delicada la señorita... ¡Qué pena! ¡Límpiala! ¿O vas a ser tan tonta que vas a poner mis cosas entre la mugre?

—No... Es decir sí... Sé que tengo que limpiarla, ¿dónde hay trapos?

—¡Qué mujer tan estúpida! ¡Búscalos!
Y le propinó otra bofetada que la hizo caer al suelo.

—¡Levántate! Ya te dije que más vale que te acostumbres a obedecer sin chistar... y no quiero pretextos, ni excusas por nada, ¿me entiendes? —gritó—. ¿Me entiendes?

—Sí —gimió ella—. Como tú digas.

—¡Lávate antes de tocar mi ropa! ¡Anda!

Palmira se dirigió hacia el baño tambaleante... iba a cerrar la puerta pero escuchó sus gritos.

—¡Ni se te ocurra encerrarte! ¡Deja la puerta abierta!

La angustia, el dolor, todo se mezclaba en su frágil cuerpo. Abrió la llave y se lavó la cara, las manos. No se explicaba qué había pasado; ¿por qué de pronto el hombre que era todo amor y galanteos, al que le había entregado su cuerpo y su alma, la trataba así? El agua corría por el lavabo, amarillento de viejo... Entre sus lágrimas, la sangre y el jabón formaban una mezcla espumosa tan desagradable que le provocó náuseas... Se inclinó hacia el sanitario y comenzó a vomitar... la comida con la que se celebró su boda... el vino con el que brindaron... y por último un hilo amarillo y pestilente que sintió más amargo que nada... Quería arrojar con su vómito todo lo que tuviera que ver con el error más grande de su vida... Agotada por el esfuerzo se reclinó en la pared... cayó en la cuenta de que había algo de él dentro de ella que no podría sacar... su hijo. Se llevó las manos al vientre, que aún permanecía plano, sin señales de llevar una nueva vida desde hacía dos meses.

—Tengo que ser fuerte —pensó—. Mi hijo no tiene por qué pagar mis errores.
Oyó sus gritos desde afuera.

—¡Ya sal de ahí! ¿Qué tanto haces?

—¡Ya voy! —contestó apenas temiendo que pensara que le gritaba... Bajó la palanca del sanitario.

Se arregló un poco el cabello en el espejo y no reconoció el bello rostro que había maquillado esa mañana para la boda. En su lugar estaba una masa hinchada con los ojos hundidos y los labios ensangrentados... Se secó con la toalla y salió. Él estaba parado en medio del cuarto, con los brazos en jarra, mirándola furioso.

—Perdona... es que me sentí mal... creo que me cayó mal la comida...

—Ya te dije que no quiero pretextos... ni pienses que porque estás embarazada vas a dejar de cumplir con tus obligaciones. Eso es lo más normal del mundo... Además... fue tu culpa... ni tú ni yo estaríamos aquí de no ser por ese...

—Antes que digas cualquier cosa recuerda que es tu hijo.

—¡Eso dices! Cómo sé yo, si igual que te acostaste conmigo, no lo hiciste con otros, pero a mí me cargaron el muertito.

—¡Cómo te atreves! Sabes bien que cuando estuve contigo yo era señorita... Este hijo es tuyo... nuestro... Tú dijiste que me amabas... que era la mujer de tu vida.

—Yaaaa, cállate... Las mujeres siempre vienen con ese cuento... definitivamente no eres la mujer de mi vida. Eres el error de mi vida.

—Entonces, ¿por qué te casaste conmigo?

—Porque me obligaron, tus hermanos y tu padre me sentenciaron con matarme y mínimo hablar con mi jefe para que me corriera. No sabes la golpiza que me pusieron... por eso no te vi en una semana... Pero ahora todo

es diferente, muñequita... Yo soy tu dueño y puedo hacer contigo lo que se me antoje... Tú vas a pagar por todo lo que ellos me hicieron.

—No, por favor... yo te juro que te voy a obedecer y hacer lo que me digas...

—Más te vale que lo entiendas, recuerda que de no ser así no sólo la vas a pasar mal tú, sino también tu hijo.

Palmira entendió que estaba dentro de una trampa, de un callejón sin salida al que la habían llevado su amor y su pasión por aquel hombre, y la intervención de su familia que pensó que casarla con el padre de su hijo sería para bien. Ahora comprendía que el mundo en el que había crecido, lleno de mimos y libertad, no existiría más; ella había sido la más pequeña de siete hermanos, fue la niña luego de seis varones, la felicidad de sus padres y el orgullo de sus hermanos, que la protegieron y la cuidaron siempre, hasta que se le ocurrió la idea de irse a estudiar a Villahermosa y trabajar de medio tiempo. Ahí conoció a Gabriel Yamad Colín, hijo de padre libanés y madre tabasqueña, que murió al darlo a luz; tenía unos hermosos ojos oscuros, llenos de luces y sombras, una boca sensual y un físico atlético que dejaba suspirando a todas sus compañeras.

Con tan sólo dieciséis años y apenas dos noviazgos infantiles en su haber, a Palmira se le embotaron los sentidos con Gabriel. Siempre que llegaba a verla le llevaba una rosa, o una pequeña caja de caramelos, luego fueron tarjetas o pequeños recuerdos de las ciudades del sureste que visitaba como vendedor. Fue cosa de unos meses que se hiciera su novia y aceptara entregarse a él.

Sus visitas a Tenosique, donde vivían sus padres, eran esporádicas; se cuidaba muy bien de aparentar la felicidad que no vivía ante su familia; usaba maquillaje corriente,

pero bien aplicado para verse bonita, aunque él le reprochara que estaba coqueteando con alguien.

Le gustaba ir a Tenosique porque tenía un poco de libertad, iba al mercado con su mamá mientras los niños se quedaban con la que fue su nana en casa. Su mamá le compraba todo lo que le gustaba, porque aunque ella pensaba que no, su madre intuía que algo no andaba bien, pero no le preguntaba nada. Al principio a Gabriel no le parecía bien que le comprara vestidos y zapatos, hasta que cambió de idea al darse cuenta que se ahorraría el dinero que tendría que gastar en ella, y permitió los regalos de su familia para ella y sus hijos.

Palmira aprendió a pintar en tela con su tía Rosa en una gran tienda de Villahermosa, tenía una habilidad natural para manejar los colores que pronto se hizo notar entre sus compañeras; la maestra le recomendó a la dueña de la tienda que la pusiera a dar clases cuando ella se regresara a la ciudad de México.

Palmira se aterró, sabía que Gabriel no le permitiría trabajar, pero para su sorpresa accedió porque la dueña de la tienda era su cliente y a él le convenía estar bien con ella.

En unos cuantos meses Palmira se convirtió en una experta en la pintura textil, sus trabajos eran de gran calidad, compraba revistas para aprender más y mejorar su técnica, y el mismo Gabriel la llevó a México varias veces a tomar cursos para profesionales de la decoración.

A Gabriel le iba muy bien en sus ventas gracias al talento de su mujer para enseñar a pintar; la fábrica de pinturas le amplió la cartera de clientes y en poco tiempo se encontraban los dos recorriendo todo el sureste del país.

Llegaron a Jovel más por pasear, porque el único cliente al que visitaba Gabriel era el dueño de una especie de almacén donde se vendía de todo, a quien no le interesaba el plan de que las mujeres aprendieran a pintar

tela, porque, según él, las joveleñas sólo se dedicaban a bordar y a tejer en sus ratos libres.

Palmira le mostraba a don Virgilio Santiago sus trabajos, cuando doña Margarita Rovelo entró a su tienda y los contempló maravillada. Fue cosa de un momento que convenciera a Palmira y a su esposo de que se quedarán en su casa para darles diera un curso especial a doña Margarita y a sus amigas.

Ante el entusiasmo de su ahijada Margarita, don Virgilio se comprometió a pedir los materiales que necesitaran para venderlos en su tienda y en menos de una semana Margarita, sus hijas y sus amigas se encontraban aprendiendo a pintar en tela.

Palmira se sentía feliz, el grupo de señoras era muy alegre, muy diligentes para aprender y muy atentas con ella, todas las noches de la semana que se quedó en Jovel tuvo invitaciones a merendar o a cenar, excepto el jueves que era el día que se reunía el grupo de doña Margarita, y ella aprovechó para pasear por el centro, justamente para cumplir la cita con su destino.

Guillermo Bermúdez había dejado a su hermana en casa de Margarita cuando se topó con Palmira y quedó prendado de su sonrisa, no hubo quien los presentara porque las señoras ya habían entrado a la casa, pero ellos sintieron que se conocían desde hacía mucho tiempo. Si es verdad que existe la reencarnación, Guillermo y Palmira habían sido pareja en otra vida, pasearon juntos por el pueblo, platicaron mucho y él la acompañó de regreso a su casa.

Palmira no quiso contarle nada a su anfitriona pensando que en los pueblos pequeños no era bien vista la amistad entre un hombre y una mujer. Suponía que Guillermo era casado, así que se conformaría con el recuerdo de esa deliciosa tarde y se olvidaría del asunto.

Sin embargo, Guillermo no se conformó como ella, al día siguiente fue a buscarla con el pretexto de algo que

necesitaba su hermana y le pidió que se vieran de nuevo. Palmira tuvo que inventar pretextos para salir sola y verse con él nuevamente.

La intensidad del sentimiento que empezaba a brotar en ella era más fuerte que su miedo a Gabriel, comenzó a hacer planes con Guillermo para seguirse viendo. Cada vez que ella fuera a algún pueblo, le enviaría un telegrama con el seudónimo de Señor Rodríguez, y él trataría de verla.

Con el temor a ser descubierta en cualquier momento, Palmira vivía su nuevo amor al filo de la navaja, procuraba que los cursos se programaran en fechas que no coincidieran con las visitas que su marido hacía a los clientes. Se hospedaba en alguna posada sencilla y lejos del centro, Guillermo llegaba al día siguiente que ella y se iba un día antes; fingían no conocerse todo el tiempo, aunque por las noches se encontraban para dar rienda suelta a su pasión.

En Jovel era el único lugar donde Palmira no podía estar con Guillermo, era demasiado conocido para poder ocultarse. Doña Margarita notó en su segunda visita algo diferente en ella, su mirada experta escudriñó muy bien sus actitudes, su distracción, su nerviosismo cuando recibía llamadas por teléfono. Pero no fue con ella con quien Palmira se atrevió a revelar su secreto, sino con Nydia de Castellanos, Margarita las observó durante todo el tiempo que estaban pintando juntas, de hecho los trabajos de Nydia eran los mejores y sus amigas protestaban diciendo que la maestra le dedicaba mucho tiempo.

Margarita sabía que tarde o temprano se enteraría del secreto de Palmira, y tuvo la certeza la noche en que media hora después de haber salido de su casa, donde se hospedaba e impartía sus cursos, le llamó para decirle que se había encontrado con unas amigas de Villahermosa y se quedaría con ellas en su hotel.

Marcó a la casa de Nydia con la seguridad de que ella le diría qué estaba pasando, la misma Nydia contestó:

—Comadre Margarita, buenas noches, en qué puedo servirla.

—Ay comadrita, disculpá que te moleste, pero la maestra Palmirita no ha regresado y pensé que estaría con vos.

—No comadrita, no ha venido por mi casa.

—Ah, pues me dijo que iba para tu casa. Ay Dios, estoy muy apenada, fijate que le acaba de llamar su marido.

—Pues no sé, tal vez está por ahí paseando...
Las evasivas de Nydia le confirmaron sus sospechas.

—Mirálo comadrita, está mejor que me digás la verdad, caso soy muchachita para no darme cuenta de que algo está pasando.

—Por dios comadrita, yo que sé.

—Si alguien lo sabe sos vos, yo sé que ella te dijo algo, y creo que tengo derecho a saberlo, ella está hospedada en mi casa.

—Comadre, pero... Usted sabe que yo... bueno a mí no me gustan los chismes.

—Ni a mí tampoco; no estoy preguntando por argüende sino para saber qué clase de gente tengo metida en mi casa.

—No piense mal de Palmira comadre, es que ella... ha sufrido mucho.

—Si ya me contó, el marido le pega y todo eso... y qué más.

—Pues... ella... encontró a alguien y... se enamoró.

—Ah vamos, tiene un su enamorado, y la muy bandida se va a encontrar con él, en menudo lío me va a meter donde vuelva a llamar su marido.

—No se enoje comadre, voy a localizarla y le diré lo que pasó.

—No, esperate, ya mañana hablaré yo con ella, pero por favor no te callés cosas que son tan delicadas.

—No comadre, perdone... Usted, lo que pasa es que no pensé que Palmira fuera a verse con él aquí, porque... él es de aquí.

—¿Qué? Decime su nombre, te lo exijo.

—Creo que se llama Guillermo Bermúdez.

—¡Ay, justo juez! No me digás más que me voy a privar.. Buenas noches.

Margarita sintió que su cabeza era un mundo, resulta que ella tenía hospedada en su casa a la amante de Guillermo Bermúdez, la misteriosa mujer de la que tanto le hablaba la hermana de él, su amiga Eloína. Bueno, Guillermo era divorciado, pero Palmira no, ella estaba casada y a ella no le parecían las sinvergüenzadas, y menos tenerla en su casa, la correría al día siguiente, no faltaba más.

Entró al oratorio para rezar su rosario y leyó el pasaje de la biblia que encontraron primero sus dedos; era el de

la mujer adúltera, quedó sorprendida por la coincidencia, Jesús perdonó a aquella mujer y preguntó a los que la acusaban que si ellos no habían pecado, entonces que arrojaran la primera piedra.

Rezó cada uno de los cinco misterios tratando de hacer las paces con su conciencia, y al terminar la letanía y las jaculatorias tomó su decisión. Palmira ya tenía bastante con su matrimonio desdichado y con un amor clandestino como para que ella le vaciara encima el implacable juicio de una señora de buenas costumbres y la echara vergonzosamente de su casa. Besó la cruz de su rosario pidiéndole a Dios perdón por haberla juzgado y porque se apiadara de ella, y se fue tranquilamente a dormir.

11 BULUCHEB

*Me persiguen, corro, corro,
Me doy contra un muro;
tengo que saltar ese muro,
y no sé lo que hay detrás;
tengo miedo.*

*La muerte en sí no me asusta:
Tengo miedo del salto.*

Simone de Beauvoir. (*Una muerte muy dulce*)

El día que cambió para siempre el resto de tu vida comenzó igual que todos los demás; llegaste temprano a la Universidad, desde que entraste a tu oficina no paraste un segundo, llamadas, reuniones de trabajo, recibir personas. Todavía no habías desayunado y estabas por hacerlo cuando un dolor agudo en tu vientre te hizo perder el conocimiento.

Tu secretaria entró a tu oficina y gritó alarmada al verte tirada, desangrándote; llamaron a la ambulancia y te llevaron urgentemente al hospital. El Dr. Zozaya fue el primero de tus amigos en llegar, todos se preguntaban qué hacer, dónde estaba tu familia, sabían que vivías sola.

Despertaste en la habitación del hospital, viste al Dr. Zozaya y a los médicos con cara de preocupación.

—¿Qué me pasó? —preguntaste ansiosa.

—Dra. Zambrano, necesitamos hablar con algún familiar suyo...

—No tengo a nadie, dígamelo a mí, soy la única dueña y responsable de mi vida.

El Dr. Zozaya te miró con reproche, siempre la Alba altiva y soberbia, pero como siempre, te apoyó.

—Tiene razón doctor, ya se lo había dicho, ella no tiene familiares... por favor explíqueme...

Te sobresaltaste, algo grave sucedía y a ti te alteraba muchísimo no tener todos los elementos que te permitieran juzgar una situación.

—¿Me van a decir de una vez que es lo que me pasa? —preguntaste.

El médico revisó las hojas de tu expediente, vacilando aún en decirte su diagnóstico, al fin te miró y te lo dijo:

—Sufrió usted una hemorragia porque se reventó un quiste ovárico, era perfectamente operable, pero desconozco la razón por la cual no vino a consulta luego que le entregaron sus estudios.

Recuerdas que Mayis te lo dijo, le mentiste, entonces si era grave, bueno, y ahora qué...

—Dra. Zambrano, controlamos la hemorragia para que estuviera usted consciente y nos autorizara en ausencia de familiares lo que tenemos que hacer...

—Termine de una vez de decirme, ¿qué me tienen que hacer?

—Tenemos que extirparle los ovarios y la matriz, están llenos de quistes, alguno de ellos puede ser indicio de tumor canceroso y poner en riesgo su vida.

—¿Qué?...

Alguna vez leíste lo de las cinco etapas para aceptar que estás desahuciado... que te vas a morir... La primera es la negación... ahora lo negabas, no es cierto, no es posible...

Volviste los ojos al Dr. Zozaya, que te miró con un compasivo silencio que no soportaste, eras demasiado orgullosa para que te tuvieran lástima.

—Haga lo que tenga que hacer, doctor... ¿Qué es lo que tengo que firmar?

Una anestesia total es como morirte un poco, una vez te lo explicó una anesthesióloga que fue tu compañera de vuelo: como el pentotal tiene un efecto en la corteza cerebral que provoca la disociación de la conciencia e inhibe el dolor.

Te devolvieron a la sala de operaciones que ya estaba lista, lo último que viste antes de despertar en tu habitación fue una enorme luz blanca, esa que dicen ver todos los que se mueren en el último instante. En ese momento caíste en la cuenta que si te morías no le harías falta a nadie... Que a excepción del Dr. Zozaya y la Dra. Orendain no tenías más amigos cercanos. Tal vez Mayis, tu secretaria, por fidelidad arreglaría tu funeral... y todas las autoridades de la Universidad asistirían a montar guardia junto al ataúd con los restos “de la mujer que luchó incansablemente por darle a la Facultad de Filosofía

y Letras su primer posgrado de excelencia... que puso muy en alto el nombre de su Alma Mater con sus estudios sobre género y literatura”. Nadie firmaría tu obituario... Por supuesto que habría una nota de un cuarto de plana en el periódico en la cual la Universidad participaría a la comunidad sobre tu deceso, las esquelas de la Facultad y la del sindicato serían de un octavo de plana, que es lo que les asigna el presupuesto para estos casos.

Lo que soñaste durante el tiempo que estuviste sedada por la anestesia lo olvidaste apenas al abrir los ojos; tenías un dolor en el vientre, intermitente, como de punzadas. La habitación estaba en penumbras, tus ojos se abrían y cerraban y de pronto, un rostro que pensaste que ya habías olvidado apareció frente a ti. Tus palabras no alcanzaron a salir porque la náusea provocada por el efecto de la anestesia de hizo vomitar un líquido amarillento y amargo, detrás del cual apenas te escuchaste decirle, ¿qué haces aquí?

Él no te respondió, sólo te contemplaba; limpiaste con la mano que no tenías atada al suero tu boca con la punta de la sábana. Sentiste algo que te ardía en la cara... eran dos lágrimas, no las secaste, fueron las primeras de muchas más que rodaron por tus mejillas acompañadas de sollozos ahogados. Él permanecía en silencio. ¿Por qué estaba allí? ¿Quién le avisó? Era la última persona que querías que te viera así... te habían vaciado... te habían quitado tus órganos femeninos a ti, precisamente a ti, a la mujer que más había luchado por la reivindicación de su género en el espacio en el cual le tocaba vivir. No podías hablar, no podías decirle nada. La náusea no te permitía articular palabra. No te respondió a ninguna de las preguntas que le hiciste:

—¿Por qué viniste?

—¿Quién te aviso?

—¿Para qué estás aquí?

—¿Cuándo te irás?

—¿Todavía me quieres?

—¿Me tienes lástima?

—¿Todavía me quieres?

—¿Vas a quedarte?

—¿Todavía me quieres?

La enfermera encendió la luz y te cubriste los ojos con la mano que tenías libre.

—Ay doctora, ya despertó usted. Oh por Dios, se vomitó... permítame limpiarla.

—Quiero agua... tengo sed.

—Por ahora no puede tomar nada, pero le voy a humedecer los labios con un algodón.

Cuando tus ojos se acostumbraron a la luz lo buscaste por el cuarto... no estaba... nunca había estado... fue una alucinación... un efecto de la anestesia...

—Quiero vomitar...

La enfermera te pasó un recipiente; luego te aplicó una inyección a través del suero, te tomó la presión arterial, la temperatura y el pulso. Revisó que tus pies tuvieran buena circulación y te cambió la toalla sanitaria.

—Trate de descansar doctora, cualquier cosa que necesite presione este botón que está junto a su mano. En la mañana la vamos a bañar y a ponerla guapa porque la van a venir a ver muchas personas. Hoy el Rector habló personalmente para preguntar por usted, y toda la gente de su escuela... no cabe duda que la estiman muchísimo. Buenas noches.

—Buenas noches. Gracias.

Por un momento esperaste que volviera como una aparición en la penumbra, pero no, ya no lo viste más. Cerraste los ojos y esperaste a que el medicamento que supusiste era para el dolor hiciera efecto; te fuiste quedando dormida mientras escuchabas el monótono goteo del suero.

12 LACHEB

*Ahora soy un lago.
Una mujer se inclina sobre mí,
Buscando en mi extensión lo que ella es en realidad.
Luego se vuelve hacia esas mentirosas,
las bujías o la luna.
Veo su espalda y la reflejo fielmente.
Me recompensa con lágrimas y agitando las manos.
Soy importante para ella. Que viene y se va.*

Silvia Plath

Mi esposo se pasaba muchos días del mes en el rancho, y yo me estaba en la casa sola, con mi sirvienta, una niña tseltal que doña Margarita me había conseguido. Se llamaba Lucía y en un principio nos fue muy difícil comunicarnos, porque casi no hablaba español y yo tampoco entendía tseltal. Tuve que tenerle mucha paciencia, enseñarle poco a poco los nombres de todas las cosas de la casa: los trastes de la cocina, las piezas de la vajilla, de los cubiertos, de las camas.

Lucía no era una india dócil, tenía el carácter fuerte, era testaruda; muchas veces me enojé con ella, y estuve a punto de correrla, pero terminamos por acostumbrarnos

ambas a nuestra manera de ser. Una mañana llegó a mi cuarto con el desayuno y una tela doblada bajo el brazo.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—Es para ti, te lo hice yo.

Me entregó una preciosa blusa típica hecha en telar de cintura, bordada con los motivos de su pueblo: Oxchuc. Se lo agradecí con un abrazo, se resistió un poco, Lucía no estaba acostumbrada a las demostraciones de cariño. Según me contó doña Margarita, su padre cuando se la entregó le dijo que era “la peor de sus hijas”, y cuando ella me la llevó a mi casa le habló en tseltal, algo que comprendí, era como una amenaza de que si no se portaba bien conmigo la castigaría.

Lucía era mi compañía para todo: íbamos juntas al mercado, arreglábamos el jardín, ordenábamos la casa, preparábamos la comida. Sólo a mi marido lo atendía mejor que a mí, porque es su costumbre, que el hombre es primero siempre. Le enseñé a hablar español y poco a poco aprendió a leer y escribir.

Ella fue la que me enseñó cómo se tejía en el telar de cintura, como se contaban los hilos: jun, chib, ochib, chanib...y me platicó que las historias de su pueblo las contaban las tejedoras en sus huipiles. Cada huipil tenía un motivo que la tejedora elegía, su firma y su marca de familia. A los hombres se les hacía su ropa aparte, la mamá de su papá le hacía la ropa a sus hermanos, porque así era la costumbre. Me contó que en su comunidad las mujeres tenían que obedecer siempre, a sus papás, a su marido y a sus suegros.

—Siempre trabajas... siempre... aunque vaya a nacer tu hijo... no importa...

—¿Y cómo dan a luz las mujeres?

—Ah... se prepara todo... se pone agua a calentar en el fogón... y la señora que ayuda a que nazca el niño prepara todo, los hombres afuera, el tatic pinta una raya con la vara para saber cuál será su nagual del niño.

—¿Su nagual?

—Sí, el animal que va a ser como su otra parte, el primero que pase por allí es el nagual.

—¿Y tú qué nagual tienes?

Sólo sonrió. Me contó una historia insólita que ocurrió en su comunidad. Su hermana estaba embarazada, y la suegra era muy mala con ella, la maltrataba mucho. Según sus creencias, las mujeres que esperan un hijo tienen el poder de dominar a las víboras, supongo que por referencia a la Virgen María, que en algunas de sus imágenes aparece pisando la cabeza de una serpiente. Pues una tarde, cuando la hermana de Lucía regresaba de lavar en el río, se encontró en la puerta del jacal con un bejuquillo, una serpiente muy venenosa, se quedó impávida, el reptil se alejó de ella y entró al jacal, donde su suegra desde que la oyó llegar comenzó a regañarla. De pronto un grito de mujer se escuchó haciendo eco en las montañas, la joven embarazada sintió que se desgarraban sus entrañas, estaba a punto de nacer su hijo, se puso en cuquillas y comenzó a pujar, su suegra seguía adentro, los hermanitos de su esposo corrieron a llamar a la mamá de Lucía, que llegó apenas para ayudarle a parir y recibir a su nieto. Cuando entraron al jacal para calentar agua para bañar a la criatura el bejuquillo se alejaba rápidamente ante su asombro, la suegra de la hermana de Lucía estaba

tirada junto al comal donde estaba torteando, aparentemente estaba muerta, la serpiente la había atacado. El nagual de su sobrino fue culebra, el primer animal que pasó cerca del lugar donde nació.

Un día mientras tejíamos le dije que quería sembrar árboles frutales en el jardín. “Está bueno” me dijo, “pero aguacate no lo sembrés”. ¿Por qué?, le pregunté intrigada. “Porque se va a morir tu mamlal si lo siembras aguacate”, primero me reí, pero al verla tan seria, algo dentro me hizo sentir temor.

Creo que puedo recordar con exactitud el día que concebí a mis hijos; en ambas ocasiones mi esposo regresaba de algún viaje de trabajo. A mi hijo mayor lo concebí una mañana de junio, apenas escuché el ruido de la camioneta salí corriendo al jardín y nos encerramos en nuestra recámara por más de medio día. A mi hija la concebí un jueves santo, estábamos en Panajachel, Guatemala, y la luna llena sobre el lago Atitlán fue el escenario maravilloso de nuestra noche de amor. El calendario de mis embarazos fue tan exacto, que nacieron el día que lo predijo la partera.

A mi hijo Arturo lo bautizamos una mañana de sol esplendorosa, doña Margarita Rovelo y don Carlos Villafuerte me habían hecho el honor de aceptar ser los padrinos de mi primogénito. Celebramos un sencillo desayuno en mi casa, con tamales untados y de bola, chocolate, café y pan de fiesta que me hicieron en el barrio de Fátima. El ropón de mi hijo estuvo muy hermoso, Doña Margarita lo compró en México, era importado de España, le regaló también una medalla y un Cristo, porque según la tradición, a los varones se les da un Cristo, la medalla sólo la usaría de bebé. A mi hija Astrid la bautizaron doña Gladys y su esposo, porque me lo ofreció cuando supo que a mi pequeña la había “encargado” cuando estaba de viaje por su tierra. El ropón de mi hija lo pinté yo misma, las clases que me dio Palmira Palencia me sirvieron para

entretenerme, pero también para elaborar cosas que me servían, como manteles, toallas, colchas, vestidos para los santos.

A la Virgen de la Merced de mi comadre Margarita le pinté un vestido con aplicaciones y pedrería, que parecía bordado en oro. Cuando su amiga Gladys Suasnávar vino a visitarla para invitarla a la boda de su hija, en Antigua (Guatemala), lo vio y le gustó tanto que me pidió que le hiciera uno igual para la imagen que ella tenía, así que nos invitó a mi esposo y a mí para que fuéramos a la boda y a conocer Guatemala. Me puse muy contenta, en verdad me hacía ilusión conocer ese país, había escuchado hablar mucho de sus bellezas naturales y de su cultura.

El domingo de ramos partimos en caravana hacia Guatemala, pasamos a Quetzaltenango a comer, y seguimos hasta Antigua, llegamos por la tarde, doña Gladys nos esperaba feliz, nos instaló a todos cómodamente; a nosotros nos dio una habitación que tenía baño y un cuarto más pequeño a un lado, donde puse a Lucía y a mi hijo. La boda sería hasta el domingo de Pascua, así que nos dedicamos toda la semana a pasear y conocer los lugares más bonitos y cercanos. Fuimos a la capital, a Panajachel, pero el viernes santo regresamos a Antigua, para ver las procesiones y Vía Crucis.

Estaba maravillada de ver el fervor de la gente, la manera tan extraordinaria en la que indígenas y mestizos rendían culto a la Pasión de Nuestro Señor. Las cofradías eran integradas por jóvenes, señoritas, señores y señoras según la imagen a cargar. El tiempo de preparación es largo, todas las personas que se inscriben deben medir lo mismo del hombro hasta el pie, pues deberán cargar una plataforma de madera donde la escultura del Cristo, de la Virgen de Dolores enlutada y demás personajes de la Pasión se colocan en medio de encajes y flores. Más de cien personas marchaban uniformadas, dos pasos al frente, uno a un lado y uno atrás, cargando la plataforma

en sus hombros, con el rítmico movimiento, la plataforma parecía flotar.

La gente de Antigua prepara sus calles con alfombras de flores y aserrín pintado con hermosas grecas o diseños con el cáliz y la hostia consagrada, para que pase por encima la procesión. Doña Gladys y toda su familia prepararon la alfombra a lo largo del frente de su casa, nosotros ayudamos a colocar los pétalos de las diferentes flores siguiendo una plantilla de madera que marcaba el diseño. Me emocioné hasta las lágrimas cuando vi pasar la procesión del Viernes Santo: quince esculturas con los misterios del santo rosario, comenzando con la oración del huerto, hasta la ascensión, verdaderas obras de arte. Esa noche nadie duerme en Antigua, las procesiones se suceden unas a otras hasta la madrugada, las campanas de la catedral suenan y al final llega la más impresionante de las plataformas con un catafalco de cristal con candelabros de plata, que según me contaron fue traído desde Italia, en él está el masacrado cuerpo de Jesucristo, el Señor del Santo Entierro.

El sábado de Gloria nos fuimos al manantial de aguas termales, disfrutamos de un maravilloso clima, y regresamos a Antigua para descansar y prepararnos para la boda. La hija de doña Gladys se veía preciosa caminando por la alfombra de pétalos de rosa y juncia desde su casa hasta el templo de Nuestra Señora de la Merced. Después de la misa, nos fuimos a la recepción, que fue en el elegante salón de un hotel de Antigua.

Regresamos a Jovel dos días después, justo para ir al baile de la Feria de la Primavera. Cada año los miembros del patronato de la Feria se esmeraban en traer mejores artistas y que los bailes fueran más elegantes. Las señoras encargaban sus trajes a México, o se mandaban hacer vestidos con sus costureras, todo mundo estrenaba; las mesas de diez lugares se llena-

ban con los animados grupos de compadres o familias que hacían un ambiente muy agradable.

Pero con los años, muchos de los matrimonios que conocí y con los cuáles me tocó convivir se separaron, las razones fueron diversas; en nuestro grupo de los jueves se contaban historias que de rumores pasaban a ser realidades. “Pobre la Esthelita, mira que dejarla el marido por su secretaria... y que me dicen del Gaspar... cambiar a la comadre Chelito por una extranjera hippie”. En la mayoría de los casos, el esposo luego de más de 30 años de matrimonio, dejaba a su mujer por otra más joven, hubo ocasiones en las que ni siquiera les querían pagar pensión o darles algo, a pesar de que ellas se habían consagrado a ellos y a sus hijos. Esa situación me indignaba, no era posible tanta injusticia... ¿por qué una mujer de más de 55 años, que dedicó lo mejor de su vida a su hogar era relegada, burlada, botada a la basura como si fuera un objeto inservible?

Una noche regresé del jueves triste por la noticia de la separación de una de mis amigas, a la cuál su esposo dejó para irse a vivir con su amante, una joven madre soltera con 3 hijos. Esa tarde Elenita Morales me contó entre lágrimas que él se negaba a darle el divorcio con tal de no pagarle pensión ni la parte de los bienes que le correspondían de la sociedad conyugal. Sus hijos no le hacían caso, se pusieron de parte del padre, por interés de su herencia, por supuesto, ni siquiera podía pagar un abogado, y su familia le dijo que se aguantara, que ya se le pasaría la locura a su esposo.

Ella que lo había dado todo, se quedaba sin nada, sin otra opción que aceptar las humillantes condiciones que su marido le imponía: vivir sola en su casa, seguirlo atendiendo y administrando el gasto.

Mi esposo se sorprendió de verme tan callada y triste al regresar de mi jueves. Le conté lo de mi amiga y le pregunté con lágrimas en los ojos:

—¿Tú nunca me vas a dejar verdad?

Me miró asombrado, me dijo que a qué venía esa pregunta. Le dije que tenía miedo.

—No te preocupes Nena, sabes cuánto te amo, nunca te voy a dejar...

13 OXLAJUNEB

*Para ver que todo se ha ido
iamor inexpugnable, amor huido!
No, no me des tu hueco,
ique ya va por el aire el mío!
¡Ay de ti, ay de mí, de la brisa!
Para ver que todo se ha ido.*

Federico García Lorca

La cocina de la casa de mi comadre Margarita era un barullo, mujeres iban y venían, en ollas y cacerolas hervían diversas comidas mientras ella ordenaba a sus sirvientas:

—Pascuala, que no se pegue el manjar.

—¡Juana! ¡Ponelo a enfriar el rompopo para rellenar las tartaletitas!

—¡Agustina!... ¡Mirá si sos bruta!... se te está quemando ese frijol...

Yo sonreía mientras seguía metiendo en la manteca caliente el molde de las hojuelas de rosa, aprendí a conocer el tiempo exacto en el que se desprendía del fierro, a darles vuelta, sacarlas y aún calientes revolcarlas en azúcar con canela.

Es fascinante el mundo mágico de la cocina, ese reino femenino en el que gobierna la que más sabe, la dueña de la experiencia; desde antes de casarse, mi comadre Margarita se dedicó a prepararse en el arte culinario, y sin duda alguna, era la mejor cocinera de Jovel. Y claro, esos secretos eran muy valiosos, a ninguna joveleña le gustaba compartirlos, pero mi comadre Margarita no pensaba así. Ella daba sus recetas sin egoísmo alguno, pero su sazón, era único; por más que yo me aplicaba en aprender sus guisos, nunca me quedaban como a ella.

Los preparativos para cualquier fiesta duraban días, porque si algo tenía mi comadre Margarita era su esplendidez, su mesa siempre pródiga y bien servida. Los tamales untados y de bola, los patzitos de manjar, de piña y coco, el lomo relleno, las butifarras, las tartaletitas envinadas de rompopo, el dulce de ante con yuca, piña, coco y almendras.

Una tarde mientras preparábamos el atole de guayaba para la nacida del Niño Dios, me platicó que al papá de don Carlos lo mataron los indios porque les dijo que nunca les daría su tierra, no le dieron tiempo de desenfundar su pistola, y de un certero machetazo le atravesaron el cuello, enfrente de los ingenieros que andaban midiendo los terrenos, de la gente del Gobierno de Cárdenas y de todos sus trabajadores. No pudieron hacer nada por él en el hospital de Ocosingo, dicen que su sangre manchó todo el camino desde el cerco hasta su casa, y que ya nada volvió a crecer allí.

Cuando llegó a Jovel ya estaba muerto, aunque la indignación de toda la sociedad fue muy grande, y hasta el señor gobernador asistió a sus funerales, la familia

Villafuerte no se contentó hasta consumir venganza. Contaba la gente que el presidente de la República recibió a doña Clara, la madre de don Carlos, y que ordenó que se les restituyeran sus tierras por otras en el Soconusco, además de darle una fuerte indemnización. La familia se calmó un poco, no era cosa que un ladino valiera lo mismo que un indio, así que le pusieron precio a la cabeza de Domingo Huacash, el homicida de don Carlos Villafuerte Rojas. Contaban que sus mismas gentes lo entregaron por los diez mil pesos que ofreció la familia, y unos policías lo torturaron frente a su mujer y sus hijos, hasta que él mismo pidió a gritos su muerte.

Don Carlos sólo tuvo dos hijos, Carlos, el esposo de mi comadre Margarita, y María Luisa, que tenía tres meses cuando mataron a su padre, dicen que eso la afectó porque a su madre, doña Adelina Rojas Zepeda, se le fue la leche, y no hubo quien la amamantara. Con su pena, doña Delina se desentendió de su hija, que creció entre nanas y criadas, con un resentimiento que le cobró a todos los que se le pusieron enfrente.

María Luisa Villafuerte no tenía amigas, todas le huían porque siempre encontraba la forma de hacerlas sentirse mal; tenía el don de decir aquello que más molestará a su interlocutor, fuera quien fuera. Las monjas del Colegio de la Inmaculada Concepción se cansaron de buscarle el modo para dulcificarle el carácter, pero no valieron confesiones ni penitencias, siempre le decía a quien hablara con ella comentarios irónicos, insultos sutiles o algo humillante. Decían que tenía la costumbre de mandar anónimos, algo que era común en Jovel, pero María Luisa se cuidaba bien de disfrazar sus palabras con formas del habla indígena, para que nadie se diera cuenta de que era ella quien advertía a ciertos padres que su hija había dado su “prueba de amor” a su novio, y a otros que se creían nuevos ricos les recordaba su condición o el origen de su dinero apestoso a cebolla del mercado.

María Luisa Villafuerte no era nada agraciada: flaca, morena plomiza, con nariz aguileña y ojos de inquisidor, su sonrisita y su aire de modestia resultaban tan falsos que a ningún hombre le daban ganas de acercársele; por eso decían que le tuvieron que comprar marido, un fuereño que vino a trabajar a la presa de Malpaso, ni siquiera era ingeniero, aunque ella lo presumía como tal. Raymundo Velarde fungió y fingió los primeros tres meses como su marido, pero pronto se hartó de ella y acabó el poco dinero que obtuvo del trato, así que se inventó todas las excusas del mundo para alejarse.

Doña Adelina con tal de que no abandonara a su hija le regaló una parte del rancho que les quedó en Ocosingo, y se la pasaba allá todo el tiempo, tenía una querida y los hijos que no quiso tener con su mujer. María Luisa se tragaba la humillación, y justificaba su esterilidad diciendo que Dios la había elegido para una misión superior que la maternidad, la de ayudar a los pobres huérfanos que había en Jovel. Convirtió una de las casas de su padre en Cuxtitali, en un asilo, y convenció a varias de las hermanas de la Congregación de la Inmaculada Concepción de que se hicieran cargo de cuidar a los niños. Quizá fue esa la única buena obra de su vida, hasta que el destino quiso que abrazara una causa más importante aún para ella y su pueblo: defenderlo de los guerrilleros.

El día de la comida de bienvenida al nuevo Obispo, los ojos aviesos de María Luisa escudriñaban al prelado, mientras jugaba la medalla de oro de la Virgen de Guadalupe que llevaba en el pecho, observaba y no perdía palabra de todo lo que él decía de sí mismo.

Su Ilustrísima era recibido por las mejores familias de Jovel, y le fue contada la historia de don Carlos Villafuerte entre tazas de chocolate y rebanadas de cazueleja con almendras. Quiso saber cuál era el reclamo de los indios, si según decían los finqueros de Jovel, tenían casa y trabajo seguro, y se les trataba como a hijos. En una

de sus visitas a casa de los Villafuerte, se interesó por la opinión que tenían los ladinos acerca de los indígenas.

—Quieren su propia tierra Monseñor —dijo Don Carlos— aunque sea para sembrarla con las uñas, porque ¿de dónde van a sacar para la semilla, las herramientas, el fertilizante? Y luego, si no saben ni hablar español, terminan vendiendo sus miserables cosechas a los coyotes, que son los únicos que ganan. Esos indios son unos brutos bien hechos.

—Entonces la tierra es el problema —comentó Su Ilustrísima.

—Pues si cumplieran la palabra de Dios —intervino Doña Margarita—, tendrían conformidad, porque en las bienaventuranzas dice Jesús que los pobres heredarán la tierra.

—Si hija, así es —dijo Su Ilustrísima sonriendo beatíficamente.

—Todos piensan que los ranchos que tenemos los hicimos así nomás, de la nada —comentó don Carlos—. Mis padres tuvieron que llegar al rancho a lomo de mula y andando, y se pasaban meses sin salir para nada.

—Me platicaba mi suegra de las penas que pasó allá en ese fin de mundo, imagínese usted cuando le llegaron sus apuros para dar a luz a mi marido. Las levantadas de madrugada para ver la comida de los trabajadores, atender enfermos, y todavía cuidar al esposo y a los hijos.

—Creerá usted que ya grandecitos nosotros teníamos que entrar en avioneta y sacar la producción, ¡ah!

—Era una verdadera odisea; pero el rancho daba para todo, todos tenían trabajo, fueran jornaleros, o empacadores, transportando...

—Y usted, Monseñor — preguntó María Luisa— ¿qué pensó cuando le dijeron que lo mandaban a una diócesis llena de indios?

—Hija... todos son hijos de Dios, el buen pastor ha de cuidar de todas sus ovejas.

—Ah Monseñor, disculpe usted pero esas ovejas de las que usted habla, son de mala entraña...

—María Luisa, por Dios —exclamó Doña Margarita.

—Ay sí cuñada, no sé si Monseñor está enterado de que esos indios asesinaron salvajemente a nuestro padre.

—Sí hija, tuve noticia de ese infortunado hecho, pero al parecer el culpable recibió su castigo.

—Lo mataron ellos mismos... porque el Gobierno para quedar bien con nosotros les ofreció dinero para que lo entregaran, y lo entregaron pero muerto, le digo que son unos salvajes. Perdone usted Padre, pero yo creo que no pudo hacer Diosito del mismo barro a esas gentes y a nosotros, yo creo que para ellos usó estiércol.

—María Luisa ya basta por favor —la reprendió Don Carlos.

—Ay perdonen ustedes, pero así dicen muchos joveleños, que indio alzado y zanate no es pecado que se mate.

—María Luisa ya fue suficiente, creo que es mejor que le ofrezcas una disculpa a Monseñor y te retires —sentenció Don Carlos mirando disgustado a su hermana.

—No te preocupes hija —le sonrió Su Ilustrísima extendiéndole la mano para que la besara—. Entiendo que tu resentimiento se debe al profundo dolor de tu orfandad, debes aprender a perdonar. Te espero pronto a recibir el sacramento de la reconciliación.

—Disculpe usted Monseñor —dijo María Luisa arrodillándose—, tiene razón en lo que me dice, mañana mismo voy a confesarme. Buenas noches, con permiso.

Margarita acompañó a su cuñada hasta la puerta, y la despidió con un beso.

—Perdona mi brusquedad cuñada, pero hay algo en ese curita que no me gusta.

—Por Dios santo María Luisa, que estás refiriéndote al Señor Obispo.

—Ay cuñada, tú eres muy inocente, yo me crecí entre criadas e indios y sé como son, y cuando te digo que éste no es de los nuestros, por algo es.

—Ya María Luisa, deja de decir tonterías, ¿quieres que te lleven a tu casa?

—No te preocupes, traje mi carro y mi sirvienta me espera hasta que llegue, buenas noches Margarita.

Doña Margarita regresó a la sala, donde Su Ilustrísima seguía platicando animadamente con Don Carlos; a pesar de que su cuñada la consideraba ingenua, su

sexto sentido siempre le alertaba acerca de lo confiables que podrían ser las personas. “En las pequeñas cosas la gente demuestra lo que es”, se decía para sí siempre que conocía a alguien, y esa noche tuvo el presentimiento de que las palabras de su cuñada serían proféticas: ése, no es de los nuestros.

14 CHANLAJUNEB

*Quisiera esta tarde divina de octubre
Pasear por la orilla lejana del mar;
Que la arena de oro, y las aguas verdes,
Y los cielos puros me vieran pasar:
Ser alta, soberbia, perfecta, quisiera,
Como una romana, para concordar
Con las grandes olas, y las rocas muertas
Y las anchas playas que ciñen el mar.
Con el paso lento, y los ojos fríos
Y la boca muda, dejarme llevar;
Ver cómo se rompen las olas azules
Contra los granitos y no parpadear
Ver cómo las aves rapaces se comen
Los peces pequeños y no despertar;
Pensar que pudieran las frágiles barcas
Hundirse en las aguas y no suspirar;
Ver que se adelanta, la garganta al aire,
El hombre más bello; no desear amar...
Perder la mirada, distraídamente,
Perderla, y que nunca la vuelva a encontrar;
Y, figura erguida, entre cielo y playa,
Sentirme el olvido perenne del mar.*

Alfonsina Storni

La vida siguió transcurriendo para ti como si nada.
Te olvidaste de todo, hasta de que estabas vacía por
dentro. Tu convalecencia no fue muy larga, pero los

cuarenta días de incapacidad que te dieron te sirvieron para descansar, para llorar, para pensar en lo que harías el resto de tu vida. Te fuiste a la casa de playa de Beatriz en Barra de Navidad; tuviste al ama de llaves y a su hija pendientes de ti todo el tiempo. En ese momento sentiste como nunca la necesidad de tu familia, una familia a la que decidiste olvidar desde que tenías diez y seis años y terminaste la preparatoria. El pretexto fue que tu madre se casó de nuevo y se fue a vivir a Dallas, te quedaste en Monterrey con tu odio adolescente y el fideicomiso para los estudios que te heredó tu padre.

Si de algo te has enorgullecido siempre es de que te has hecho sola a ti misma; sabes que tienes dos medios hermanos, pero jamás los viste, nunca visitaste a tu madre, la llamaste en la navidad del 82, la única vez que perdiste la batalla contra la nostalgia. Fue muy amable contigo, te invitó a pasar el año nuevo con ellos, le dijiste que sí, pero estando en el aeropuerto cambiaste de opinión y te fuiste con Beatriz a Costa Rica.

Mientras caminas a la orilla de la playa te repites que lo mejor que pudo hacerte la vida fue quitarte la posibilidad de engendrar hijos; tú no naciste para madre, no está en tu naturaleza, nunca te han gustado los niños. Te armas de paciencia cuando alguna de tus pobres compañeras de la Universidad tiene que llevar a sus hijos al trabajo porque no llegó su sirvienta, se enfermó su mamá, no hubo clases en la guardería, o cualquiera otra de las miles de razones por las cuales las mujeres tienen problemas para cuidar a sus hijos.

Dichosos los hombres, que no se ocupan de eso, que no saben de engendrar hijos y llevarlos nueve meses a cuestas, con las náuseas, los vómitos, el dolor de los pies hinchados, las estrías en la piel y los calambres en el vientre. ¡Ah!, ellos no saben lo que es un dolor de parto, sentir como se abren las entrañas con las contracciones del útero enviando un nuevo ser al mundo, la humedad

en los senos del calostro y la fiebre por el golpe de la leche. Tú tampoco sabrías nada de eso, que eran las conversaciones del café de muchas de tus compañeras, de tus amigas. Te mirarán compasivamente, pensando que al quitarte la posibilidad de ser madre te castraron, cuando en realidad te dejaron en plena libertad para ser fecunda intelectualmente.

En tu cabeza comienzan a bullir las ideas, tienes varios proyectos, quizá ya es tiempo de escribir tu libro, retomando tus apuntes, tus artículos. Te interrumpe en tus cavilaciones la sirvienta de Beatriz, te avisa que tienes una llamada. Te diriges rápidamente a la casa y contestas:

—Sí, diga...

—¿Qué dice tu mar, “Alfonsina”?

—Que ya es tiempo de que regrese a trabajar.

—No inventes. Te tengo novedades.

—Me supongo que por eso me hablas.

—Sí. Nos vamos a París.

—Ah... y ¿a qué?

—A lo que menos te imaginas. ¡Se casa la Beba!

—La verdad no sé si felicitarte... pero qué bueno... porque si alguien decide casarse por algo será.

—No empieces con tu parafernalia. Ya tengo tu boleto, nos quedamos en el departamento con la Beba. La boda es el viernes. Te espero en México, tu vuelo de Guadalajara es pasado mañana, anota la clave electrónica...

—O sea que ni cómo negarme...

—Pero por supuesto que no. Te reservé en el mismo vuelo de los Orendain, vienen casi todos.

—Está bien, por allá nos veremos.

Te vuelves hacia el mar y respiras profundamente, te sentará bien este viaje a París; le llamas a Mayis, tu fiel secretaria para que te mande ropa y tu pasaporte a la casa de Beatriz en México, para cuando llegues ya estará listo todo para continuar el viaje. ¡Ah, París! Siempre recuerdas esa frase de Humphrey Bogart en *Casablanca*: “siempre nos quedará París”. Para ellos como recuerdo, o como promesa, para ti, como ese vasto horizonte de cosas por hacer.

El viaje a México con los Orendain es todo menos aburrido, especialmente con la abuela de Beatriz, que viaja a la boda de su bisnieta. Altagracia Romero, viuda de Orendain, es a sus 85 años la matriarca del clan. Reconoces en ella la fuente de la inagotable vitalidad de Beatriz, por un momento la envidias; que dicha la suya de tener una familia para compartir momentos como ese, para pelear, para criticar, para llorar, para extrañar. En México los recibe Beatriz, y en dos días están todos volando por Air France para la boda de la Beba. Apenas te dio tiempo de comprarle un regalo de bodas; algo sobrio, muy mexicano, un portarretratos de plata de Taxco grabado con girasoles, que son las flores favoritas de la novia.

¿Qué haces tú, lo más opuesto a una boda que puede existir; con todo el clan Orendain por los almacenes Printemps buscando vestidos, zapatos, accesorios? Le dices a Beatriz que ni loca te considere para madrina o rituales así; fiel a tu estilo, irás con algo muy sencillo; casi te convence cuando te pruebas un precioso sombrero

de Chanel, pero tu argumento de que jamás lo usarás de nuevo es más rotundo. Cedés ante su insistencia de que la boda es formal y no irás con pantalón, aunque el atuendo de Dior era una belleza. Al fin ambas aprueban un Givenchy color terracota, austero, con accesorios en oro y marfil.

La víspera de la boda todo era barullo en el departamento de la Beba; la familia se hospedó en el hotel donde se realizaría la fiesta. Desde que llegaste te llamó la atención la actitud de la novia, y no es que tú tuvieras mucha experiencia en esos asuntos, pero de pronto te parecía distraída, distante. Aranzazú, como se llamaba la Beba, no era muy comunicativa; la conocías desde adolescente, y sabías que sus relaciones con Beatriz no eran muy buenas. Tenía cinco años viviendo en París, estudiaba Arte, luego de tres o cuatro intentos en diferentes carreras. Su compañera de cuarto era una argelina de cuerpo escultural que se llamaba Zoé y no parecía muy feliz con la boda, notaste en ellas una relación de codependencia, en la que la morena africana dominaba.

Entraste a la cocina y viste a la Beba sentada con la mirada fija en la tetera que hervía sobre la estufa.

— ¿Te pasa algo?

—Ah, no tía estoy bien, gracias.

—Supongo que en la víspera de la boda se sienten nervios.

—Si es eso, ya sabes, dejás todo... un estilo de vida... tu libertad... Pero Jean Paul y yo nos llevamos divino. *Il est très jollie.*

—Qué bueno, por eso es que se casan.

—Sí...

Mientras te servías el té, Aranzazú musitó:

—Tía...

—¿Sí?

—No... Nada... creo que voy a hablar con mamá.

—Me parece que está hablando por teléfono. ¿Me quieres comentar algo?

—No, tía. Gracias por venir a mi boda.

De haber sabido lo que iba a ocurrir, hubieras prolongado esa conversación por horas, si hubieras adivinado... Si hubieras...

—Mami...

—Beba duérmete ya, o tendrás unas ojeras terribles mañana.

—Buenas noches, mami.

—Buenas noches, hija —le dijo Beatriz mientras seguía hablando por teléfono, hasta que el sonido de un disparo en la habitación de su hija la hizo soltar la bocina.

15 VO'LAJUNEB

*Nuestros nombres, que entre tú y yo se levantan,
murallas de vacío que ninguna trompeta derrumba.*

*Ni el sueño y su pueblo de imágenes rotas,
ni el delirio y su espuma profética,
ni el amor con sus dientes y uñas nos bastan.
Más allá de nosotros,
en las fronteras del ser y el estar;
una vida más vida nos reclama.*

*Afuera la noche respira, se extiende,
llena de grandes hojas calientes,
de espejos que combaten:
frutos, garras, ojos, follajes,
espaldas que relucen,
cuerpos que se abren paso entre otros cuerpos.*

*Tiéndete aquí a la orilla de tanta espuma,
de tanta vida que se ignora y se entrega:
tú también perteneces a la noche.
Extiéndete, blancura que respira,
late, oh estrella repartida,*

*copa,
pan que inclinas la balanza del lado de la aurora,
pausa de sangre entre este tiempo y otro sin medida.*

Octavio Paz

Eran las dos cuarenta y cinco de la tarde cuando su autobús salió de la TAPO rumbo a Chiapas; guardaba en su maleta algo más que su nombramiento de profesora de secundaria y su ropa, llevaba una misión que la había movido desde que estudiaba la secundaria y la Normal.

A su lado viajaba una niña de unos ocho años, de ojos oscuros y vivaces, en el par de asientos contiguos iba la mamá con otro niño pequeño. Le sonrió y le dijo a su pequeña que se comportara y no molestara a la señorita. Elvira correspondió a su sonrisa y le dijo que no se preocupara. Si de algo sabía ella era de la solidaridad que las mujeres tenían entre ellas, ¡cuántas veces cargó a los niños de sus compañeras! Les dio de comer, los arrulló, les cambió pañales... Aún con su libro y el walkman donde escucharía su música favorita, las veintidós horas del trayecto hasta Comitán le parecerían eternas, así que el poder conversar con alguien le aligeraría el viaje.

Se sentó al lado del pasillo, y se puso a platicar con la mamá de la niña, a quien le cedió el asiento de la ventanilla por un rato, para que se distrajera. La señora era profesora como ella, trabajaba como maestra bilingüe en la comunidad de Chacaljocom; regresaba de la cita que tenía su hijito en el Centro Médico Nacional; su esposo era profesor igual que ella, pero como trabajaba en la misma escuela no podían ausentarse los dos. El niño tenía leucemia, le habían dicho que se recuperaría, pero necesitaba traerlo a su tratamiento. A través de la plática

pudo enterarse de las terribles condiciones de trabajo que padecían los profesores indígenas, de las innumerables injusticias que se cometían en la asignación de plazas, en los pagos que se retrasaban...en fin, de todo aquello que había originado las movilizaciones magisteriales de 1979 y la creación de la Coalición Democrática Magisterial.

Llegaron a Comitán a las 10:30 de la mañana; la terminal de autobuses estaba mucho mejor de lo que se la había imaginado. Recogió su equipaje y se dirigió a la sala de espera, donde él ya la aguardaba; la recibió con un beso y un ramito de flores amarillas.

—Estoy hecha una facha, y vengo molida —le dijo arqueando la espalda y moviendo la cabeza, su cabello castaño se agitó provocativamente y él lo tomó entre sus dedos.

—Vámonos ya, necesitas descansar.

Tomó sus maletas, ella se acomodó la mochila en la espalda y lo siguió.

La niebla descendía de las montañas junto con un frío que no se esperaba; a pesar del grueso suéter de Chiconcuac, las calcetas y las botas, no dejaba de temblar. Lo miró absorto en su trabajo, no se explicaba cómo podía concentrarse en lo que estaba escribiendo después de haberle hecho el amor durante toda la tarde. Sabía que la misión que preparaba no era sencilla; desde que se vieron en la capital del país sucedieron muchas cosas, varios de los compañeros habían desaparecido, desertado o se vendieron al Gobierno. Miró de nuevo la montaña, sintió miedo, de pronto sus dientes castañearon, y toda ella temblaba, se acercó al anafre donde humeaba una jarra de café.

—Mejor tómate un trago —le dijo él sin voltear, pero como si la viera buscar el calor que su cuerpo había dejado de darle.

—¿Dónde está? —preguntó ella.

—En el librero, por allá —contestó sin dejar de escribir en la máquina portátil.

Encontró una botella de brandy, buscó un vaso y se sirvió, lo bebió despacio, sintió deslizarse por su garganta el calor que poco a poco le devolvió a su cuerpo la sensación de estar viva.

—El lunes me presento en la telesecundaria.

—Sí, ya me dijiste.

—¿También te conté lo que tuve que hacer para conseguir la plaza?

—No.

—Me tuve que acostar con un desgraciado con aspecto de sapo, para que saliera mi nombramiento definitivo. ¿Sabías que muchos de los funcionarios de la Secretaría de Educación piden favores sexuales a las maestras?

—No.

—Pero pronto me encargué de darle su merecido al infeliz; apenas me sindicalicé organicé movimientos y junté pruebas hasta que logré que corrieran al maldito. Lo mejor de todo es que su esposa trabajaba conmigo, ¿te imaginas? Y la muy estúpida defendiendo al infeliz.

A ella también la mandamos al demonio; a ver qué hace “a disposición de la Secretaría”.

—Cobrar sin trabajar como la mayoría de los pinches burócratas.

—Por favor... con el nivel de vida que llevaba la pinche vieja, debe estar llorando su triste suerte, porque a ese perro lo dejaron fuera y vetado para trabajar en cargos públicos... tal vez ahora regentee alguna casa de citas.

—Entonces tal vez no le vaya tan mal. Pero ya olvida eso, ven acá, necesito que leas esto, recuerda que debes conocer con exactitud todas las instrucciones.

Los ojos verdes de Elvira siguieron lo que estaba escrito, por momentos los despegaba de la hoja para cerciorarse de que era tal y como él lo había anotado.

—¿Estás seguro que tengo que hacer eso?

—Sí. No me vas a decir que has venido desde tan lejos para rajarte a la mera hora.

—No, para nada, pero está cabrón.

—Sí, está cabrón, pero no hay de otra, esa parte te va a tocar a ti.

Diez años después, luego de arduos entrenamientos, trabajo con las comunidades de base, aprender a hablar tsotsil, tojolabal y chol, Elvira Marroquín Lozano, la comandante Violeta, estaba más convencida que nunca de su causa. Ella impulsó fuertemente a las mujeres indígenas para que se integraran al movimiento, especialmente a Estela, cuyo verdadero nombre era Francisca Bolom

Gómez. Estela la seguía con más determinación que nadie, desde que la enseñó a leer y escribir, no cesaba de pedirle más y más libros, y también escribía, escribía mucho.

—Tu nombre significa estrella.

—Ah —le decía la joven indígena abriendo mucho sus ojos negros.

—Y también se llamaban estelas las piedras en las que nuestros padres grababan su sabiduría.

—Sí me gusta maestra, me gusta mi nombre.

—Recuerda que tú serás la voz de tus compañeras, algún día, cuando los sin voz tengan voz, tú hablarás por las mujeres, y dirás lo que se ha callado por siglos.

—Pero hay muchas cosas que no lo entiendo maestra.

—¿Cómo qué?

—Leí el Constitución que me diste, dice que todos somos iguales, pero no es cierto, yo no me tratan igual.

—Precisamente por eso es nuestra lucha, Estela.

—Tú lo crees que lo vamos a ganar, que el Gobierno nos vaya a dar la razón.

—No, este Gobierno espurio no, pero el que nosotros pondremos sí.

Estela se quedó callada, no quiso preguntar qué significaba “espurio”, pero le parecía muy difícil de creer que

ellos, los indígenas pobres, pudieran lograr algo más que sus padres, que nacieron, crecieron y murieron siendo igual o más pobres.

Mientras sus pies calzados con unos viejos caites pisaban la alfombra del recinto legislativo, y sus ojos miraban al techo el majestuoso candil con infinidad de luces, Estela recordó aquella tarde que conversara con Violeta. Se sentó junto a sus compañeros encapuchados, esperando tomar su turno para hablar en la máxima tribuna del país. Dos lágrimas rodaron por sus ojos, Violeta ya no la escucharía, la mataron en Altamirano, mientras se replegaban hacia la selva, luego de que salieron de Ocosingo.

Pero ahí estaba ella, una indígena tsotsil, para decirle a todo el país, a todo el mundo, lo que se había callado por años, y como le dijo Violeta, ella fue la voz de las mujeres indígenas, nunca oídas antes, fue la voz de los sin voz.

16 WAKLAJUNEB

*Está la plaza sombría;
muere el día.
Suenan lejos las campanas.
De balcones y ventanas
se iluminan las vidrieras,
con reflejos mortecinos,
como huesos blanquecinos
y borrosas calaveras.
En toda la tarde brilla
una luz de pesadilla.
Está el sol en el ocaso.
Suena el eco de mi paso.
¿Eres tú? Ya te esperaba...
No eras tú a quien yo buscaba.*

Gabriela Mistral

Dicen que el Cristo del Corito llora sangre para anunciar las desgracias, y luego del Día de los Inocentes, me avisaron que había sangrado. Fuimos corriendo con mi comadre Margarita a la Iglesia de Santa Lucía, que estaba llena, nos pusimos a rezar el rosario, porque sabíamos que algo malo iba a pasar. Ya

María Juquila andaba con sus cosas, y cuando comenzaba sus rezos, sahumeros y curas raras, era por algo.

En la madrugada del primero de enero, mientras nos estábamos dando el abrazo de año nuevo, nos avisaron que un montón de encapuchados habían llegado a Jovel, eran un ejército armado, puros indios. Se hacían llamar “Ejército Liberador del Sur”. El sábado por la mañana salimos a ver lo que pasaba, temerosos pero con mucha curiosidad: ¿quiénes eran aquellos encapuchados que estaban en el parque? Pero mientras todos los periodistas y curiosos se concentraban en un hombre con pasamontañas que fumaba pipa, mis ojos se toparon con los de una mujer vestida de miliciana, traía un paliacate cubriéndole la boca, pero su cabello y su mirada eran inconfundibles.

Sus ojos verdes se clavaron en los míos con la misma sorpresa, claro que me reconocía, yo sabía quién era ella, y me volví para que mi estupor no me delatara, ella se escabulló entre sus compañeras, tratando de evitarme. Mi esposo se había acercado al hombre de la pipa, que disertaba ante una nube de curiosos: turistas, periodistas y lugareños. Hablaba de su causa, y por lo que pude comprender, se trataba de una rebelión en contra del Gobierno para reivindicar los derechos de los indígenas.

De pronto me sentí atemorizada... ¿qué hacía yo allí, en una *tierra ajena*, ante un montón de indígenas que querían cobrar una añeja deuda con la cual yo no tenía nada que ver? Pensé en mis hijos, en la posible reacción del Gobierno, en que se desatara una guerra civil, o como lo que me había contado doña Gladys que ocurría en Guatemala, donde vivían como rehenes de una guerrilla que no les permitía estar en paz.

Mi esposo pareció leer mis pensamientos, me dijo que me fuera a Monterrey con los niños. ¿Y cómo? A esa hora ya nadie podía salir de Jovel, además... ¿qué iba a hacer yo en mi tierra, si ya no tenía ningún lugar al cual volver? Nos fuimos a la casa de mi comadre Margarita;

nos sorprendimos al ver a tanta gente reunida en el corredor, los hombres con gestos de preocupación, las mujeres angustiadas.

—Ya lo sabíamos —decía una mujer llorando—. Mi abuelita me platicaba que el día que los indios se levantaran de nuevo no dejarían piedra sobre piedra, que nos acabarían a todos, ya lo vieron, ahí están ya....inos van a matar a todos!

—Sí, ya fueron a saquear la tienda que está por el mercado, y dicen que anduvieron viendo las casas de la colonia que está a un lado, para escoger la que les gustaba y quitársela a los dueños.

—¡Ay, que nos proteja el Justo Juez!

—Tenemos que sacar en procesión a la Virgen de Caridad, a la Generala, como lo hicieron nuestros abuelos...

Mi marido me miró sorprendido; yo recordé la novela de Rosario Castellanos... ahora yo estaba ahí, siendo protagonista de la historia como lo fuimos todos los que vivíamos en Jovel, según diría su Ilustrísima cuando iniciaron los diálogos de paz un mes después en la catedral. Pensé en la mujer que vi en el parque; sin duda que era Elvira, mi ex compañera de secundaria, siempre tan radical, siempre peleando por los derechos de sus compañeros. Lo último que supe de ella era que militaba en las juventudes comunistas, la vi una vez en la Facultad de Filosofía y Letras, donde yo estudiaba, me dijo “adiós burguesa” guiñándome un ojo, antes de hablar en el mitin que habían organizado los estudiantes de los Colegios de Sociología y Filosofía.

—¿Qué hacemos? —me dijo mi esposo.

—Creo que mejor nos vamos a nuestra casa, no me gusta cómo se están poniendo las cosas aquí.

Salimos disimuladamente, sabía bien que si le avisaba a mi comadre Margarita no dejaría que nos fuéramos; la reunión subió de tono. Se empezó a hablar de medidas contra la rebelión, de organizarse, hasta de formar una “contraguerrilla”, como la de Nicaragua. Yo sabía de la existencia de “vigilantes”, hombres armados que cuidaban los ranchos de algunas familias de Jovel, los conflictos por la tierra eran constantes, así como los enfrentamientos entre grupos armados, algunos apoyados por los terratenientes, y otros, de indígenas que invadían tierras productivas, que luego abandonaban por otras más prósperas, sin trabajarlas, en ocasiones por falta de interés, y en otras, por no contar con los apoyos suficientes para hacerlo.

Aquella situación no era cuestión de buenos y malos, como los medios de comunicación se habían empeñado en decir, ni culpa de “fuerzas oscuras opositoras al desarrollo del país”; era necesario vivir en Chiapas para saber que la relación entre indígenas y ladinos era tensa, no solamente por diferencias de raza, sino por una injusticia que se remontaba siglos atrás, un olvido que quizá comenzó desde que el Tlatoani azteca recibía tributos del Soconusco, que se acentuó en la época colonial, y no cambió mucho luego de casi dos siglos de independencia, a fin de cuentas, para los pobres, “los olvidados”, como ellos mismos se nombraban, lo único que había pasado, era un cambio de caciques.

No habíamos llegado a la puerta cuando los gritos desesperados de hombres y mujeres nos hicieron volvernos... a don Carlos Villafuerte le había dado un ataque al corazón... por suerte el Dr. Francisco Penagos estaba presente y lo atendió, sin embargo poco pudo hacer, el

esposo de mi comadre Margarita falleció en sus brazos, ante el estupor de todos los que estábamos allí.

Doña Margarita quiso velarlo en su casa, se preparó la juncia, el manteado, candelabros, velas, flores... ella misma lo vistió, ayudada por sus dos hijos varones. Mercedes de María, su hija mayor llegó de Villahermosa con su marido al amanecer; las seis horas de camino se volvieron diez con tantos retenes militares en la carretera. Claudia Caridad, la menor, no se presentó al funeral, dijeron que porque no había conseguido vuelo desde la Ciudad de México, luego supimos que nunca la localizaron en su departamento, ni en la UNAM. Desde hacía varios meses ella estaba con un grupo de compañeros de la Facultad de Ciencias Políticas en uno de los campamentos guerrilleros. Cuando mi comadre Margarita y sus hijos se enteraron, se enojaron tanto que no quisieron volver a saber nada de ella, ni que su nombre se pronunciara jamás en esa casa.

El obispo auxiliar de Tuxtla Gutiérrez ofició la misa de don Carlos, mi comadre Margarita no deseaba tener ningún trato con Su Ilustrísima, el obispo de Jovel, a quien todos señalaban como el principal instigador de la rebelión. El entierro fue muy concurrido, el Gobernador del Estado envió a un representante a dar sus condolencias, disculpándose por no asistir debido a la delicada situación por la cual atravesaba la entidad.

Yo caminé del brazo de mi comadre Margarita el trayecto desde su casa hasta el panteón, varias veces la vi quebrarse en llanto, a pesar de lo fuerte que era. Estuvimos a su lado todos los días de la novena, incluso me quedé con los niños en su casa, las clases estaban suspendidas mientras duraban los “diálogos de paz” Mi esposo se ocupó de apoyar a los propietarios de ranchos invadidos haciendo mediciones y deslindes para solicitar indemnizaciones al Gobierno Federal, que comenzó

a pagar a algunos dueños de los predios que se habían apropiado los alzados.

Una tarde, mientras tomábamos café me dijo:

—Gracias comadre, has sido para mí una verdadera amiga, una hija... una hermana.... —y se puso a llorar.

—No comadre, por favor —le respondí llorando también yo—. Usted sabe que la quiero mucho, mucho....

—¿Sabes lo de mi hija menor, verdad?

—Sí, es una pena.

—Siempre fue rebelde, desde niña, las monjas la castigaban mucho, era muy malcriada con ellas. Nunca creí que desafiara todo para irse con esas gentes.

Guardé silencio. ¿Qué podía comentar? El escándalo que provocó en el pueblo el hecho de que la hija menor de don Carlos Villafuerte se uniera al ELS fue enorme, por más que los cuchicheos se acallaran cuando alguien de la familia se acercaba, el tema de la plática se intuía. La indignación fue tanta, que María Luisa Villafuerte, la hermana de don Carlos se encargó de convencer a un grupo de personas que fueran a insultar al cinturón de paz que rodeaba la catedral y les tiraran huevos y piedras.

Dos lustros después del levantamiento indígena la gente del pueblo se había acostumbrado a nuevas rutinas; tras varios siglos de olvido, Jovel saltó a la fama. Se convirtió en sede obligada para el anuncio de las políticas oficiales respecto a los indígenas, y la plaza central se rebautizó como Plaza de la Paz. Remozaron los edificios históricos, arreglaron los museos, y dieron apoyo para que se convirtiera en un destino turístico, con una mejor carretera hacia la capital del Estado. A Su Ilustrísima lo

nominaron al Premio Nobel de la Paz, y recibió reconocimientos de varias instituciones de Derechos Humanos y Universidades.

Nuestra vida volvió a la normalidad, las señoras comenzaron a quejarse de que las indias no querían trabajar de sirvientas, y los marchantes del mercado ya no le bajaban ni un peso a sus mercancías en el regateo. “Se han vuelto unos alzados”, decían mortificadas, mientras comenzaron a “robarse” las criadas unas a otras, e incluso, llegaron a tomar indocumentadas guatemaltecas para el servicio. Otras centroamericanas que pasaban la frontera se ponían a trabajar de prostitutas o bailarinas en cabarets, que abundaron de pronto en Jovel, algunos señores “respetables” volvieron a muchas de esas mujeres sus amantes, y se dieron casos en los que hasta abandonaron sus hogares para irse a vivir con ellas, dejando a sus esposas en la soledad y la frustración.

Una década después Chiapas se convirtió en un estado con mayoría religiosa protestante, abundaron los templos evangélicos, pero también otras creencias llegaron a Jovel, incluso la musulmana. Mercedes, la hija mayor de mi comadre Margarita dejó de venir a los rezos que su madre hacía para el Señor de Esquipulas y la Virgen de la Merced, pues se bautizó sabatista.

Sin embargo, luego de aquella revuelta, dos siglos después de la rebelión tseltal, ocurrida en 1784, cuando los indios querían ser libres para practicar sus cultos paganos y no entregar diezmo a la Iglesia, y la de 1886, cuando los chamulas se alzaron para regresar los poderes políticos de Tuxtla a Jovel, esta tercera nos cambió para siempre, Jovel no volvió a ser igual.

17 JUKLAJUNEB

*Cuando tanto se sufre sin sueño y por la sangre
se escucha que transita solamente la rabia,
que en los tuétanos tiembla despabilado el odio
y en las médulas arde continua la venganza,
las palabras entonces no sirven: son palabras.*

Rafael Alberti

El vuelo de regreso a México fue todo lo contrario que el de ida; ¿esa es la diferencia entre la vida y la muerte? Te preguntaste. La alegría y emoción de una boda, el inicio de una nueva vida, en contraste, ahora, luego de un funeral, una joven tan hermosa, que poseía casi todo lo que una mujer podría desear se suicida la noche anterior a su matrimonio y nadie sabe nada. No hay una nota póstuma, no hay indicios, no hay un diario personal, y si lo hubo, conoces bien a Beatriz y sabes que no lo entregará, porque quizá era lo último que podría saber de su hija.

Preferiste no abordar el mismo vuelo de las Orendain; a pesar de que te tomaste una pastilla no lograste dormir. Al traspasar en el aeropuerto de México te sentías fatal, querías llegar a tu casa. Le llamaste a Mayis, fue por ti al aeropuerto y te dejó en tu departamento. Te hizo una

síntesis de lo ocurrido en las cuatro semanas en que te ausentaste, desde tu operación.

—¿Cómo está la doctora Orendain? —te preguntó antes de subir a su coche.

—Ni siquiera puedo imaginármelo... nos vemos el lunes, Mayis.

Luego de un baño relajante te acuestas, tomas un tranquilizante, esperas que esta vez sí haga efecto... Beatriz... murmuras, pensando en tu mejor amiga.

Al principio te pareció comprensible su silencio, pero como fueron transcurriendo las semanas, te preocupaste. No te contestaban en la casa de México, ni en la casa de la playa; el departamento de París estaba rentado a otras personas, y su familia de Guadalajara no sabía nada.

Continúas con las clases en la Maestría, tu estilo inconfundible de retar a los alumnos con frases para la polémica:

EL ENAMORAMIENTO ES LA DERROTA DE LA INTELIGENCIA.

—Pero doctora... eso equivale a decir que si uno se enamora se vuelve tonta.

—Eso ocurre generalmente... hay investigaciones sobre eso.

—Sólo les ocurre a las mujeres... los hombres amamos sin volvernos tarados.

—¿Quién dice que no? A más de uno he visto yo como idiota por una mujer.

—Esas son complicaciones filosóficas... un hombre y una mujer se encuentran, se gustan, se complementan y ya...

—A mi me parece una frase de amargura... de alguien incapaz de amar.

Escuchas a tus alumnos divertida, con una sonrisa y les pides que escriban un cuento a partir de tu frase.

—No me interesan las posturas personales, pueden estar de acuerdo o no, me importa lo que puedan escribir al respecto.

Sales del salón dejando tras de ti la discusión entre tus alumnos y te diriges a tu cubículo, te sientas frente a tu computadora, y ves con tristeza en tu correo que no hay noticias de Beatriz.

A los tres meses recibiste un correo electrónico con un mensaje lacónico: “Ven a México. Te necesito”. Le avisas a Mayis que te vas al DF de inmediato. Alcanzas el vuelo de las ocho.

A las diez de la noche estás llamando al portón de la casa de Coyoacán; tardan en abrir lo que te parecen mil años. El vigilante te da las buenas noches y te ayuda con tu maleta. La casa luce sombría, sientes un escalofrío al cruzar el jardín, quizá ese viento helado de noviembre que huele a día de muertos.

El hombre te indica con un ademán la biblioteca, sigues un camino que conoces de sobra; abres la puerta de cristal y madera, está sentada frente a la chimenea, no te voltea a ver, ni te saluda.

—Nos quemamos igual que la leña en el fuego... a veces por fuera... a veces por dentro

—Buenas noches Beatriz —te acercas y la abrazas.

Te mira con mil preguntas en los ojos y un sollozo en la garganta.

—¿Por qué?

Comienzan a llorar abrazadas, prefieres no responderle; vuelve a sentarse en el sillón Luis XV, tú junto a ella. En la mesita está la urna con las cenizas de la hija de tu mejor amiga.

Entiendes la razón del verso que te dijo; era de su autoría. ¿Cuál sería el fuego que consumiría a Aranzazú para que decidiera quitarse la vida? Luego de un gran rato en silencio, comienza a hablar, sin quitar la vista del fuego, como si hablara sola, como si nadie más la oyera.

—No creí que mi niña fuera tan débil... yo la enseñé a ser fuerte, a rebelarse contra lo establecido... nunca podré entender...

Levanta su mano, la lleva al pecho; reparas entonces en el medallón que luce, una foto de Aranzazu rodeada de rubíes, la piedra favorita de Beatriz. La acerca a sus labios y la besa, comienza a llorar de nuevo. Luego de un rato se tranquiliza, y empieza a contarte...

—Esa negra era su amante... pudo habérmelo dicho... qué demonios... nunca me espantaron las lesbianas... Mi prima María José es activista y su pareja creo que es diputada... ¡maldita sea! ¡Por qué carajos se calló! Iba a casarse con el francesito sólo porque quería un hijo... si existe la maldita inseminación... La maldita amante le dijo que le contaría todo al marido si no suspendía la boda... y se acobardó... no me dijo... no me dijo...

Vuelve a ponerse a llorar y tú con ella, tratas de calmarla, pero sigue hablando.

—Quise ir a matar a la maldita perra, pero me ahorró el trabajo, la encontraron el día del funeral ahorcada en un hotelucho. Mandé al diablo a la policía, a la familia del francesito y a todos los que se me pusieron enfrente. Tenía tanta rabia... quería buscar algún culpable y apareció el padre de mi hija... El muy infeliz me dijo que sólo estaba cosechando los frutos de la pésima educación que le di a la Beba, por haberla consentido tanto y no haberla conducido rectamente... ¿Sabes que hice? Le estrellé en la cabeza el primer florero que encontré... en mi furia me topé con una moldura floja en la puerta, la arranqué y me puse a golpearlo hasta que el personal del hotel intervino. Le dije al desgraciado que se largara al infierno y que si lo volvía a ver lo mataría con lo primero que tuviera a mano. Creo que hasta entonces descansé de toda esa rabia contenida.

A pesar de la pasión con que te narra el episodio con su ex marido Beatriz ya no es la misma, algo en ella se ha extinguido. Junto a las cenizas de su hija, está encerrada su alegría de vivir, su fuerza, su entusiasmo. Estuvieron en silencio casi una hora, antes de irse a dormir te miró y te dijo:

—Gracias por venir.

18 WAXAKLAJUNEB

*¡Ay, cómo el llanto de mis ojos quema!...
¡Cuál mi mejilla abrasa!...
¡Cómo el rudo penar que me envenena
mi corazón traspasa!
Cómo siento el pesar del alma mía
al empuje violento
del dulce y triste recordar de un día
que pasó como el viento.
Cuán presentes están en mi memoria
un nombre y un suspiro...*

Rosalía de Castro

María Juquila estaba muy entretenida parada en la banqueta de la calle General Utrilla mirando al convoy de militares que llegaban a resguardar Jovel, cuando de pronto su rostro se crispó y una palidez de cera la invadió, desde uno de los vehículos unos ojos negros la miraban fijamente, y sólo acertó a echarse a correr dejando tirada la canasta con la que iba a hacer la compra al mercado.

Sentía que el corazón se le salía por la garganta mientras doblaba por las calles en una ruta que le parecía eterna para llegar a la casa de doña Margarita Roveló. Todos los fantasmas de su pasado la perseguían en su frenética carrera, no acertó a encontrar la llave del portón y golpeó la puerta con todas sus fuerzas. Pronto le abrió una de las muchachas de la casa y entró como alma que lleva el diablo hasta su recámara. Sacó una vieja maleta y comenzó a guardar ropa y algunos de sus objetos personales, las muchachas, que espían tras la puerta de su cuarto, corrieron a avisarle a doña Margarita, ¿la María Juquila se iba de la casa?

Doña Margarita entró al cuarto de su comadre, sirvienta y amiga de toda la vida y se sorprendió al ver a una María Juquila angustiada y apurada juntando sus cosas para irse.

—¿Me querés explicar qué es lo que te pasa?

—¡Que me voy niña! ¡Me tengo quir ligero! —contestó nerviosa.

—¡Pues no te estás yendo a ninguna parte si no me decís primero qué es lo que ocurre! —cerró la puerta y se cruzó de brazos frente a ella. María Juquila se puso a llorar.

—Niña... si usted supiera... tal vez me quieran matar... me tengo quir... quir ya.

Doña Margarita puso sus manos en los hombros de la india zapoteca, habían pasado muchas cosas juntas, y esa cobardía no era algo común en su sirvienta de confianza.

—¡Calmáte ya mujer! Contáme todo y verás que lo resolvemos... habla...

—Es que... Ay, Niña... —rompió a llorar.

Doña Margarita la abrazó con ternura.

—Ya pues comadrita... contáme tus penas... ¿qué pasa pues?

—Niña... es que... me hallaron... me hallaron al fin.

—¿Quiénes... de qué hablas? ¿De qué te escondés pues?

—doña Margarita comenzó a preocuparse.

—Es una larga historia.... es que... el padre de Juana Soledad está vivo... lo acabo de mirar... viene con los militares... y no tarda en buscarme, Niña... por eso me tengo quir.

Doña Margarita la miró sorprendida, nunca imaginó que María Juquila guardara semejante secreto.

—¿Qué el padre de tu hija vive? ¿Cómo está eso? ¡Explícame!

María Juquila le contó entre sollozos todo lo que había pasado desde que huyó con su hija recién nacida, y su decisión de decir que su marido estaba muerto para que nunca la encontrara. Doña Margarita movió la cabeza contrariada.

—Todo lo puedo entender, menos que me lo hayás ocultado... le mentiste a tu hija... a la Iglesia... bueno... yo no soy quién para juzgarte... pero...

Unos fuertes golpes en la puerta principal interrumpieron su conversación, María Juquila palideció y gritó:

—Son ellos, Niña... son ellos... vienen por mi... le dije... le dije —y rompió a llorar.

Doña Margarita la abrazó para calmarla.

—Tranquila... yo me voy a ocupar de esto... tu no salís de aquí ¿entendés?

—Sí Niña, lo que usted diga.

Las sirvientas esperaban en el corredor la orden de su patrona para abrir o no la puerta, que estaba siendo golpeada violentamente. Con un gesto ordenó abrirla. Un grupo de soldados entró al zaguán, la dueña de la casa se dirigió hacia ellos con autoridad.

—¿Me quieren explicar qué forma es esta de invadir mi casa?

Uno de los militares se acercó hacia ella.

—Disculpe usted señora... pero es que venimos a buscar a una persona que se metió aquí... tenemos que llevarla con el General Toledo —es común entre los militares utilizar el segundo apellido al referirse entre ellos.

Doña Margarita lo miró retadora y con todo el aplomo del mundo le contestó:

—Mire usted señor... perdone que no mencione su rango porque no sé de insignias militares... pero óigame bien: de aquí no se lleva usted a nadie porque hasta donde sé no estamos en guerra como para que pueda hacerlo sin una orden judicial, y por lo mismo ni usted ni sus hombres tienen nada que hacer dentro de mi casa.... Así que le suplico que se retire y le diga a su General que esta es una

casa donde viven personas decentes y no tiene ninguna autoridad para mandarlos a ustedes a molestar. Si está persiguiendo a alguien que denuncie a las autoridades correspondientes para que procedan legalmente...entre tanto salgan usted y sus hombres de aquí.

—¡Pero señora! ¡Tenemos órdenes!

—Pues obedezca sus órdenes en otra parte, porque la única que manda en mi casa soy yo, y le repito, hasta el día de hoy no se han declarado disueltos los poderes civiles en la entidad como para que ustedes tengan autoridad de hacer esto, que para mí es un atropello.

El joven sargento se volvió hacia sus hombres molesto, sabía que la señora tenía razón y no estaban las cosas como para cometer imprudencias.

—Señora —dulcificó la voz—. Entiéndame, yo sólo recibo órdenes... estoy buscando a una mujer llamada María Juquila... el General Toledo me ordenó que la llevara ante su presencia porque quiere hablar con ella.

Doña Margarita respondió enérgica:

—Pues haga favor de decirle a su General Toledo que antes de mandar gente a somatar la puerta de la casa de doña Margarita Rovelo de Villafuerte, tenga la decencia de hacer las cosas con propiedad. En mi casa recibo a quien yo quiero siempre y cuando se comporte con educación y respeto, así que si quiere hablar con alguien que vive aquí, que se presente él personalmente.

El sargento y sus hombres quedaron sorprendidos, no tenía la menor idea de cuál sería el interés del General en esa mujer llamada María Juquila, pero sin duda alguna la

señora joveleña que la protegía no era cualquier persona, así que decidió irse.

—Perdone usted las molestias, señora, y le repito: yo sólo cumplo órdenes.

—Que le vaya bien, y le agradeceré mucho que le dé mi recado a su General

Las criadas que escuchaban escondidas en el pasillo volaron al ver venir a su patrona, que se dirigió al cuarto de María Juquila, pasó de largo sin regañarlas, no quería gastar sus energías, tenía que guardarlas para enfrentar lo que venía. Entró al cuarto de María Juquila que estaba llorando aún mientras rezaba, al verla corrió y se puso de rodillas frente a ella.

— ¡Mi Niña! Gracias que me salvó usted... pero ya lo vio... me tengo que ir pa no darle problemas —gimió.

— ¡Ningún te vas! ¿Qué no entendés pedazo de caballo que el único lugar donde estarás segura es aquí? Ahora tenemos que pensar en lo que vamos a hacer.

Comenzó a caminar por la habitación de María Juquila, que la veía como a su ángel de la guarda.

—Sin duda alguna que ese hombre vendrá a buscarte, no tengas miedo, yo lo recibiré, pero tenés que enfrentarlo, debes contarle todo lo que pasó, porque de seguro él se quedó con la versión de tus suegros. No te puede hacer nada, nada. ¿Me entendés?

—Sí Niña... Dios me la bendiga... gracias... gracias...

María Juquila se arrodilló de nuevo ante su patrona y le besó las manos. Doña Margarita la levantó.

—Ya, dejá eso, vamonós a tomar un té de hinojo para el entripado que traemos las dos, vení pues.

Ambas salieron del cuarto de María Juquila y se fueron a la cocina, Doña Margarita ordenó que prepararan el té y lo tomaron tranquilamente. Luego se fueron al oratorio y rezaron el rosario juntas. María Juquila lloraba en silencio, sintiendo el apoyo de Doña Margarita para enfrentar sus miedos, esa muestra de cariño bastaba para llenarle su orfandad, ese era el amor de la hermana que nunca tuvo, y que la vida le regaló.

19 BALUNLAJUNEB

*Nos echamos a andar y no paramos
De andar jamás, después de medianoche,
En ese pasillo del sanatorio silencioso
Donde hay una enfermera despierta de ángel.
Esperar que murieras era morir despacio,
Estar goteando del tubo de la muerte,
Morir poco, a pedazos.*

Jaime Sabines

Veía las gotas de lluvia resbalar por el cristal del quinto piso del hospital, mientras abajo las luces de los coches en una interminable fila esperaban el cambio de semáforo. Me preguntaba ¿a dónde irán esas personas a las diez de la noche?, ¿regresarían de trabajar?, ¿de estudiar?, ¿de visitar a alguien?, ¿de hacer compras? Mi mente divagaba en lo que no me importaba mientras volvía a su cuarto; ¡qué lentas transcurren las horas en un hospital! Regresé por el pasillo escuchando el eco de mis pasos, la mayoría de los enfermos dormían, y sus cuidadores estaban a su lado, pendientes. Me detuve en la puerta a verlo, seguía dormido, en dos horas más

vendrán a darle sus medicamentos, tomarle los signos vitales y lo despertarían.

El registro donde se drenaba la sangre de su tórax se llenaba lentamente; ya respiraba sin necesidad de oxígeno. Me senté a su lado, a contemplarlo, como lo hice tantas veces en nuestro lecho matrimonial, deslicé mis dedos por su rostro, besé su mano libre.

Saqué de mi bolsa el rosario y comencé a rezarlo, mis dedos acariciaban las cuentas de pétalos de rosa y un suave aroma se desprendía de ellos. Me lo regaló mi comadre Margarita, lo traje de Roma en uno de sus tantos viajes. Me recliné en la silla y dormité un poco hasta que Ethelvina, la enfermera del turno de noche entró y encendió la luz.

—Buenas noches, doña. ¿Cómo está el ingeniero?

—Mejor, pero todavía no le quitan el registro.

—Ahorita vamos a ver cómo están los niveles, es que está bajo, no ha drenado bien.

—Sí, y eso que ya se paró, y caminamos bastante, tanto por la mañana como por la tarde.

—No se preocupe, todo va bien, se ve que su esposo es muy fuerte, si resistió la operación, y todavía que lo volvieran a meter a cirugía cuando se desangró. Tal vez por eso tiene tanto líquido.

—Quizás, le ruego tanto a Dios...

Un sollozo no me deja completar la frase, la enfermera me da una palmada en la espalda.

—Vamos, ánimo, que usted también ha sido muy valiente. Desde el cateterismo estuvo muy pendiente, y lo ha cuidado como debe.

—Como lo hace una esposa, solamente como eso...

—Pero qué esposa, no cualquiera doña, y mire que se lo digo yo que aquí he visto de todo.

—Gracias. Al rato nos tomamos un cafecito para platicar y espantar el sueño.

—Yo encantada de platicar, pero si no aprovecha estos ratitos para dormir se me va a agotar, y esto es largo.

—Bueno, sólo un ratito.

Ethelvina es una mujer encantadora, ama su profesión; la ejerce desde hace 20 años. Es madre soltera, tiene dos hijos, uno en la prepa y otro estudiando mecatrónica en el Politécnico. Todas las enfermeras son muy amables conmigo, Rosy llega a las seis, Tere los fines de semana. A Tere la primera vez que la vi la noté algo seria, cuando supo que veníamos de Jovel, pero cambió cuando supo que ni mi esposo ni yo éramos de ahí. Fue entonces que me contó su historia.

Cuando era una jovencita la enviaron a la recién inaugurada clínica; pronto le resultaron varios enamorados, pues era muy atractiva.

—Yo era una chiquilla coqueta, pero sin malicia —me decía con un dejo de tristeza—, y entonces me ocurrió la peor de las desgracias. Varios muchachos me pretendían y yo les daba esperanzas, pero no me decidía por ninguno, hubo uno... se llamaba Julio Ochoa... un hijo de rico y de su chingada madre... primero zalamero,

luego con amenazas, quería que anduviera con él, pero yo me decidí por otro muchacho. Una tarde estábamos en el parque platicando cuando llegó ese desgraciado en su carro con otro montón de infelices... Golpearon a mi novio, me raptaron y me llevaron a un lugar donde abusaron de mí todos, aparte de la burla, me amenazaron los muy cobardes con matarme, porque eran muy ricos y poderosos.

Bebió un sorbo de café mientras yo la miraba consternada y con lágrimas en los ojos, nunca creí que en mi maravilloso Jovel hubiera ocurrido una atrocidad semejante.

—Como supondrás me fui de inmediato, no denuncié, ni hice nada, me regresé a México, gracias a Dios no me embarazaron. Quedé traumada, resentida, por muchos años odié a los hombres, hasta que encontré a uno excepcional...y me casé con él. Pero ahí no para la historia; estuve trabajando muchos años en un hospital privado, el mejor del país, y un día quiso el destino que me topara con aquel infeliz. Claro que él no me recordaba, habían pasado muchos años. No pensarás que hice nada malo, yo cumplí con mi trabajo, la mujer y los hijos estaban más interesados en que se muriera por la herencia, lo operaron de un cáncer en la próstata, pero ya estaba en metástasis... se iba a morir. Una noche cuando entré a atenderlo, estaba delirando, entonces lo perdoné, en su último momento de lucidez... recordó lo sucedido... y al menos por lo que a mí respecta... se fue en paz.

—Ay Tere... qué historia tan terrible.

—Quiero que sepas que hasta ese momento tuve paz yo también... cuando llegó tu marido, me llamó la atención el saber que fuera de ese pueblo, pero ya se acabó mi odio...

Le di un abrazo, terminamos nuestro café y regresé al cuarto donde mi marido seguía durmiendo. He aprendido mucho con las enfermeras; a bañarlo, a tender la cama, poner el oxígeno, abrir y cerrar el suero. A Lolita la de vigilancia le traigo siempre un pan con nata escondido cuando salgo a comer algo a la calle; los venden en la panadería que está afuera del metro Zapata. Con ella también platico a veces, mientras camino por todo el piso; me sé de memoria los menús de comida: mañana viernes le toca comer pescado al mediodía, fruta y omelet de chayotes por la mañana, y de cena quesadilla y rebanadas de tomate.

Yo he perdido mi ritmo de comer; no sé si he subido de peso o he bajado; a veces desayuno y ceno, a veces sólo como... El día de la operación no probé bocado porque estaba tan nerviosa que hasta el café vomité. Cuando lo vi en terapia intensiva, libré una de las batallas más duras de mi guerra por salvarlo, como si dependiera de mí que viviera, era tan ingenua...

La cardiopatía nos tomó por sorpresa a ambos, el médico nos dijo que no había sentido el infarto porque con la diabetes se perdía sensibilidad, pero que varias arterias estaban obstruidas y era necesaria la cirugía, no se resolvería con el cateterismo. Fueron meses de estudios, tratamientos preoperatorios y viajes a la capital del país para poder atenderlo. No sé si cuando vendimos el rancho mi esposo perdió una de las motivaciones más grandes que movían su vida: su trabajo.

Con tantos problemas que hubo en Chiapas desde la rebelión, la decisión de vender el rancho fue la mejor, de hecho nosotros lo vendimos desde 1993, un año antes de la revuelta, pensando en comprar otro, por supuesto que ya no lo hicimos, al ver lo que le sucedió a don Carlos y a otros propietarios. Con la crisis del 95 no salimos tan mal, porque mi esposo supo invertir bien lo que teníamos, pero con su enfermedad gastamos mucho, y los hijos estaban

estudiando todavía. Dormito un rato recostada en la silla, cuando abro los ojos, lo veo despierto.

—Buenos días mi amor.

—Buenos días Nena... Sabes... soñé a Dios.

—¡Por favor mi vida, no me asustes!

—Ya cariño... no te preocupes, me dijo que todo estará bien... Desde donde yo esté voy a cuidarte, como siempre lo he hecho, no te preocupes.

—Mi vida no me digas eso, tenemos que luchar los dos juntos, te vas a poner bien, nos vamos a ir a España para nuestras bodas de plata...

—Si Nena, así será... pero recuerda siempre... que te quiero... te quiero mucho Nena.

Se volvió a dormir, y yo me quedé llorando, tenía tanto miedo de que se me muriera, de que me dejara sola. Pensaba en lo que me decía mi comadre Margarita, lo terrible de la soledad sin don Carlos, yo no podía concebir mi vida sin mi marido, estaban mis hijos, pero él, él era el mi eje, el núcleo alrededor del cual me movía.

Cuatro semanas después regresamos a Chiapas, nos instalamos en la casa y Lucía y yo lo atendíamos con todo esmero; no lo dejábamos solo para nada, le preparábamos su dieta, y le dábamos sus medicinas. Yo le leía, platicaba con él, dábamos pequeños paseos por el jardín, y veíamos películas; cuando estaba muy aburrido salíamos al campo, o a dar vueltas en el coche. Sus hijos le hablaban por teléfono todos los días.

Una mañana abrí los ojos con una sensación de vacío en el estómago, le hablé y no me contestó; res-

piraba débilmente, la gota de sangre para la prueba de glucosa no salió, le llamé al doctor Fernández, llegó de inmediato.

—Hay que internarlo señora, tiene hipoglucemia.

Lo llevamos al hospital y lograron estabilizarlo, pronto llegaron sus hijos, mi comadre Margarita y otras amistades. Lograron que reaccionara, pero estaba muy mal, se despidió de sus hijos, y a mí me dijo sus últimas palabras:

—Fuiste el amor de mi vida... te quiero mucho Nena.

20 JTA'B

*Este sueño que vivo,
esta nostalgia con nombre y apellido,
este huracán encerrado tambaleando mis huesos,
lamentando su paso por mi sangre...
No puedo abandonar el tiempo y sus rincones,
el valle de mis días
está lleno de sombras innombrables,
voy a la soledad como alma en pena,
desacatada de todas las razones,
heroína de batallas perdidas,
de cántaros sin agua.*

Gioconda Belli

Volviste al trabajo y te refugiaste en él para olvidar el triste episodio de París; Beatriz se retiró definitivamente de la UNAM, te llamó para decirte que estaba más tranquila desde que había tomado algunos retiros espirituales y cursos de meditación. Te sorprendió diciéndote que se iba a la India el mes próximo, que si querías acompañarla. Te disculpaste diciéndole que considerabas que esa era una experiencia sumamente personal, y que debería vivirla sola, ella estuvo de acuerdo,

su último correo desde Sumatra, fue para avisarte que se iría hasta el Tíbet, que ese viaje había sido lo mejor que le pudo pasar después de la muerte de su hija.

Te alegraste por ella, supusiste que a su regreso, vendría una mujer diferente, surgida desde el centro de su propio dolor, probada en el crisol de las tribulaciones, renovada, y con paz en su corazón. Sentiste deseos de hacer ese mismo viaje, en ciertos momentos de nuestra vida, todos necesitamos hacer ese viaje, a veces geográfico, a veces simbólico, hasta el lugar donde están nuestros miedos, los verdugos que nos castigan incesantemente y no nos dejan ser felices.

Recordaste tu viaje a Santiago de Compostela, también hiciste el camino de Santiago, recorriste las diferentes sendas de tu “viera” para llegar al santuario de tu corazón. ¿A quién has amado más Alba Zambrano?, ¿Al único hombre que te pidió que te casaras con él o a tu carrera? ¿Te “casaste” con la literatura porque no tuviste otra opción? No, no fue por eso, se te acercaron otros hombres, lo intentaste, pero no funcionó, no querías renunciar a lo tuyo, tal vez nunca amaste lo suficiente para hacerlo.

—Doctora, le llegó este sobre, viene de Chiapas.

Te sobresaltas y tomas el sobre que la secretaria pone en tus manos, ¿es tal el poder de tus pensamientos como para atraer aquello que deseas?

—Gracias Mayis, ¿cuándo llegó?

—Hoy doctora, hace unos momentos.

—Vaya con el destino...

—¿Perdón?

—Nada... veremos de qué se trata.

Abres el sobre y encuentras la misma invitación que CONECULTA Chiapas te hiciera un año antes para ir al Festival Rosario Castellanos en Comitán, y que rechazaste, disculpándote por problemas de salud. Escuchaste las palabras de Beatriz: *la vida siempre da revanchas*, Alba, es tu frase.

—Mayis, por favor contesta la invitación, diles que acepto participar, busca en mis documentos el archivo de mi trabajo sobre “Mujer que sabe latín” de Rosario Castellanos, creo que el ensayo se llama “El fatídico destino de las transgresoras”.

—Bien doctora, así que nos vamos a lucir con lo mejor... le parece si les envío también ejemplares de sus libros, para que consideren hacer un pedido, la editorial de la Universidad puede enviarlos directamente.

—Creo que es una buena idea, por favor me preparas todo, reservaciones, boleto, etcétera, ya es hora de conocer Chiapas... me quedará una semana más.

—Como usted diga doctora, voy a llamar al Comité Organizador y a su Agencia de Viajes.

—A su derecha pueden contemplar la impresionante belleza del Cañón del Sumidero —dice una voz desde la cabina de pilotos de tu vuelo a Tuxtla Gutiérrez.

Te quedas impresionada con el verde inmenso que no parece terminar en las montañas que se ven en el horizonte, y tras las cuales seguramente estará el mar, miras la serpiente verde del Grijalva perderse y la imaginas

fusionada con el Océano Pacífico muchos kilómetros más adelante.

La gente del Festival te recibe de maravilla, te llevan mariachis al aeropuerto, te ponen un collar de flores, te dan una canasta con regalos y te llevan a una fiesta chiapaneca, donde bebes pozol, pruebas sabores exóticos y desconocidos en platillos cuyo nombre te fue difícil memorizar y hasta bailas con la marimba. Al día siguiente te llevan a Jovel, el Pueblo Mágico que seduce a cuantos lo conocen. Lo disfrutas, visitas Chamula y Zinacantán, quisieras comprar todo lo que ves: blusas bordadas, collares de ámbar y jade, textiles... cuánta razón tienen los que dicen que Chiapas enamora los sentidos.

Al día siguiente te presentaste como conferencista magistral en la inauguración del Festival Cultural “Rosario Castellanos”; tu disertación fue todo un éxito: hablaste acerca de las mujeres que se atrevieron a romper esquemas, a enfrentarse a lo establecido, a las “transgresoras”, que retan y confrontan reglas discriminatorias, pero pagan un alto precio por su atrevimiento. Te ofrecieron una comida en el Centro de Convenciones de Comitán, en tu interior deseabas verlo, tus ojos lo buscaban entre los numerosos asistentes tanto a la conferencia como a la comida, pero no, él no estaba allí. Saliste por la tarde hacia Jovel, para dormir en la helada y añeja ciudad.

Esa noche en tu cuarto de hotel, mientras disfrutas del fuego de la chimenea, porque aunque sea agosto en Jovel siempre hace frío, tomas el directorio y buscas su nombre. No aparece en Jovel, tampoco en Comitán, ni en Tuxtla... Beatriz tenía razón... quizá ni siquiera se quedó a vivir en Chiapas, has sido tan tonta. De pronto llaman a la puerta de la habitación.

—Buenas noches doctora, perdone la molestia.

—¿Quién es?

—Soy Alfredo Natarén, me enviaron de CONECULTA para que me ponga a sus órdenes.

Abres la puerta y miras a un hombre alto, moreno de cabello crespo y sonrisa franca que te extiende la mano. Lo saludas un tanto sorprendida.

—Perdone, no sabía que se habían tomado la molestia de asignarme un chofer.

—Yo trabajo en el Consejo... no soy precisamente un chofer... pero me ofrecí para atenderla... me dijeron que es la primera vez que viene usted a nuestra tierra y quiero que se lleve una buena impresión.

—¡Qué pena! El que se va a llevar una mala impresión de mí es usted, mire que decirle chofer cuando va a tener la gentileza de atenderme.

—No se preocupe doctora, ¿a qué hora vengo a traerla?

—¿A traerme? A recogerme será...

—Jajaja, sí usted disculpe, pero es que así hablamos por acá... Bueno entonces a qué hora paso por usted.

—A las 8 de la mañana por favor.

—Está bien doctora, buenas noches.

Viviste unos días maravillosos explorando toda la exuberante belleza de Chiapas: sus lagos, ríos y cascadas, la selva, los vestigios arqueológicos, y por fin su playa. Alfredo te llevó al pequeño pueblito donde vivía su familia, te sentiste muy contenta al recibir un tipo de amor que no habías experimentado: el amor filial. Una tarde te pusiste

a caminar por la playa, la puesta de sol era maravillosa, no recordabas haber visto una tan hermosa, te quedaste extasiada, y fuiste escribiendo un poema:

*Ya se empieza a ir pero va a volver
Le miro partir al atardecer
Va pintando el cielo de colores mil
Y el aire con mi pelo lo va a despedir
Crepúsculo igual no vi antes jamás
Quisiera partir y no regresar
Irme con el sol mis ojos cerrar
Oyendo al partir las olas del mar*

De pronto sientes que te envuelven con un chal y unos brazos morenos te abrazan por la espalda.

—Está soplando mucho viento —te dice Alfredo Natarén al oído, te estremeces.

—Gracias —le contestas turbada.

No le dices nada mientras te sigue abrazando, al mismo tiempo que ves perderse el disco solar en el horizonte, sientes su aliento en la nuca, sus manos entran debajo del chal y acarician tus senos, te embriaga una oleada de voluptuosidad y ves la estela dorada que dejan los últimos rayos del sol sobre la superficie del mar. Sientes cómo se pega a tus caderas el calor de su falo, mientras te sigue acariciando por todo el cuerpo; te vuelves lentamente y él te besa apasionadamente, le correspondes, o mejor dicho le responde tu cuerpo que en ese momento ya actúa por cuenta propia, están en una parte alejada de la casa, no hay nadie más en la playa.

Aquel hombre al que apenas conociste hace 5 días y te mostró los lugares más bellos que tus ojos hubieran visto, te hizo el amor sobre la arena, te entregaste al goce de

tu sexualidad y te diste cuenta por primera vez, que la naturaleza no sabe de diferencias intelectuales o sociales, eran sólo un hombre y una mujer.

Se quedaron tirados en la arena un rato, en silencio, viendo aparecer las estrellas; si algún regalo le faltaba a Chiapas por entregarte, era ese: sentirte mujer de nuevo. Esa tarde en Playa del Sol lograste borrar a todos los fantasmas con los que habías lidiado por casi 20 años. Tu adorado ingeniero, el gran amor de tu vida, era ya tan sólo un vago recuerdo de tu juventud, acababas de entender que eras capaz de sentir pasión y deseo por alguien más, no se trataba de Alfredo Natarén, sabías que a él no volverías a verlo nunca, se trataba de ti, te habías recuperado a ti misma, junto con tu capacidad de amar de nuevo.

21 JUNXCHA'VINIK

*Pero el rostro de vos
mira a otra parte
con sus ojos de amor
que ya no aman
como víveres
que buscan su hambre
miran y miran
y apagan mi jornada.
Las paredes se van
queda la noche
las nostalgias se van
no queda nada.*

*Ya mi rostro de vos
cierra los ojos
y es una soledad
tan desolada.*

Mario Benedetti

Juan Manrique Toledo daba vueltas en su oficina desesperado; lo único que no esperaba encontrar durante la misión más importante de su carrera era

a la única mujer a la que había amado... de pronto se dispararon en su mente todos los recuerdos... las preguntas... los reproches... las dudas... tenía ansias de que María Juquila contestara todo.

—¡Adelante! —gritó cuando tocaron la puerta de cedro tras la cual esperaba el reencuentro con su pasado.

—General... —El sargento Amezcua temblaba. Se cuadró para saludar y enfrentó la mirada demandante de su superior.

—¿Dónde está esa mujer? ¡Dígame!

—No... no la pudimos traer, señor... Ella se escondió en una casa y la dueña no nos permitió buscarla... se complicaron las cosas... Usted sabe que no podemos meternos con los civiles.

—¡Con una chingada Amezcua! ¡No me venga con cuentos! ¿Va a ser esta la primera vez que no cumpla usted con un encargo mío?

—La señora de la casa... mi General... la señora se puso difícil... Ella sabe hasta de leyes... y se ve que es gente muy importante de aquí.

—¡Qué demonios! —El General quebró un cenicero que le quedaba a mano.

—Pero.... Señor... la señora de la casa me pidió que le dijera a usted que podía ver a la persona que estaba buscando siempre y cuando cuidara las formas y hablara primero con ella.

—¡Que yo vaya! ¿Qué se piensa? ¿Qué no sabe quién soy?

—Mi general... yo diría que... mejor haga usted las cosas por las buenas.

—¡Lárguese Amezcua! ¿No me oyó? ¡Lárguese!

En el mismo edificio de Rancho Nuevo veinte personas esperaban entrevistarse con el recién designado Jefe de la Zona Militar, que vivía otros infiernos ajenos al conflicto social que se había desatado en Jovel. Las seis religiosas que habían sido traídas de La Castalia, los doce catequistas, el joven sacerdote y la ex secretaria de la Curia. Tenían dos días retenidos, pese a la insistencia de los organismos defensores de los derechos humanos en su liberación, el Gobierno alegaba que estaban como testigos, y serían liberados ese mismo día.

Sor María de la Purificación nunca pensó enfrentarse a tantas formas de tortura por sus ideas, desde aquella ocasión en que la alejaron de las misiones. Al lado de Su Ilustrísima apoyó una causa que creyó justa, evangelizando a los indígenas con la Teología de la Liberación, formando las Comunidades Eclesiales de Base que se convirtieron luego en las células del Ejército Liberador del Sur. Alzó la mirada cuando llegaron a buscarla para ser llevada ante el General Manrique Toledo.

María Juquila contestó el teléfono y su grito hizo que Doña Margarita corriera hasta el comedor donde su comadre y sirvienta de confianza lloraba desesperada.

—Niña Margarita... se llevaron a mi hija... se la llevaron... Me acaban de avisar de la Curia... hace dos días que no saben de ella... dicen que tal vez está en Rancho Nuevo...

—María Juquila, creo que es necesario que hables ya con el padre de tu hija.

Doña Margarita tomó el teléfono e hizo una llamada, al cabo de diez minutos ella misma respondió el teléfono y dio las gracias.

—Vámonos María Juquila, nos están esperando.

Entraron a las instalaciones militares en el vehículo que el General Manrique Toledo les había enviado. Las recibió en su despacho, con la idea de cobrarles caro el desplante que le habían hecho un día antes. Pero él no conocía el carácter y aplomo de Doña Margarita.

—Buenos días, señora.

—Buenos días General, Margarita Rovelo de Villafuerte, para servirle —le dijo extendiendo la mano.

El General la saludó y quedó viendo a María Juquila, que cabizbaja torcía los flecos de su rebozo, nerviosa.

—Creo que me permitirá usted hablar con María Juquila...

—Perdone que lo interrumpa General, pero hay un asunto más grave que todo lo que tengan que hablar ustedes dos... Se trata de su hija.

—¿De mi hija? —Se volvió hacia María Juquila—. ¿Vive nuestra hija?

María Juquila asintió con la cabeza y comenzó a llorar, el militar la tomó por el brazo.

—Por favor General ahora no —dijo Doña Margarita liberando el brazo de María Juquila—, le digo que es más urgente atender el asunto de su hija.

—¡Explíquese por favor! Entienda que esta situación me ha sacado de quicio, hace más de treinta años de no saber de mi mujer y ni de mi hija...

—Los mismos que tienen viviendo en mi casa, le aseguro que no les faltó nada en todo este tiempo. Ya María Juquila le explicará los motivos que tuvo para escaparse de su lado, yo apenas me acabo de enterar, y la entiendo, sólo le pido que la escuche. Pero respecto a su hija, es necesario que sepa quién es y dónde está.

—Por favor... dígamelo de una vez.

—Su hija recibió una buena educación, es mi ahijada y yo me ocupé de eso. Se decidió por la vida religiosa, y se consagró a la Iglesia Católica.

—Me quiere acabar de decir en dónde está —gritó el General exasperado.

—Está aquí mismo, su hija es Sor María de la Purificación, y si nos decidimos a venir a hablarle, es por eso... Tiene usted detenida a su hija.

—¡Demonios! ¿Es cierto eso, María Juquila? ¡Contesta!

—Sí Juan... es cierto... Ella se cambió el nombre cuando profesó... su nombre es Juana Soledad, le puse tu apellido, pero ella cree que estás muerto... pensé que era lo mejor...

Juan Manrique Toledo se dejó caer en una silla, era demasiado para poder asimilarlo. No podía comprender esa extraña situación en la cual lo había puesto el destino... Su hija... su hija una guerrillera... su hija del lado del enemigo...

—Escuchen, no puedo hacer nada ahora, los vamos a liberar... pero bajo ciertas condiciones... Es algo que no depende de mí, yo también obedezco órdenes.

—General —la voz de Doña Margarita se dulcificó—, quiero pedirle un favor muy grande... algo que tal vez usted no desee hacer, pero que debe hacer. Por el bien de su hija, por el sacrificio que esta pobre mujer ha hecho todos estos años... por favor, no le diga a Juana Soledad que usted es su padre....

—¡Señora!

—Sí, dígame lo que quiera... pero piénselo usted... es lo mejor... Ahora si usted me lo permite, me voy a retirar para que hable con María Juquila.

—Gracias señora... y gracias por todo lo que hizo por ellas.

Doña Margarita salió del despacho temblando, ante la mirada escudriñante de los militares que aguardaban en la antesala. Se sentó y buscó su devocionario para rezar, mientras María Juquila estaba adentro, hablando con quien fuera su marido y su único amor. Después de dos horas, salió en silencio, y el mismo vehículo que las llevó a las instalaciones militares, las regresó a su casa. Ambas iban calladas. Descendieron del coche y entraron a la casa. Doña Margarita sólo interrogó a su sirvienta con la mirada.

—Me dijo que le va a hacer caso niña, que no le dirá nada a Juana Soledad, y que verá la forma de librarla de todo esto. Le conté todo lo que pasó, le pedí perdón y me dijo que estaba bien...

Doña Margarita la abrazó y lloraron en silencio, luego de tantos años de vivir juntas, de pasar tantas alegrías y tristezas, se sentían más unidas que nunca.

—Vamos a ponerle una veladora a la Virgen de la Merced
—le dijo mientras caminaban hacia el oratorio.

Varios días después Juana Soledad fue a despedirse de su madre y su madrina, la habían dejado libre, pero su Congregación la enviaba a Roma, y no regresaría antes de dos años. Nunca supo que el militar de alto rango que la mandó llamar para decirle eso, y la miró por un largo rato, era su padre.

22 CHEBXCHA'VINIK

*Te entregaré mi vida
Mientras viva
Te entregaré mi muerte
Cuando muera*

Pablo Neruda

Me encerré a llorar veinte días con sus noches, despierta y dormida, era tanto mi dolor que no sé cómo pude soportarlo; no les abrí la puerta ni a Lucía (que de todas maneras entraba) ni a mis hijos, lo veía donde quiera, en nuestro álbum de boda, en mi argolla matrimonial, en el vacío de su almohada. Una de esas veinte noches lo soñé, estaba sentado enfrente de mi comiéndose el pay de queso que le gustaba tanto; le dije que me alegraba que hubiera regresado para que me contara su vida, y así poder escribir su biografía, para que tuviera sentido mi vida desde ahora, porque si no tenía una ocupación, ¿qué iba yo a hacer?

Pero no me contestó, se siguió comiendo el pay de queso y de pronto desapareció, y yo me quedé sin saber cómo escribir el comienzo de su vida, si primero recordaba que lo bautizaron una madrugada de agosto en medio

de un aguacero torrencial y el señor cura consintió en hacerlo porque le dijeron que se iba a morir; que estaba muy malo porque le había entrado frío por el ombligo y lo más seguro era que le diera mozozuelo como a su hermano mayor, que de eso se murió.

Nunca supe si nació por la mañana o por la tarde, o si le festejaron su cumpleaños, pero lo que sí me contaron fue que celebraron el bautizo cuarenta días después de su nacimiento, presentándole en el templo, como al niño Jesús, con dos padrinos de pila, dos de evangelios y dos de presentación, y que la fiesta con marimba, trago y comida duró tres días. Comienzo a escribir lo que nadie me dicta, sólo lo que estoy sintiendo, no es su biografía:

No puedo explicarme tu partida, nada de lo que haga me consuela, ni rezar, ni hablar contigo, cuando miro la foto del día de nuestra boda, nuestra felicidad parecía eterna, y ahora, no estás, me dejaste sola.

Ahora estas manos vacías recorren la parte de la cama donde dormías, donde el calor de tu cuerpo me hacía sentirme segura, le daba sentido a mi existencia; por las noches te tocaba, me acercaba a escuchar tu aliento para estar segura de que seguías respirando.

Tomo la hoja y la estrujo entre mis manos, no, no es eso lo que quiero escribir, no se puede poner el dolor por escrito, ¿o sí? Isabel Allende le escribió a su hija Paula con la angustia de verla irse poco a poco, estar en coma por mucho tiempo.

¿Voy a comenzar su biografía con sus últimas palabras?, con un **te quiero mucho nena**. Quisiera saber por dónde comenzar, que pieza del rompecabezas se coloca primero, miro a la ventana el amanecer del día veintiuno, entonces me entero que tomé agua, tal vez jugo y algunos pedazos de pan que tragué como autómatas, porque ahí están trozos, sé que Lucía se las ingenió para meterse a mi cuarto y ponerlos ahí. Cuando estuve en cama con mis embarazos de alto riesgo me pasaba días así, mi mente se evadía para no pensar que podía perder a mis hijos. El

espejo me dice que no me he bañado, entro al cuarto de baño y abro las llaves, me desvisto y me meto en la tina. No siento el agua fría ni caliente, cierro los ojos y lo veo aquí, como una flor dentro del agua que va cambiando y marchitándose.

Me rebelo ante mi destino, yo nunca supe perder batallas, luché contigo y por ti hasta lo último, sentí que te había arrancado de la muerte con la fuerza de mi amor cuando regresamos de México, pero una parte de ti ya no regresó conmigo. Algo de ti se quedó en ese sueño al que volviste tantas veces y del cual una mañana ya no quisiste despertar.

Termino mi baño, me visto y abro la puerta de la vida que sigue al salir de mi recámara, Lucía entra de inmediato para asearla, voy pasando por cada pasillo y habitación de mi casa reconociendo todo como si acabara de regresar de algún viaje.

Ahora estoy aquí, y no sé si debiera estar en alguna otra parte, ya no entiendo mi lugar en el mundo, tú eras mi punto de referencia, mi centro de gravedad, mi rosa de los vientos, ahora, ¿qué haré?

Me siento en la mecedora de mimbre en el jardín, mi mirada está perdida, el sol famélico de las once de la mañana y el aire siempre frío de Jovel me dan en el rostro.

“Es tan corto el amor y tan largo el olvido...”

Mi amor, mi vida, ¿por qué dicen que soy fuerte?, ¿por qué no me vieron gritar como loca en tu funeral? Tú no lo hubieras querido... sólo las paredes de mi casa saben todo lo que te lloro, la falta que me haces, lo sola que estoy.

¿Dónde están sus manos para tocar mi rostro, su brazo para apoyarme, su hombro para recargarme en él?

Me queda un largo camino de olvido... me quedé sola, con los poemas que le leía por las noches, con un montón de besos en los labios que ahora sólo ahogo en su almohada.

Mi rostro marchito me dice que tengo cien años, pero no me muero, porque mi cuerpo todavía sigue aquí, donde no quiero estar. ¿Por qué todo tuvo que ser así? Un día le dije que nos haríamos viejitos juntos, que tomaríamos el sol sentados en el jardín de nuestra casa, que esperaríamos la visita de nuestros hijos y nuestros nietos.

Ya no será así, mis hijos me dicen que me calme, que ya no llore, que lo deje descansar en paz; les recuerdo que cuando ellos eran niños y yo les pedía lo mismo, que dejaran de llorar, me hacían caso hasta que lo veían venir a él y decirles. “obedezcan a su mamá”.

Le pedí a Arturo que se quedara por unos días para que me ayudara con los trámites que tenía que hacer en el banco y con el notario; ya todo estaba a mi nombre, desde que vendimos el rancho quiso que todo quedara a nombre de los dos para poder manejar los gastos de la casa y los de los estudios de mis hijos.

Fueron tan pocos mis años de felicidad, no alcanzamos a celebrar nuestras bodas de plata con el viaje a Europa que tanto planeamos. En lugar de una fiesta tuve que hacer varias novenas de rezos y misas, una a los cuarenta días, y otra a los siete meses, que es lo que dice la gente que tarda un alma en irse de este mundo.

También me dijeron que no le pusiera zapatos, y que le colocara un pañuelo blanco en forma de muñequito para que no se sintiera solo y no regresara por alguien más. Para no sufrir calamidades en el noviciado, fui a buscar tierra del panteón tomada de la tumba de alguien que murió violentamente, y la fui a dejar en pequeños puños en siete iglesias, acompañada de mi comadre Margarita.

Arturo se quedó conmigo todo lo que pudo, y Astrid pidió permiso en su escuela, cuando me sentí mejor le dije que se fueran, que yo estaría bien con Lucía. Traté de seguir adelante con mi vida, seguí cuidando mi jardín, y llegando a mis jueves.

Fueron pasando los meses, los años, fui a visitar a mi hijo mientras estudiaba su posgrado en Inglaterra, acompañé a Astrid en un recorrido por Italia para tomar datos para su tesis de Arquitectura.

Con mis amigas del jueves fuimos a España; pero un día se me quitaron las ganas de viajar, fue cuando mi comadre Margarita se enfermó. Mercedes, su hija mayor vino a cuidarla, pero no podía quedarse mucho, su esposo e hijos en Villahermosa requerían de su presencia, así que le dije que yo me encargaría de ella, que no se preocupara. En cuanto a su hija Claudia Caridad, no había vuelto desde que la corrió por haberse incorporado al Ejército Liberador del Sur, la acusó de ser una ingrata, de apoyar a ese montón de indios alzados que fueron los asesinos de su padre.

Me pasé a vivir a su casa, sólo iba a la mía para ver cómo estaba Lucía, por lo que se ofreciera; entre María Juquila y yo atendíamos a mi comadre Margarita, la bañábamos y la arreglábamos; todas las tardes rezábamos el rosario, hasta que dejó de hablar. Los médicos nunca supieron explicarnos con claridad qué era lo que tenía, sus hijos la habían llevado a Houston, y a México, pero no le encontraban explicación a su padecimiento.

María Juquila me dijo que era *tiricia*, y que no se le iba a quitar si ella no quería curarse; desde que murió don Carlos ya no fue la misma, yo la noté en los tres viajes que hicimos, siempre ausente, sin sonreír y ser esa alma grande que todo lo animaba.

Un día su hija menor llegó a verla para pedirle perdón, supongo que con ella sí habló, porque desde el corredor vi como ambas se abrazaron llorando, y mi comadre Margarita le dio la bendición. Claudia Caridad se despidió de mí y me agradeció que cuidara a su madre, me pidió que la disculpara porque ella no podía quedarse, porque tenía un destino que cumplir. Yo le contesté que

no se preocupara, que para mí no representaba ningún problema cuidar a mi comadre Margarita, que se fuera tranquila, y que me dijera la forma de avisarle cualquier cosa que ocurriera, pero me dijo que ella me llamaría.

Una tarde mientras rezábamos el rosario todas las veladoras se apagaron al mismo tiempo, María Juquila y yo nos quedamos viendo asombradas, —ya se va a ir... —, me dijo. De pronto vimos a mi comadre enderezarse de su sillón extendiendo los brazos y gritando feliz: “Carlos” y se desvaneció con una sonrisa en los labios. Yo corrí a ver lo que le pasaba, María Juquila se quedó de pie mirándome mientras yo trataba de despertarla, —déjela—, me dijo, ya está muerta.

No recuerdo un funeral más concurrido que el de mi comadre Margarita, llegaron personas de todas las clases sociales del pueblo: sus amigas ricas, sus marchantas del mercado, todas las indias que fueron sus sirvientas, sus comadres, sus ahijados, los familiares que todavía le quedaban vivos, y por supuesto, sus hijos.

Los hijos mayores de mi comadre Margarita no querían dejar a Claudia Caridad estar en el funeral, pero yo les dije que esa no habría sido la voluntad de su madre, que ella la había perdonado antes de morir; sin embargo, no faltaron los comentarios de desaprobación entre algunas amistades y la propia familia.

Claudia Caridad se refugió en mí ante la hostilidad que le demostraron, en el panteón estuvo siempre a mi lado, vestida con una blusa de manta y un pantalón negro, un suéter negro, unas botas para caminar en la montaña y unos lentes oscuros que no se quitó jamás.

Volvimos a la casa después del sepelio, Claudia ya no llegó, se despidió en el panteón y nunca volvimos a saber de ella, al menos no como Claudia Caridad, yo sabía de su identidad secreta, porque la vi varias veces tras el pasamontañas hablar en la televisión, reconocí su voz y sus ojos tristes.

María Juquila se fue a vivir a la casa que doña Margarita le regaló con todo y escrituras para que no se la fueran a quitar sus hijos. Puso una pensión para estudiantes con la que tuvo para mantenerse y entretenerse el resto de su vida.

Doña Margarita murió sin enterarse de los cambios que ocurrieron en Jovel, sin saber que su hermosa casa se convirtió en un hotel de la cadena Holiday Inn, que los indios se volvieron dueños de casas en el centro, restaurantes, hoteles, regidurías y la presidencia municipal. Que el pacífico pueblo de Jovel se transformó en destino turístico y lugar favorito del *weekend* de los habitantes de la capital del estado.

Yo me quedé en mi casa, con Lucía, pasando algunas navidades con mis hijos y otras veces sola, viendo la televisión, porque me rehusé a viajar con ellos. Fui arrancando las hojas de los calendarios de tres lustros en los que no dejé de pensar en mi esposo ni un solo día.

23 OXEBXCHA'VINIK

*Morir es retirarse, hacerse a un lado,
Ocultarse un momento, estarse quieto,
Pasar el aire de una orilla a nado
Y estar en todas partes en secreto.*

*Morir es olvidar; ser olvidado,
Refugiarse desnudo en el discreto
Calor de Dios, y en su cerrado
Puño, crecer igual que un feto.*

*Morir es encenderse bocabajo
Hacia el humo y el hueso y la caliza
Y hacerse tierra y tierra con trabajo.*

*Apagarse es morir, lento y aprisa
Tomar la eternidad como a destajo
Y repartir el alma en la ceniza.*

Jaime Sabines

Despertaste a la hora de siempre, te sentías feliz y entusiasmada, como si fueras a iniciar una nueva vida; a pesar de la costumbre, los viajes no dejaban de despertarte cierta inquietud, e invariablemente

tenías un vómito matutino de saliva amarga que siempre le atribuías a tus nervios.

Te bañaste y te arreglaste, checaste en la Palm todos los detalles: pasaporte, visa, boletos, reservaciones, teléfonos de la embajada, contactos. No era lo mismo viajar sin Beatriz, el ir con ella te daba mucha seguridad, porque Beatriz era exactamente el tipo de persona con el que cualquier problema se resolvía. Comenzaste a recordar todas las aventuras que viviste con ella, como salieron de líos muchas veces, más con su encantadora sonrisa, que con los dólares que tú te apresurabas a buscar en la bolsa.

Te prometió ir a visitarte, al fin que tendrías todo un año para que eso sucediera, pasarías tu sabático como profesora visitante seis meses en la Universidad de Tokio y después recorrerías el país impartiendo cursos y conferencias. Era un sueño hecho realidad, tu último año sabático, el quinto, para ser exactos, en un año más tramitarías tu jubilación, aunque pudiste hacerlo desde hace seis, pero para qué, estarías tan libre como Beatriz te decía siempre: libre para no hacer nada.

Salas de tu departamento con una sensación extraña, como si ya no fueras a regresar; aborras el taxi que te llevará al aeropuerto, y miras por la ventanilla tu ciudad, ¡cuánto ha cambiado! De pronto te dan ganas de entablar un diálogo, no será con el taxista, porque has hablado con cientos de ellos en muchas ciudades, ya sabes: fútbol, política *light*, esoterismo... ¡ah, de cuántas cosas se puede conversar en un taxi! Te preocupa que, aunque llevas suficiente tiempo te topes con un “narcobloqueo”, y es que desde que esos malandros se apoderaron de la ciudad nada ha sido igual. Tuviste una experiencia horrible la tarde que regresabas de la Universidad y varios tipos con metralleta bajaron de su camioneta a una señora con sus hijos y la colocaron interrumpiendo el tráfico, tú estabas tres vehículos atrás de esa camioneta, y sentiste pavor.

Pero a ti te gustaría hablarle a tu ciudad, decirle que te gusta tanto que nunca quisiste irte a vivir a otra parte porque a pesar de su horrible clima, sus problemas de contaminación ambiental, su etnocentrismo y su mojigatería, es el único lugar del mundo en el cual te sientes en tu casa, aún con sus problemas, y esa terrible inseguridad que antes no existía.

Fue terrible ver como poco a poco el diccionario cotidiano se comenzó a llenar de horror: levantones, secuestro *express*, ejecuciones, ajustes de cuentas, crimen organizado, narco, narco, narco... de pronto narco se volvió el prefijo para tantas cosas... hasta se llegó a hablar de “narco-cultura” en la que quedaron incluidos los narco-corridos, narco-moda, narco-*life*. Todo aquello que te parecía tan ajeno en tu mundo académico, ahora te rodea, te asusta. No te basta vivir en la que consideras “zona segura”, porque en el trayecto de la universidad a tu casa te asaltaron dos veces, en la última perdiste tu coche, y decidiste que con lo que ahorrarías en tenencia y gasolina contratarías a un taxista que te llevara de la escuela a la casa y de la casa a la escuela. Te olvidaste de los viajes a McAllen con Mayis, y preferiste comprar por internet o en el nuevo centro comercial que queda cerca de tu casa. Sientes una enorme tristeza de que tu quinta década esté llena de sobresaltos, cuando Beatriz te contaba de la inseguridad en Guadalajara o en la Ciudad de México, pensabas secretamente que exageraba, dejándose llevar por la típica costumbre que tiene la gente de sobredimensionar las cosas. Pero ahora que esa Hydra con miles de tentáculos acecha por doquier, ahora que los hechos no son algo aislado, que aparecen en el titular de la nota roja, sino que es la primera plana de todos los días, sientes miedo. Lloraste a tu ex alumna muerta en un fuego cruzado en pleno centro de la ciudad, mientras salía del metro, también lloraste por los jóvenes estudiantes

de maestría inocentes que fueron masacrados por asesinatos, porque eso eran los que los ultimaron, lloraste por la familia a la que le dispararon mientras viajaban en su auto al regresar de una fiesta.

Éste ya no es tu Monterrey, ésta ya no es tu casa, ya no te gusta vivir aquí, qué bueno que te vas, qué bueno que puedes irte, lo sientes por los otros, los que están presos aquí, presos en esta ciudad a la que aman tanto pero que desgraciadamente es ahora su cárcel.

Te ves a ti misma treinta años atrás, iniciando tu carrera, como esas muchachitas que con sus libros abrazados están por abordar el autobús o el metro a la Universidad; la avenida por la que manejabas a diario, todos los restaurantes a los que has ido a comer, las tiendas donde has comprado. ¿Qué te está pasando Alba? ¿Por qué este súbito ataque de nostalgia? ¿Es posible que después de tantos años sigas poniéndote triste cada vez que vas a viajar?

De pronto te asalta una pregunta, ¿eres la Alba que te imaginaste ser de niña?, ¿Se hizo realidad tu sueño? Siempre te contestas a ti misma que sí, que eres feliz, que triunfaste como profesionista aunque no te casaste, ni tuviste hijos, consideras que tu realización intelectual compensó todo, porque oportunidades de casarte, tener pareja o hijos, las tuviste, pero no quisiste, simple y sencillamente tu objetivo en la vida no era perpetuar la especie, sino escribir acerca de lo que otras mujeres escribieron, de sus motivaciones, sus emociones, sus miedos, ese mundo complejo del imaginario femenino.

Desde hace muchos años te sientes satisfecha contigo misma, te has perdonado lo que tenías que perdonarte, cerraste todos los círculos que tenías que cerrar, incluyéndolo a él, a quien fue el amor de tu vida. Fuiste capaz de ir a su tierra, de exorcizar tus fantasmas, ciertamente no lo viste, no te lo encontraste, ni siquiera supiste si se

enteró de tu presencia, pero tú si te sentiste libre, comprendiste que dos personas que se separan comienzan a vivir en mundos diferentes, como dos planetas girando en sus propias órbitas.

Hace mucho tiempo que sabes que él se olvidó de ti, como tú te olvidaste de él para vivir la vida que elegiste. Tuviste otros romances, aunque nunca te enamoraste, supiste construir bien la coraza que te hiciera invulnerable. Alba, siempre fría y distante, el gran reto para los que se te acercaban tratando de conquistarte.

Buscas en tu bolsa la cigarrera y enciendes el primero de los muchos cigarrillos que habrás de fumar antes de tu vuelo, porque en el avión no puedes hacerlo. Lees la inscripción que tiene grabada: “Las mujeres excepcionales son las que dejan huella en todas partes volviéndose inolvidables” F.Z.

De pronto te percatas de que una lágrima cruza tu rostro; tu gran amigo y protector ya no está, murió hace cuatro años de cáncer. Afortunadamente para él no tuvo una agonía muy larga, tres meses después del diagnóstico, no aceptó radiaciones ni tratamientos alternativos, pidió una muerte digna, y les dio a todos sus amigos una lección de valor, como el gran filósofo que era, fue congruente en sus pensamientos y sus actos.

La Facultad le hizo múltiples homenajes, le pusieron su nombre a la Sala Virtual, aunque el Dr. Fernando Zozaya no era precisamente aficionado a las nuevas tecnologías educativas. Tú te dedicaste a preparar la reedición de todos sus libros, incluyendo su trabajo póstumo. Durante sus funerales toda la gente se dirigía a ti como si fueras su familiar, su viuda o su hija, todos sabían que no eras ninguna de las tres cosas, porque Fernando Zozaya era gay, pero de su pareja nunca se supo nada, así que asumiste el papel que tus compañeros te asignaron.

Estuviste pendiente de él en sus últimos meses de vida, su pareja recurría a ti para todo lo que necesitara.

Tú te encargaste de “comprar” las propiedades del Dr. Zozaya, y “vendérselas” a su pareja, así quedaría a su nombre todo lo que deseaba heredarle. Sólo a ti te tenía la suficiente confianza como para que su familia no se metiera a reclamarte. A ti te dejó los derechos de autor de todas sus obras, y a la facultad su fabulosa biblioteca.

Ya estás en el aeropuerto, y aunque llegaste con las tres horas de anticipación que se solicitan para vuelos internacionales, te formas en una enorme fila para documentar las maletas. Te preguntas cómo es posible que en medio de ese tumulto te sientas tan sola, tan irremediabilmente sola. Nunca falta quien te reconozca: alguno de tus ex alumnos, o compañeros, o colegas. Pero ahora nadie parece advertir tu presencia... eres invisible.

De pronto te pones a pensar en la muerte. ¿Cómo será morirse? Recuerdas a Gorostiza: *Yo sólo me miro por cosa de muerto; solo, desolado, como en un desierto.* Ahora tú, la doctora Alba Zambrano, la más sola de todas las mujeres, estás aquí, con el destino que elegiste, sintiéndote un fantasma, como si tu cuerpo fuera ajeno a ti, como si fuera transparente como un cristal al que los rayos del sol atravesaran.

Te vuelves al percartarte de un enorme barullo en la sala de llegadas nacionales, te acercas curiosa ante el movimiento que la entrada de los paramédicos genera entre la gente, al parecer están sacando a alguien del avión, alguien que está enfermo....pero tus ojos no ven la camilla, quedan fijos en el hombre que viene junto a ella, se clavan en él... No es posible... no puedes creerlo... es ÉL... es Arturo... tu gran amor.

Quieres hablarle, quieres gritarle, pero no sale la voz de tu garganta... algo te ahoga, ¿qué es lo que te pasa?, ¿por qué de pronto pareces desintegrarte? Está ahora frente a ti y cuando al fin puedes decir “Arturo” sientes como te traspasa una camilla donde te ves a ti misma muriéndote... eres tú la que va allí... ya no estás dentro

de tu cuerpo... ahora sólo eres un fantasma que corre tras el hombre al que amaste toda tu vida y que perdiste irremediabilmente.

No, él no te escucha, ves la angustia en su rostro... te ves a ti misma agonizando... te suben en la ambulancia... sientes como te toma de la mano... y en ese momento te desprendes de tu cuerpo... ya no estás viva.

24 CHANXCHA'VINIK

*En un universo en donde todo pasa como un sueño
Sentiría remordimientos de quedarme para siempre.
No me quejo de que las cosas, los seres,
los corazones sean perecederos,
Puesto que parte de su belleza
Se compone de esta desventura*

Marguerite Yourcenar
(Cuentos Orientales)

Cerré las ventanas de mi casa por última vez, miré desde mi balcón el amanecer en Jovel; como todas las mañanas de diciembre, esta era fría y con una densa neblina que sólo era el preludio del sol de invierno que calentaría hasta el mediodía. Recorrí habitación por habitación el que fue mi hogar durante treinta y cinco años, me parecía volver a ver a Astrid gateando, aprendiendo a caminar, jugando con sus muñecas, poniéndose su primer vestido de fiesta para ir a un baile. Y ver a mi hijo Arturo haciendo sus travesuras de niño inquieto, trepando en los árboles, jugando con su perro, dando patadas a su balón de fútbol y maltratando mis plantas, por lo que lo regañaba.

Siento el ardor de las lágrimas en mi rostro, ¿por qué la dicha se acaba tan pronto? Entro al despacho, el lugar donde hicimos tantos planes, donde disfrutamos nuestros anhelos, donde discutimos todos nuestros problemas; los pocos muebles que quedan están cubiertos con sábanas, Arturo me pidió el escritorio de cedro que fue de su padre para él, se lo llevó la mudanza junto con todas las cosas que consideré que deberían irse a mi nueva casa. ¿Dónde podría poner todos los años de mi vida en esa casa? ¿Dónde cabrían las flores del jardín, el olor de la cocina, el calor de la chimenea y ese aroma a viejo, húmedo y guardado que tienen todas las casas de Jovel? Regreso a mi recámara, me siento a llorar en mi lecho, en el que he dormido sola desde que él se fue. Mis maletas están listas, y en la mesita está el cofre de madera de cedro tallada donde guardo el más preciado de mis tesoros: nuestras cartas de amor y sus cenizas, eso lo llevaré conmigo.

Escucho el ruido que hace Lucía en la cocina, la conozco bien, sé que no vendrá a despedirse de mí, ya lo hicimos ayer y lloramos mucho, a ella no le gusta que llore, y menos antes de que viaje, como la mayoría de las personas piensa que llorar antes de viajar es de mala suerte. Me trajo mi taza de té cuando me salí del cuarto, todavía está caliente, lo bebo poco a poco, luego entro a bañarme, me visto, me arreglo como si fuera otra mujer la que estuviera frente a mí en el espejo.

No, ya no soy la misma, y no son mis arrugas, mis canas o los kilos que gané con los años, sino la mujer feliz y llena de vida que se veía en ese espejo, y el fantasma en el que me he convertido. Ya estoy lista, mis hijos no tardarán en venir por mí; ellos se fueron a dormir a un hotel, y por más que insistieron no lograron convencerme de que no pasara la noche en mi casa.

—¡Mamá! ¡Ya vinimos por ti!

Escucho los gritos de Astrid en la entrada. Tomo mi bolsa y el cofre de madera y me topo con Astrid en el pasillo, me abraza, contengo mis lágrimas con una sonrisa.

—Buenos días mami, ¿estás bien?

—Sí —le contesto y le doy un beso.

—¡Buenos días, mamá!

—¡Buenos días, Nyni!

Arturo y su esposa están al pie de la escalera, nos saludamos y mientras me dirijo a la puerta con ellos, su chofer ya subió por las maletas.

—¿No olvidas nada mamá?

—No —le respondo a mi hijo—, *te aseguro que no olvido nada.*

Y así era, absolutamente todos mis recuerdos viajarían conmigo, todos los que no entraron en mis maletas o en la mudanza iban en mi mente. Tomé las llaves para cerrar la puerta de la entrada, Arturo quiso hacerlo, pero le dije que yo lo haría. Cuando le di vuelta al cerrojo, sentí que daba por terminada una etapa de mi vida, la de mayor dicha, y también la de mayor dolor.

Subimos al coche de Arturo y nos encaminamos hacia la capital; mis hijos y mi nuera trataron de distraerme con su conversación, pero desistieron cuando me quedé callada, mirando a través de la ventanilla aquel paisaje que maravilló mis ojos cuando llegué, hace más de treinta años, enamorada, ilusionada. Veo el infinito verde de Chiapas perderse en el horizonte, mezclarse con la luz del sol y el nítido azul del cielo.

Me voy despidiendo de toda esa hermosura que ya no veré jamás, porque sé que no regresaré nunca, porque ya dije todos los adioses que tenía que decir, y ya se fueron todos aquellos a los que quise y vivían en esta tierra. Acepté vender mi casa no tanto porque necesitara el dinero para comprarme otra, sino para no tener motivos para regresar. Sabía muy bien que mi adiós tenía que ser así, definitivo.

Llegamos al aeropuerto y luego de documentar vamos a desayunar; yo no tengo hambre, les digo que ya desayuné, pero me conocen muy bien, saben que no es verdad, porque siempre me descompone el camino a la capital. Acepto un café, tengo que beber ese último café de Chiapas porque es único en el mundo, su olor y sabor me penetran hasta los huesos, su calor me quita un poco el frío que siento desde el amanecer.

Mi nuera me pide que la acompañe al baño, comenzamos a platicar, y me dice que tiene algo que contarme. Mientras nos lavamos las manos veo su rostro en el espejo, reparo en sus ojos, y miro en ellos la misma luz que mi comadre Margarita vio en los míos una vez.

—Nyni, quiero contarte que vas a ser abuela. ¡Estoy embarazada!

—¡Qué alegría hija, felicidades!

Nos abrazamos, la beso y le doy mi bendición, le digo que es la dicha más grande que he recibido en mucho tiempo. Salimos y cuando felicito y abrazo a Arturo, Astrid se entera y se pone a dar de brincos. Sale corriendo a una de las tiendas del aeropuerto a comprar un juguete, el primero que tendrá su sobrino se lo tiene que regalar ella.

Me siento feliz, abrazo el cofre con las cenizas de mi esposo y le cuento que ya vamos a ser abuelos. Abordamos el avión, Astrid se sienta junto a mí y Arturo y su esposa

atrás de nosotras. Nos alejamos para siempre de Chiapas, lo último que veo es su cielo, y en él recreo su mirada, su sonrisa, su voz, mi amor, mi amor... ¡Cuánto te quise!

En el aeropuerto de México, Astrid compró más juguetes para su sobrino o sobrina, porque cayó en cuenta que no sabía si sería niña o niño. Arturo me mostró con orgullo la revista donde aparece la entrevista que le hicieron con motivo a la publicación de su más reciente libro, lo abrazo y lo beso, estoy muy orgullosa de mis hijos.

En el vuelo a Monterrey le digo a Astrid que me siento cansada, que quiero dormir; me pregunta que si me siento bien, le digo que sí, aunque desde temprano sentí un dolor en el brazo que le atribuí a mi mala posición al acostarme. Escucho a lo lejos su conversación con Arturo y su esposa, y despierto hasta que el piloto anuncia que en breves momentos aterrizaremos. Le pido a Astrid que me deje salir primero, ella sólo me mira en silencio, me paso, la sobrecargo con una sonrisa me abre la puerta y me adelanto para pisar de nuevo mi tierra.

Empiezo a caminar hacia la salida, escucho a mis hijos que me llaman: ¡Mamá! ¡Mamá!, me vuelvo y les saludo divertida con la mano, me siento como una niña haciendo travesuras, como cuando ellos eran pequeños y corrían ansiosos hacia algo que querían y yo iba tras ellos, preocupada de que se perdieran, camino más de prisa mientras escucho sus gritos más lejos, vienen detrás de mí.

Mientras voy avanzando por los pasillos del aeropuerto de Monterrey miro los anuncios luminosos que me dan la bienvenida. ¡Mi tierra, de nuevo estoy aquí! Veo los comerciales de la cerveza, el cabrito, los dulces... de pronto me imagino en las pantallas las etapas de mi vida, mi boda, el nacimiento de mis hijos, la primera comunión de Astrid, la graduación de Arturo... bajo la escalera hacia la sala de llegadas nacionales. No me acerco a la banda a recoger las maletas, al fin mis hijos vienen detrás de mí, que ellos las recojan.

Entre la gente que está esperando veo a todos mis amigos, el corazón me da un vuelco, creo que mis hijos me tenían preparada esta sorpresa y yo la eché a perder. Todos me abrazan me saludan, yo llevo abrazado mi cofre, y de pronto todos se hacen a un lado, porque alguien más me espera y yo me pongo feliz.

¡Mi amor! ¡Mi amor! ¡Eres tú! ¡Viniste por mí! Nos abrazamos y nos besamos, siento fundirme con él como la primera vez que estuve en sus brazos. Me miro en sus ojos, acaricio su rostro, me deleito con su sonrisa. Me reclino en su pecho, mi vida, mi vida, yo sabía que vendrías por mí, que me estarías esperando.

Caminamos abrazados hacia la salida del aeropuerto, me comienza a platicar miles de cosas, tenemos toda la eternidad para seguir hablando, para seguir queriéndonos. El sol del atardecer pinta el cielo de lila, y siento en mi rostro el aire helado de diciembre, veo mis montañas, estoy de nuevo en mi tierra, y estoy con él, más feliz que nunca, en el cobijo de sus brazos dejo de sentir frío, nos volvemos a besar, nos perdemos el uno en el otro como siempre que nos amábamos, cuando nos volvíamos uno. Le digo que estoy tan contenta que quiero bailar, nos miramos a los ojos y nuestra memoria ejecuta nuestra canción favorita, y bailamos recordando el día de nuestra boda.

* * *

—¡Mamá, mamá! Despierta, ya llegamos. Arturo, algo le pasa a mamá que no despierta.

—Mamá, mamá ¿qué tienes?

La sobrecarga se acerca y pregunta qué es lo que ocurre. Astrid y Arturo intentan despertar a su madre, pero ella parece estar inconsciente. Los pasajeros se inquietan,

se escuchan murmullos mientras la azafata se dirige a la cabina de pilotos para que soliciten una ambulancia. Los paramédicos llegan enseguida y colocan a Nydia en la camilla.

—¿Qué le pasa a mi mamá, por favor? —grita Astrid llorando.

No recibe ninguna respuesta, pues los paramédicos revisan sus signos vitales, están débiles, un infarto en proceso, tienen que maniobrar rápido. Se llevan a Nydia a la ambulancia, mientras sus hijos y su nuera corren angustiados tras ellos. Arturo le dice a su hermana que él irá en la ambulancia, que la familia de su esposa los espera, que les avisen lo que pasó y se vayan al hospital.

La ambulancia abandona el aeropuerto abarrotado de gente, como es común en diciembre, lleva la sirena abierta, Arturo pregunta si su madre sigue viva, la toma de la mano, su rostro se crispa cuando ella la suelta, y una expresión de tranquilidad le hace saber que ya ha dejado este mundo.

* * *

Astrid y Arturo colocan el cofre de cedro con las cenizas de su padre y de su madre en la cripta de Mausoleos de los Ángeles donde descansarían para siempre. Tal y como se los pidió su madre, la incineraron junto con sus cartas de amor, y colocaron sus cenizas junto a las de su padre.

—Fue muy hermosa su historia de amor —dice la esposa de Arturo—, lo único que lamento es que mi hijo no conocerá a sus abuelos vivos, sólo por nuestros recuerdos.

—Te aseguro que serán suficientes para que los amen tanto como nosotros —le responde Arturo.

— Ay mami, no puedo creer que esté hablando de ti en tiempo pasado.

—Vámonos ya.

Arturo no dice nada más, sólo cierra con llave la cripta y suspira profundamente mientras sus ojos se humedecen, lee los nombres de sus padres en la placa que mandó grabar:

ARTURO CASTELLANOS ALBORES
ALBA NYDIA ZAMBRANO VDA. DE
CASTELLANOS
DESCANSEN EN PAZ

FIN

San Cristóbal de las Casas, Chiapas,
Febrero de 2010

Índice

En tierra Ajena	ii
DEDICATORIA	10
AGRADECIMIENTOS	
INTRODUCCIÓN	15
1 JUN	17
2 CHEB	23
3 OXEB	31
4 CHANEB	39
5 JO'EB	47
6 WAKEB	55
7 WUKEB	63
8 WAXAKEB	71
9 BALUNEB	77
10 LAJUNEB	85
11 BULUCHEB	97
12 LACHEB	103
13 OXLAJUNEB	111
14 CHANLAJUNEB	119
15 VO'LAJUNEB	125
16 WAKLAJUNEB	133
17 JUKLAJUNEB	141
18 WAXAKLAJUNEB	147
19 BALUNLAJUNEB	155
20 JTA'B	163

21	JUNXCHA'VINIK	171
22	CHEBXCHA'VINIK	179
23	OXEBXCHA'VINIK	187
24	CHANXCHA'VINIK	195

En tierra ajena de Elsa Solórzano terminó de imprimirse en el mes de septiembre de 2012 en la Imprenta Universitaria. En su composición se emplearon los tipos New Baskerville BT 11, 16, y 17 puntos. El cuidado de la edición estuvo a cargo del autor. Formato interior y diseño de portada: Alejandra Escobedo.

